



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

WIDENER



HN QW89 T

Span 5882.53 *13d. Jan. 1891.*



**Harvard College Library.**

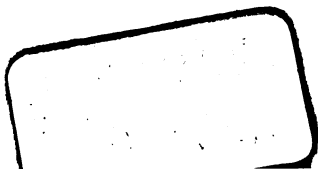
BEQUEATHED BY

**CHARLES DUDLEY MARCH;**

**OF GREENLAND, N. H.**

(Class of 1880).

Received Sept. 9, 1889.











324  
35 Nols

90%

1808

# EPISODIOS NACIONALES

*remita* POR  
B. PEREZ GALDÓS

IV. 326

III

*L. Shank*

EL 19 DE MARZO

*S.*

Y

# EL 2 DE MAYO

SEGUNDA EDICION

MADRID

ADMINISTRACION: CALLE DEL BARCO, 2, DUPLICADO 3.º

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

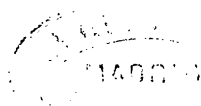




EPISODIOS NACIONALES

---

EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO



**Todos los derechos reservados**

○  
EPISODIOS NACIONALES

Benito  
POR  
B. PEREZ GALDÓS

51 7

III

○  
EL 19 DE MARZO

Y

EL 2 DE MAYO

—  
SEGUNDA EDICION  
—

*me*  
MADRID

1875

IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ  
calle de Bordadores, núm. 7

Sept. 9, 1889.

March Bequest

~~Fu 3262~~

Span 5882.5.3

# EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

---

Los títulos de estas relaciones histórico-novelescas son los siguientes:

## PRIMERA SERIE

### PUBLICADOS

- I.—**Trafalgar** (2.<sup>a</sup> edición).
- II.—**La corte de Carlos IV** (2.<sup>a</sup> edición).
- III.—**El 19 de Marzo y el 2 de Mayo** (2.<sup>a</sup> edición).
- IV.—**Bailén** (en prensa la 2.<sup>a</sup> edición).
- V.—**Napoleon en Chamartín**.
- VI.—**Zaragoza**.
- VII.—**Gerona**.
- VIII.—**Cádiz**.
- IX.—**Juan Martín el Empeinado**.
- X.—**La batalla de los Arapiles**.

## SEGUNDA SERIE

### PUBLICADOS

- I.—**El equipaje del Rey José**.
- II.—**Memorias de un cortesano de 1815**.

### EN PREPARACION

- III.—**La segunda casaca**.
- IV.—**El Grande Oriente**.
- V.—**3 de Julio**.
- VI.—**Los cien mil hijos de San Luis**.
- VII.—**El Terror de 1821**.
- VIII.—**Un voluntario realista**.
- IX.—**Los Apostólicos**.
- X.—**Un faccioso mas y algunos frailes menos**.

**8 REALES TOMO EN TODA ESPAÑA**

Administracion, Barco, 2, Madrid

# EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO

---

## I

En Marzo de 1808, y cuando habian trascurrido cuatro meses desde que empecé á trabajar en el oficio de cajista, ya componia con bastante destreza y ganaba tres reales por ciento de líneas en la imprenta del *Diario de Madrid*. No me parecia muy bien aplicada mi laboriosidad, ni de gran porvenir la carrera tipográfica; pues aunque toda ella estriba en el manejo de las letrás, más tiene de embrutecedora que de instructiva. Así es, que sin dejar el trabajo ni aflojar mi persistente aplicacion, buscaba con el pensamiento horizontes más lejanos y esfera más honrosa que aquella de nuestra limitada, oscura y sofocante imprenta.

Mi vida al principio era tan triste y tan uniforme como aquel oficio, que en sus rudimientos esclaviza la inteligencia sin entretenerla; pero cuando habia adquirido alguna práctica en tan fastidiosa manipulation, mi espíritu aprendió á quedarse libre, mien-

tras las veinte y cinco letras, escapándose por entre mis dedos, pasaban de la caja al molde. Bastábame, pues, aquella libertad para soportar con paciencia la esclavitud del sótano en que trabajabamos, el fastidio de la composicion, y las impertinencias de nuestro regente, un negro y tizado cíclope, más propio de una herrería que de una imprenta.

Necesito explicarme mejor. Yo pensaba en la huérfana Inés, y todos los organismos de mi vida espiritual describian sus ámplias órbitas alrededor de la imágen de mi discreta amiga, como los mundos subálternos que voltean sin cesar en torno al astro que es base del sistema. Cuando mis compañeros de trabajo hablaban de sus amores ó de sus trapicheos, yo, necesitando comunicarme con álguien, les contaba todo sin hacerme de rogar, diciéndoles:

—Mi amiga está en Aranjuez con su reverendo tío, el padre D. Celestino Santos del Malvar, uno de los mejores latinos que ha echado Dios al mundo. La pobre Inés es huérfana y pobre; pero no por eso dejará de ser mi mujer, con la ayuda de Dios, que hace grandes á los pequeños. Tiene diez y seis años, es decir, uno ménos que yo, y es tan linda, que avergüenza con su carita á todas las rosas del Real Sitio. Pero, díganme Vds., señores, ¿qué vale su hermosura comparada con su talento? Inés es un asombro, es un portento; Inés vale más que todos los sábios, sin que nadie le haya enseñado nada: todo lo saca de

su cabeza, y todo lo aprendió hace cientos de miles de años.

Cuando no me ocupaba en estas alabanzas, departía mentalmente con ella. En tanto las letras pasaban por mi mano, trocándose de brutal y muda materia en elocuente lenguaje escrito. ¡Cuánta animación en aquella masa caótica! En la caja, cada signo parecía representar los elementos de la creación, arrojados aquí y allí, ántes de empezar la grande obra. Poníalos yo en movimiento, y dé aquellos pedazos de plomo surgían sílabas, voces, ideas, juicios, frases, oraciones, períodos, párrafos, capítulos, discursos, la palabra humana en toda su majestad; y despues, cuando el molde habia hecho su papel mecánico, mis dedos lo descomponían, distribuyendo las letras: cada cual se iba á su casilla, como los simples que el químico guarda despues de separados; los caracteres perdían su sentido, es decir, su alma, y tornando á ser plomo puro, caían mudos é insignificantes en la caja.

¡Aquellos pensamientos y este mecanismo todas las horas, todos los días, semana tras semana, mes tras mes! Verdad es que las alegrías, el inefable gozo de los domingos compensaban todas las tristezas y angustiosas cavilaciones de los demás días. ¡Ah! permitid á mi ancianidad que se extasíe con tales recuerdos; permitid á esta negra nube que se albo-roce y se ilumine traspasada por un rayo de sol.



Los sábados eran para mí de una belleza incomparable: su luz me parecía más clara, su ambiente más puro; y en tanto ¿quién podía dudar que los rostros de las gentes eran más alegres, y el aspecto de la ciudad más alegre también?

Pero la alegría no estaba sino en mi alma. El sábado es el precursor del domingo, y á eso del medio día comenzaban mis preparativos de viaje, de aquel viaje al cielo, que mi imaginación renueva hoy, sesenta y cinco años después. Aún me parece que estoy tratando con los trajineros de la calle Angosta de San Bernardo sobre las condiciones del viaje: me ajusto al fin y no puedo ménos de disertar un buen rato con ellos acerca de las probabilidades de que tengamos una hermosa noche para la expedición. En seguida me lavo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que desaparezca de mi cara y manos las últimas huellas de la aborrecida tinta, y me paseo por Madrid esperando que llegue la noche. Duermo un poco; si la inquietud me lo permite, y cuando el reló del Buen Suceso da las doce campanadas más alegres que han retumbado en mi cerebro, me visto á toda prisa con mi traje nuevo, corro al lado de aquellos buenos arrieros, que son sin disputa los mejores hombres de la tierra, subo al carromato, y ya estoy en viaje.

Con voluble atención observo todos los accidentes del camino, y mis preguntas marean y enfadan á los conductores. Pasamos el puente de Toledo, de-

jamos á derecha mano los caminos de Carabanchel y de Toledo, el portazgo de las Delicias, el ventorrillo de Leon; las ventas de Villaverde van quedando á nuestra espalda; dejamos á la derecha los caminos de Getafe y de Parla, y en la venta de Pinto descansan un poco las caballerías. Valdemoro nos ve pasar por su augusto recinto, y la casa de Postas de Rspartinas ofrece nuevo descanso á las perezosas mulas. Por fin nos amanece bajando la cuesta de la Reina, desde donde la vista abarca toda la extension del inmenso valle en que se juntan Tajo y Jarama; atravesamos el famoso puente largo, entramos más tarde en la calle larga, y al fin ponemos el pié en la plaza del Real Sitio.

Mis miradas buscan entre los árboles y sobre las techumbres la modesta torre de la iglesia. Corro allá. El Sr. D. Celestino está en la misa, que por ser dia festivo es cantada. Desde la puerta oigo la voz del tio de Inés, que exclama *gloria in excelsis Deo*. Yo tambien canto *gloria* en voz baja y entro en la iglesia. Una alegría solemne y grave que da idea de la bienaventuranza eterna llena aquel recinto y se reproduce en mi alma como en un espejo. Los vidrios incoloros permiten que éntre abundante luz y que se desparrame por la bóveda desnuda, sin más pinturas que las del yeso mate. El altar mayor es todo oro, los santos y retablos todo polvo; en el primero veo al santo varon, que se vuelve hácia el pue-

blo y abre sus brazos; despues consume, suenan las campanillas dentro y las campanas fuera; se arrodiñan todos, golpeándose el pecho pecador. El oficio adelanta y concluye: durante él he mirado sin cesar los grupos de mujeres sentadas en el suelo, y de espaldas á mí: entre aquellos centenares de mantillas negras, distingo la que que cubre la hermosa cabeza de Inés: la conoceria entre mil.

Inés se levanta cuando todo ha concluido, y sus ojos me buscan entre los hombres, como los míos la buscan entre las mujeres. Por fin me vé, nos vemos; pero no nos decimos una palabra. La ofrezco agua bendita, y salimos. Parece que nuestras primeras palabras al vernos juntos han de ser arrebatadas y vehementes; pero no decimos cosa alguna que no sea insignificante. Nos reimos de todo.

La casa está á espalda de la iglesia, y entramos en ella cogidos de las manos. Hay un patio con un ancho corredor, en cuyos gruesos pilares retuerce sus brazos negros, ásperos y leñosos una vieja parra, junto á un jazmin que aguarda la primavera para echar al mundo sus mil flores. Subimos, y allí nos recibe D. Celestino, cuyo cuerpo no se cubre ya con la sotana verdinegra de antaño, sino con otra flamante. Comemos juntos, y luego los tres, Inés y yo delante, él detrás apoyándose en su baston, nos vamos á pasear al jardin del Príncipe, si hace buen tiempo y los pisos están secos. Inés y yo charlamos

con los ojos ó con las palabras; pero no quiero referir ahora nuestros poemas. A cada instante el padre Celestino nos dice que no andemos tan aprisa, porque no puede seguirnos, y nosotros, que desearíamos volar, detenemos el paso. Por último, nos sentamos orillas del río, y en el sitio en que el Tajo y el Jarama, encontrándose de improviso, y cuando seguramente el uno no tenía noticias de la existencia del otro, se abrazan y confunden sus aguas en una sola corriente, haciendo de dos vidas una sola. Tan exacta imagen de nosotros mismos, no pudo ménos de ocurrírsele á Inés al mismo tiempo que á mí.

El día se va acabando, porque aunque á nuestros corazones les parezca lo contrario, no hay razón ninguna para que se altere el sistema planetario, dando á aquel día más horas que las que le corresponden. Viene la tarde, el crepúsculo, la noche y yo me despedido para volver á mis galeras; estoy pensativo, hablo mil desatinos y á veces me parece que me siento muy alegre, á veces muy triste. Regreso á Madrid por el mismo camino, y vuelvo á mi posada. Es lunes, día que tiene un semblante antipático, día de somnolencia, de malestar, de pereza y aburrimiento; pero necesito volver al trabajo, y la caja me ofrece sus letras de plomo, que no aguardan más que mis manos para juntarse y hablar; pero mi mano no conoce en los primeros momentos sino cuatro de

aquellos negros signos que al punto se reúnen para formar este solo nombre: *Inés*.

Siento un golpe en el hombro: es el cíclope ó regente que me llama holgazan, y me pone delante un papelejo manuscrito que debo componer al instante. Es uno de aquellos interesantes y conmovedores anuncios del *Diario de Madrid*, que dicen: «*Se necesita un jóven de diecisiete á dieziocho años, que sepa de cuentas, afeitarse, algo de peinar, aunque solo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas partes, y además buenos informes, puede dirigirse á la calle de la Sal, número 5, frente á los peñeros, lonja de lanería y pañolería de D. Mauro Requejo, donde se tratará del salario y demás.*»

Al leer el nombre del tendero, un recuerdo viene á mi mente:—D. Mauro Requejo—digo.—Yo he oído este nombre en alguna parte.

## II

He recordado días tan felices, y ahora me corresponde contar lo que me pasó en uno de aquellos viajes. No se olvide que he empezado mi narracion en Marzo de 1808, y cuando yo habia honrado al Real Sitio con diez ó doce de mis visitas. En el día á que me refiero, llegué cuando la misa habia concluido, y

desde el portal de la casa un armonioso son de flauta me anunció que D. Celestino estaba tan alegre como de costumbre, señal de que nada desagradable ocurría en la modesta familia. Inés salió á recibirme, y hechos los primeros cumplidos, me dijo:

—El tío Celestino ha recibido una carta de Madrid, que le ha puesto muy alegre.

—¿De quién?—pregunté.

—No me lo ha dicho su merced, ni tampoco lo que la carta reza; pero él está contento y... dice que la carta trae muy buenas noticias para mí.

—Eso es particular—añadí confundido.—¿Quién puede escribir desde Madrid cartas que á tí te traigan buenas noticias?

—No sé; pero pronto saldremos de dudas—repuso Inés.—El tío me dijo: «Cuando venga Gabriel y nos sentemos á la mesa, os contaré lo que dice la carta. Es cosa que interesa á los tres: á tí principalmente, porque eres la favorecida, á mí porque soy tu tío, y á él porque va á ser tu novio cuando tenga edad para ello.»

No hablamos más del caso, y entré en el cuarto del buen sacerdote y humanista. Una cama cubierta de blanquísima colcha pintada de verdes ramos ocupaba el primer puesto en el reducido local. La mesa de pino con dos ó tres sillas que le servían de simétrica compañía, llenaba el resto, y aún quedaba espacio para una cómoda estrambótica, con chapas y

remiendos de diversos palos y metales, Completaban tan modesto ajuar un crucifijo y una vírgen vestida de terciopelo, y acribillada de espadas y rayos, ámbas imágenes con sendos ramos de carrasca ó de olivo clavados en varios agujeritos que para el caso tenían las peanas. Los libros, que eran muchos, no cubrían por el órden de su colocacion más que media mesa y media cómoda, dejando hueco para algunos papeles de música y otros en que borrajeaba versos latinos el buen cura. Desde la ventana se veía un huerto no mal cultivado, y á lo léjos las elevadas puntas de aquellos olmos eminentes que guarnecen como hileras de gigantescos centinelas todas las avenidas del Real Sitio. Tal era la habitacion del padre Celestino.

Sentámonos los tres, y el tío de Inés me dijo:

—Gabrielillo: tengo que leerte una poesía latina que he compuesto en loor del serenísimo señor príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y aún creo que pariente. Me ha costado una semanita de trabajo; que componer versos latinos no es soplar buñuelos. Verás, te la voy á leer, pues aunque tú no eres hombre de letras, qué sé yo... tienes un pícaro gancho para comprender las cosas.... Luego pienso enviarla á Sanchez Barbero, el primero de los poetas españoles desde que hay poesía en España; y no me hablen á mí de Fray Luis de Leon, de Rioja, de Herrera, ni todos esos que compusieron en romance. Fruslerías y juegos de chicos. Un verso latino de Sanchez Bar-

bero vale más que toda esa jerga de epístolas, sonetos, silvas, églogas, canciones con que se embobaba el vulgo ignorante... Pero vuelvo á lo que decia, y es, que ántes que aquel fénix de los modernos ingenios la examine, quiero leértela á tí á ver qué te parece.

—Pero, Sr. D. Celestino, si yo no sé ni una palabra en latin, á no ser *Dominus vobiscum* y *bóbilis bóbilis*.

—Eso no importa. Precisamente los profanos son los que mejor pueden apreciar la armonia, la rimbombancia, el *cre rotundo*, con que tales versos deben escribirse—dijo el clérigo con tenacidad implacable.

Inés me dirigió una mirada en que me recomendaba, con su habitual sabiduría, la abnegacion y la paciencia para soportar al prójimo impertinente. Ambos prestamos atencion, y D. Celestino nos leyó unos cuatrocientos versos, que sonaban en mi oido como una série de modulaciones sin sentido. Él parecia muy satisfecho, y á cada instante interrumpia su lectura para decirnos:—¿Qué os parece este pasajillo? Inés: á esa figura llamamos *litote*, y á este paloteo de las palabras para imitar los ruidos del mar tempestuoso de la nacion cuando lo surca la nave del Estado se llama *onomatopeya*, la cual figura va encajada en otra que es la *alegoría*.

Así nos fué leyendo toda la composicion, de la



cual figúrense Vds. lo que entenderíamos. Aún conservo en mi poder la obra de nuestro amigo, que empieza así:

*Te Godoie, canam pacis: tua munera czelo  
Inserere cęrediar: per te Paz alma biformen  
Vincla recusantem conduxit carcere Janum.*

.....

Cuatrocientos versos por este estilo nos tragamos Inés y yo, siendo de notar que ella atendía á la lectura con tanta formalidad como si la comprendiera, y aún en los pasajes más ruidosos hacia señales de asentimiento y elogio, para contentar al pobre viejo: ¡tal era su discrecion!

—Puesto que os ha agrado tanto, hijos míos— dijo D. Celestino guardando su manuscrito,— otro dia os leeré parte del poema. Lo dejo para otra ocasion, y así se comparte el placer entre varios dias, evitando el empacho que produce la sucesion de manjares demasiado dulces y apetitosos.

—¿Y piensa Vd leérsela tambien al príncipe de la Paz?

—¿Pues para qué la he escrito? A su Alteza Serenísima le encantan los versos latinos... porque es un gran latino... y pienso darle un buen rato uno de estos dias. Y á propósito, ¿qué se dice por Madrid? Aqui está la gente bastante alarmada. ¿Pasa allá lo mismo?

—Allá no saben qué pensar. Figúrese Vd., la ccsa

no es para ménos. Temen á los franceses que están entrando en España á más y mejor. Dicen que el rey no dió permiso para que entrara tanta gente, y parece que Napoleon se burla de la córte de España, y no hace maldito caso de lo que trató con ella.

—Es gente de pocos alcances la que tal dice—repuso D. Celestino.—Ya saben Godoy y Bonaparte lo que se hacen. Aquí todos quieren saber tanto como los que mandan, de modo que se oyen unos disparates...

—Lo de Portugal ha resultado muy distinto de lo que se creía. Un general francés se plantó allá, y cuando la familia real se marchó para América, dijo: «Aquí no manda nadie más que el Emperador, y yo en su nombre; vengán cuatrocientos milloncitos de reales, vengán los bienes de los nobles que se han ido al Brasil con la familia real!»

—No juzguemos por las apariencias—dijo D. Celestino;—sabe Dios lo que habrá en eso.

—En España van á hacer lo mismo—añadió;—y como los Reyes están llenos de miedo, y el príncipe de la Paz tan aturrullado, que no sabe qué hacer...

—¿Qué estás diciendo, tontuelo? ¿Cómo tratas con tan poco respeto á ese espejo de los diplomáticos, á esa natilla de los ministros? ¿Que no sabe lo que se hace?

—Lo dicho, dicho. Napoleon les engaña á todos. En Madrid hay muchos que se alegrian de ver entrar

tanta tropa francesa, porque creen que viene á poner en el trono al príncipe Fernando. ¡Buenos tontos están!

—¡Tontos, mentecatos, imbéciles!—exclamó con enfado el padre Celestino.

—Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales plazas y fortalezas? Primero se metieron en Pamplona engañando á la guarnición; despues se colaron en Barcelona, donde hay un castillo muy grande que llaman el Monjuich. Despues fueron á otro castillo que hay en Figueras, el cual no es ménos grande, el mayor del mundo, segun dice Pacorro Chinitas, y lo cogieron tambien, y por último se han metido en San Sebastian. Digan lo que quieran, esos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando: sobre todo, hay que oír á los oficiales que vienen del Norte y han visto á los franceses en las plazas fuertes... le digo á Vd. que echan chispas. El gobierno del rey Cárlos IV está que no le llega la camisa al cuerpo, y todos conocen la barbaridad que han hecho dejando entrar á los franceses; pero ya no tiene remedio... ¿sabe Vd. lo que se dice por Madrid?

—¿Qué, hijo mio? Sin duda alguna de esas vulgarísimas aberraciones propias de entendimientos romos. Ya lo he dicho: nosotros no entendemos de negocios de Estado; ¿á qué viene el comentar las

combinaciones y planes de esos hombres eminentes, que se desviven por hacernos felices?

—Pues allá dicen que la familia real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse á América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz. Por supuesto, los partidarios del príncipe Fernando se alegran, y creen que esto les viene de perillas para que el otro suba al trono.

—¡Necios, mentecatos!—exclamó el tío de Inés, incomodándose de nuevo.—¡Pensar que habia de consentir tal cosa el señor príncipe de la Paz, m paisano, amigo y áun creo que parientel... Pero no nos incomodemos fuera de tiempo, Gabriel, y por cosas que no hemos de resolver nosotros. Vamos á comer, que ya es hora, y el cuerpo lo pide.

Inés, que se habia retirado un momento ántes, volvió á decirnos que la comida estaba pronta. Durante ella, fué cuando el respetable cura nos comunicó el contenido de la misteriosa carta que habia llegado á la casa por la mañana.

—Hijos míos—dijo cuando los tres habíamos tomado asiento:—Voy á participaros un suceso feliz, y tú, Inesilla, regocíjate. La fortuna se te entra por las puertas, y ahora vas á ver cómo Dios no abandona nunca á los desvalidos y menesterosos. Ya sabes, que tu buena madre, que santa gloria haya, tenia un primo llamado D. Mauro Requejo, comer-

ciente en telas, cuya lonja, si no me engaño, cae hácia la calle de Postas, esquina á la de la Sal.

—D. Mauro Requejo...—dije yo recordando,—justamente: doña Juana le nombró delante de mí varias veces, y ahora caigo, en que ese comerciante pone en el *Diario* unos anuncios que me dan bastante que hacer.

—Le recuerdo—dijo Inés.—El y su hermana eran los únicos parientes que tenía mi madre en Madrid. Por cierto que siempre se negó á favorecernos, aunque lo necesitábamos bastante: dos veces le ví en casa. ¿Creería su merced que fué á consolarnos, á socorrernos? No: fué á que mi madre le hiciera algunas piezas de ropa, y despues de regatear el precio, no pagó más que la mitad de lo tratado, y decia: «De algo ha de servir el parentesco.» El y su hermana no hablaban más que de su honradez ó de lo mucho que habian adelantado en el comercio y nos echaban en cara nuestra pobreza, prohibiéndonos que fuéramos á su casa, mientras no nos encontráramos en posicion más desahogada.

—Pues digo—exclamé con enfado—que ese don Mauro y su señora hermana son dos grandísimos pillos.

—Poco á poco—continuó el cura.—Déjenme acabar. El primo de tu madre habrá faltado; pero lo que es ahora, sin duda Dios le ha tocado en el corazon, y se dispone á enmendar sus yerros, favoreciéndote

como buen pariente y hombre caritativo. Ya sabes que es bastante rico, gracias á su laboriosidad y mucha economía. Pues bien: en la carta que he recibido esta mañana me dice que quiere recogerte y ampararte en su casa, donde estarás como una reina; donde no te faltará nada, ni áun aquello de que gustan tanto las damiselas del dia, tal como joyas, trajes bonitos, perfumes primorosos, guantes y otras fruslerías. En fin, Dios se ha acordado de tí; sobriñita. ¡Ah! ¡si vieras qué interés tan grande demuestra por tí en sus cartas; qué alabanzas tan calurosas hace de tus méritos; si vieras cómo te pone por esas nubes, cómo lamenta tu orfandad, y cómo se enternece considerando que eres de su misma sangre, y que á pesar de esta natural preeminencia careces de lo que á él le sobra! Te repito que trabajando mucho y ahorrando más, el Sr. Requejo ha llegado á ser muy rico. ¡Qué porvenir te espera, Inesilla! El párrafo más conmovedor de la carta de tus tíos—añadió sacando la epístola—es este: *¿á quién hemos de dejar lo que tenemos, sino á nuestra querida sobriñita?*

Inés, confundida ante tan inesperado cambio en los sentimientos y en la conducta de sus ántes crueles parientes, no sabia qué pensar. Me miró, buscando sin duda en mis ojos algo que la diera luz sobre tan inexplicable mudanza; mas yo, que algo creia comprender, me guardé muy bien de dejarlo traslucir ni con palabras ni con gestos.

—Estoy asombrada—dijo al fin la muchacha;—y por fuerza para que mis tios me quieran tanto ha de haber algun motivo que no comprendemos.

—No hay más sino que Dios les ha abierto los ojos—dijo D. Celestino, firme en su ingénuo optimismo.—¿Por qué hemos de pensar mal dé todas las cosas? D. Mauro es un hombre honrado; podrá tener sus defectillos, pero ¿qué valen esos lijeros celajes del alma, cuando está iluminada por los resplandores de la caridad?

Inés mirándome parecia decirme:

—¿Y tú qué piensas?

Algunos meses ántes de aquel suceso, yo hubie-ra acogido las proposiciones de D. Mauro Requejo con el imprevisor optimismo, con el nécio entusiasmo que afluan de mi alma juvenil ante los acontecimientos nuevos é inesperados; pero las contrariedades me habian dado alguna experiencia; conocia ya los rudimentos de la ciencia del corazon, y el mioprecipiaba á reunir ese tesoro de desconfianzas, merced á las cuales medimos los pasos peligrosos de la vida. Así es que respondí sencillamente:

—Puesto que ese tu reverendo tio era ántes un bribon, no sé por qué le hemos de creer santo ahora.

—Tú eres un chicuelo sin experiencia—me dijo D. Celestino algo enojado,—y yo no debiera consultar esto contigo. ¡Si sabré yo distinguir lo verdadero de lo falso! Y sobre todo, Inés, si él quiere favore-

certe, poniéndote en pié de gente grande, si él quiere gastarse sus ahorros con su querida sobrina, ¿por qué no lo has de aceptar? Mucho más podria decirte; pero él mismo en persona te explicará mejor el gran cariño que te tiene.

—¿Pues qué—preguntó Inés turbada,—¿vendrá á Aranjuez?

—Sí, chiquilla—repuso el clérigo.—Yo te reservaba esta noticia para lo último. Hoy mismo tendrás el gusto de ver aquí á tu amado tío y protector. ¡Ah, Inés! Mucho sentiré separarme de tí; pero serviráme de consuelo la idea de que estás contenta, de que disfrutas mil comodidades que yo no te puedo dar. Y cuando este viejo incapaz eche un paseito á Madrid para visitarte, espero que le recibirás con alegría y sin orgullo: espero que no te ofuscará la ruín vanidad al considerarte en posicion superior á la mia, porque tío por tío, hermano soy de tu difunto padre, mientras que el otro...

D. Celestino estaba conmovido, y yo tambien, aunque por distinta causa.

—Sí—continuó el cura.—Hoy tendremos aquí á ese eminente tendero de la calle de la Sal. Me dice que habiendo comprado unas tierras en Aranjuez, junto á la laguna de Ontígola, viene hoy aquí con el doble objeto de conocer su finca y de verte. Él espera que irás á Madrid en su compañía y en la de su hermana doña Restituta, á quien tambien ten-



dremos el gusto de ver esta tarde, pues si han salido, como dice la carta, hoy de madrugada, por poco que avancen, ya deben estar pasando el puente largo.

Después de oír esto, todos callamos. Revolvien-  
do en mi cabeza extraños y no muy alegres pensa-  
mientos, dije á Inés:

—Pero ese hombre, ¿es casado?

Ella leyó en mi interior con su intuición incom-  
parable, y me respondió con viveza:

—Es viudo.

Después volvimos á callar, y sólo D. Celestino,  
tarareando una antífona, interrumpía nuestro grave  
silencio. Más de un cuarto de hora trascurrió de es-  
ta manera, cuando sentimos ruido de voces en el  
patio de la casa. Levantámonos, y saliendo yo al  
corredor, oí una voz hueca y áspera que decía: «¿Vi-  
ve aquí el latino y músico D. Celestino Santos del  
Malvar, cura de la parroquia?»

D. Mauro Requejo y su hermana doña Restituta,  
tíos de Inés, habían llegado.

### III

Entraron en la habitación donde estábamos, y al  
punto que D. Mauro vió á su sobrina dirigióse á ella  
con los brazos abiertos, y al estrecharla en ellos,  
exclamó endulzando la voz:

—¡Inés de mi alma, inocente hija de mi prima Juana! Al fin, al fin te veo. Bendito sea Dios que me ha dado este consuelo. ¡Qué linda eres! Ven, déjame que te abrace otra vez.

Doña Restituta hizo lo mismo, pero exagerando hasta lo sumo el mohín lacrimoso de su rostro, así como la apretura de sus abrazos, y luego que ambos hubieron desahogado así sus amantes corazones, saludaron á D. Celestino, quien no pudo ménos de derramar algunas lágrimas al ver tal explosion de sensibilidad. Por mi parte de buena gana habria correspondido con bofetones á los abrazos con que estrujaban á Inés aquellos gansos, cuya descripcion no puedo ménos de considerar ahora como indispensable.

D. Mauro Requejo era un hombre izquierdo. Creo que no necesito decir más. ¿No habeis entendido? Pues lo explicaré mejor. ¿Ha sido la naturaleza ó es la costumbre quien ha dispuesto que una mitad del cuerpo humano se distinga por su habilidad y la otra mitad por su torpeza?. Una de nuestras manos es inepta para la escritura, y en los trabajos mecánicos solo sirve para ayudar á su experta compañera, la derecha. Esta hace todo lo importante; en el piano ejecuta la melodía, en el violon lleva el arco, que es la expresion, en la esgrima maneja la espada, en la náutica el timon, en la pintura el pincel; es la que abofetea en las disputas, la que hace la señal de la

cruz en el rezo y la que castiga el pecho en la penitencia. Iguales disposiciones tiene el pié derecho; si algo eminente y extraordinario ha de hacerse en el baile, es indudable que lo hará el pié derecho; él es tambien el que salta en la fuga, el que golpea la tierra con ira en la desesperacion, el que ahuyenta al perro atrevido, el que aplasta al súcio reptil, el que sirve de ariete para atacar á un despreciable enemigo que no merece ser herido por delante. Esta superioridad mecánica, muscular y nerviosa de las extremidades derechas se extiende á todo el organismo: cuando estamos perplejos sin saber qué direccion tomar, si el cuerpo se abandona á su instinto, se inclinará hácia la derecha, y los ojos buscarán la derecha como un oriente desconocido. Al mismo tiempo que en el lado siniestro todo es torpeza, todo subordinacion, todo ineptitud: cuanto hace por sí resulta torcido, y su inferioridad es tan notoria, que ni aún en desarrollo puede igualar al otro lado. La mitad de todo hombre es generalmente más pequeña que la otra; para equilibrarlas, sin duda, se dispuso que el corazon ocupara el costado izquierdo.

Hemos hecho tan fastidiosa digresion para que se comprenda lo que dijimos de D. Mauro Requejo. Los dos lados de aquel hombre eran dos lados izquierdos, es decir, que todo él era torpe, inepto, vacilante, inhábil, pesado, brusco, embarazoso. No sé si me explico. Parecía que le estorbaban sus propias

manos: al verle mirar de un lado para otro, creeríase que buscaba un rincón donde arrojar aquellos miembros inútiles, cubiertos con guantes sin medida, que quitaban la sensibilidad á los oprimidos dedos, hasta el punto de que su dueño no los conocía por suyos.

Habíase sentado en el borde de la silla y sus piernas pequeñas y rígidas, no eran los miembros que reposan con compostura: extendíanse á un lado y otro como las dos muletas que un cojo deja junto á sí. Ya no le servían para nada, sino para arrastrar de aquí para allí los pesados piés. Al quitarse el sombrero, dejándolo en el suelo, al limpiarse el sudor con un luengo pañuelo de cuadros encarnados y azules, parecía el mozo de cuerda que se descarga de un gran fardo. La buena ropa que vestía no era adorno de su cuerpo, pues él no estaba vestido con ella, sino ella puesta en él. En cuanto á los guantes, embruteciéndole las manos, se las convertían en piés. A cada instante se tocaba los dijes del reló y los encajes de las chorreras para cerciorarse de que no se le habían caído; pero como tras la gamuza había desaparecido el tacto, necesitaba emplear la vista, y esto le hacía semejante á un mono que al despertar una mañana se encontrase vestido de piés á cabeza.

Su inquietud era extraordinaria, como la de un cuerpo mortificado por infinito número de picazones, y cada pliegue del traje debía hacer llaga en sus sensibles carnes. A veces aquella inerte manopla de

ante amarillo rellena de dedos tiesos é insensibles, partia en direccion del sobaco ó de la cintura con la ansiosa rapidez de una mano que va á rascar; pero se contenia subiendo á acariciar la barba recién afeitada. Tambien movia con frecuencia el cuello, como si algun bicho extraño agarrado á su occipucio juguetease en el pescuezo entre el pelo y la solapa. Era el colete encebado que irreverentemente se metia entre piel y camisa, ó escarbaba la oreja. La mano de ante amarillo se alzaba tambien en aquella direccion; pero tambien se detenia pasando á frotar la rodilla.

La cara de D. Mauro Requejo era redonda como una muestra de reló: no estaba en su sitio la nariz, que se inclinaba del un hemisferio buscando el carrillo siniestro que por obra y gracia de cierto lobanillo era más luminoso que su compañero. Los ojos verdosos y bien puestos bajo cejas negras y un poco achinescadas, tenian el brillo de la astúcia, mientras que su boca, insignificante si no la afearan los dos ó tres dientes carcomidos que alguna vez se asomaban por entre los lábios, tenia todos los repulgos y mohines que el palurdo marrullero estudia para engañar á sus semejantes. La risa de D. Mauro Requejo era repentina y sonora: en la generalidad de las personas este fenómeno fisiológico empieza y acaba gradualmente, porque acompaña á estados particulares del espíritu, el cual no funciona, que sepamos, con

la rigurosa precision de una máquina. Muy al contrario de esto, nuestro personaje tenia, sin duda, en su organismo un resorte para la risa, de la cual pasaba á la seriedad tan bruscamente como si un dedo misterioso se quitara de la tecla de lo alegre para oprimir la de lo grave. Yo creo que él en su interior pensaba así, «ahora conviene reir;» y reia.

#### IV

Era imposible decir si doña Restituta seria más jóven ó más vieja que su hermano: ambos parecian haber pasado bastante más allá de los cuarenta años, pero si en la edad se asemejaban, no así en la cara ni el gesto, pues Restituta era una mujer que no se estorbaba á sí misma y que sabia estarse quieta. Habia en ella si no fineza de modales, esa holgada soltura, propia de quien ha hablado con gente por mucho tiempo. Comparando á aquellas dos ramas humanas de un mismo tronco, se decia: «Mauro ha estado toda la vida cargando fardos, y Restituta midiendo y vendiénd; el uno es un sabandijo de almacén y la otra la bestiezuela enredadora de la tienda.»

Alta y flaca, con esa tez impasible y uniforme que parece un forro, de manos largas y feas, á quien el

continuo escurrirse por entre telas habia dado cierta flexibilidad; de pelo escaso, y tan lustrosamente aplastado sobre el casco, que más parecia pintura que cabello; con su nariz encarnadita y algo granulenta, aunque jamás fué amiga de oler lo de Arganda; su boca plegada y de rincones caidos, su barba un poco velluda, y su mirar así entre tarde y noche, como de ojos que miran y no miran. Restituta Requejo era una persona cuyo aspecto no predisponia á primera vista ni en contra ni en favor. Oyéndola hablar, tratándola, se advertia en ella no se qué de escurridizo, que se escapaba á la observacion, y se caia en la cuenta de que era preciso tratarla por mucho tiempo para poder hacer presa con dedos muy diestros en la piel húmeda de aquel carácter, que para esconderse poseia la presteza del sáurio y la flexibilidad del ofidio. Pero dejemos estas consideraciones para su lugar, y por ahora, conténtense Vds. con oir hablar á los tios de Inés.

—*Este* estaba tan impaciente por venir—dijo Restituta, señalando á su hermano,—que con la prisa nos fué imposible traer alguna cosita como hubiéramos deseado.

D. Celestino les dió las gracias con su amable sonrisa.

—Tenia tanta impaciencia por venir á ver esas tierras—dijo D. Mauro,—que... y al mismo tiempo el alma se me arrancaba en cuajarones al pensar en

mi querida sobrinita, huérfana y abandonada... porque las tierras, Sr. D. Celestino, no son ningun muladar, Sr. D. Celestino, y me han costado obra da trescientos cuarenta y ocho reales, trece maravedíes, sin contar las diligencias ni el por qué de la escritura. Si señor, ya está pagado todo, peseta sobre peseta.

—Todo pagado—indicó doña Restituta mirando uno tras otro á los tres que estábamos presentes.— A *éste* no le gusta deber nada.

—¡Quiten para allá! Antes me dejó ahorcar que deber un maravedí—exclamó D. Mauro, llevando la manopla á la garganta, oprimida por el corbatín.

—En casa no ha habido nunca trampas—añadió la hermana.

—A eso deben Vds. el haber adelantado tanto—dijo D. Celestino.

—La suerte... eso sí: hemos tenido suerte—dijo Requejo. Luego, *ésta* es tan trabajadora, tan ahorrativa, tan hormiguita...

—Pero todo se debe á tu honradez—añadió Restituta.—Sí, creánlo Vds., á su honradez. *Éste* tiene tal fama entre los comerciantes, que le entregarían los tesoros del rey.

—En fin... algo se ha hecho, gracias á Dios y á nuestro trabajo. Si fuera á hacer caso de *ésta*, compraría tierras y más tierras. A *ésta* no le gusta sino las tierras.



—Y con razon: si *éste* me hiciera caso—dijo la hermana, mirando otra vez sucesivamente á los circunstantes,—todas nuestras ganancias se emplearian en tierras de labor.

—Como yo soy así tan... pues—afirmó Requejo.

—Sin soberbia, Sr. D. Celestino—dijo Restituta.—bueno es aparentar que se tiene lo que se tiene.

—Y me hace comprar vestidos, sombreros, alhajas—indicó D. Mauro.—Qué sé yo la tremolina de cosas que ha entrado en casa. Ello, como se puede... Vea Vd. esta cadena—añadió mostrando á D. Celestino una que traía al cuello;—vea Vd. también este alfiler. ¿Cuánto cree Vd. que me han costado? La friolerita de mil reales... Ps: yo no queria; pero *ésta* se empeñó, y como se puede...

—Son hermosas piezas.

—Y bien te dije que te quedaras tambien con la *tumbaga* de la esmeralda, que ya recordarás la daban por poco más de nada. Es una lástima que la haya tomado el duque de Altamira.

Al decir esto, nos miraban, y nosotros les contestábamos con señales de asentimiento, pero sin palabras, porque ni á Inés ni á mí se nos ocurrían.

—Pero, ¿cómo está ahí mi sobrina tan calladita?—dijo Requejo riéndose de improviso, y quedándose muy sério un instante despues.

Inés se sonrojó y no dijo nada, porque en efecto no tenia nada que decir.

—¡Ay, no puedes negar la pinta! ¡Cómo se parece á su madre, á la pobre Juana, mi prima querida!— exclamó Requejo llevándose la manopla á la boca para tapar un bostezo.—¡Y qué pronto se murió la pobrecita!

—Ya que pasó á mejor vida aquella santa y ejemplar mujer—dijo Restituta,—no la nombremos, porque así se renueva nuestro dolor y el de esta pobre muchacha, aunque ella es niña, y los niños se consuelan más fácilmente.

Inés no dijo nada tampoco; pero el color encendido de su rostro se trocó en intensa palidez. Creyó conveniente el cura variar la conversacion, y dijo:

—¿Y ha visto Vd. esas tierras de la laguna de Ontígola?

—Todavía no—respondió Requejo;—pero me han dicho que son magníficas. Ps... para mí, poca cosa. *Esta* se empeñó en que me quedara con ellas y al fin me decidí. Allá en el país tenemos muchas más, que hemos ido comprando poco á poco.

—En su país de Vd. hácia el Vierzo, si no me engaño.

—Más acá del Vierzo, en Santiagomillas, que es tierra de Maragatería. De allí *semos* todos, y allí está todavía el solar de los Requejos.

—Familia hidalga, segun creo—afirmó el cura.

—Ello... no deja de tener uno su *motu proprio*—contestó D. Mauro;—y segun nos decia un sábio es-

cribano de mi pueblo, nuestros ascendientes tenían un gran quejigar, de donde les vino el nombre de Requejo.

—Así debe de ser; los más ilustres apellidos traen su origen de alguna yerba ó legumbre. Y si nó, ahí están en la Roma antigua los *Léntulos*, los *Fabios* y los *Pisones* que se llamaban así porque alguno de sus mayores cultivó las lentejas, las habas ó los guisantes. En cuanto á mí, creo que este nombre de *Malvar* me viene de que algun abuelo mio se pintaba solo para el cultivo de las malvas.

—Pues yo creo—dijo D. Mauro volviendo á reir, —que eso de que la nobleza viene de las guerras y de las hazañas de algunos caballeros es pura mentira. Que no me vengan á mí con bolas: yo no creo que haya habido nunca esas heroicidades. No hay más sino que los reyes hicieron duque á uno porque tenía un huerto de coles, y á otro marqués porque sabia escojer melones. De todos modos, nuestra familia no viene de ningun cardo borriquero.

—Y venga de donde viniere—dijo doña Restituta, —lo principal es lo principal. Lo que es en nuestra casa, Sr. D. Celestino, no falta nada én gracia de Dios, y aunque por fuera no gastamos lujo, ni nos gusta andar en carroza, ni figurar, lo que es la gallina en el puchero todos los dias... eso sí: *éste* y yo no nos podemos pasar sin ciertas comodidades.

—Lo que es por mí—interrumpió Requejo,—con

cualquier cosa me sustento. Teniendo un pedazo de pan, otro de tocino, y agua de la fuente del Berro, vamos viviendo; pero *ésta* se empeña en poner las cosas en buen pié. Todos los días ha de traer libra y media de carne de vaca, y jamon rancio á morrillo, y abadejo del mejor todos los viernes, y para cenar una perdiz por barba, y los domingos tres capones, y por Navidad, y por el día de San Mauro, que es el 15 de Enero, ó por San Restituto, que es el 10 de Junio, andan los pavos por casa, como si *ésta* fuese la era del Mico. El mayordomo de los duques de Medina de Rioseco, que suele ir á casa á pedirnos dinero prestado, se queda estupefacto de ver tanta abundancia y dice que no ha visto despensa como la nuestra.

—Eso sí—dijo Restituta,—no nos duele gastar en el plato, ni en buena ropa para vestir, ni en buen cisco de retama para la lumbre. Vivimos tranquilos y felices: nuestra única pena ha consistido hasta hora en no tener una persona querida á quien dejar lo que poseemos, cuando Dios se sirva llamarnos á su santa gloria; porque los parientes que nos quedan en Santiagomillas son unos pícaros que nos dan mucho que hacer.

Al oír esto, D. Mauro movió el resbrote de la risa, y miró á Inés, diciendo:

—Pero aquí nos depara Dios á nuestra querida sobrinita, á esta rosa temprana, á esta señoritica que

parece un ángel: ¡ay! si no puede negar la pinta, si es *éntica* á su madre.

—Por Dios, Mauro—exclamó Restituta,—no traigas á la memoria á aquella santa mujer, porque yo estoy todavía tan impresionada con su muerte, que si la recuerdo, se me vienen las lágrimas á los ojos.

—Todo sea por Dios, y hágase su santa voluntad—dijo Requejo tocando el resorte de la seriedad.—Lo que digo es que cuanto tengo y pueda tener será para esta palomita torcaz, pues todo se lo merece ella con su cara de princesa.

—Ya, ya...—indicó Restituta guiñando el ojo,—que no tendrá pretendientes en gracia de Dios. Marquesitos y condesitos conozco yo que no suspirarán poco debajo de nuestros balcones cuando sepan que guardamos en casa tal primor.

—Pelambrones, hija, pelambrones sin un cuarto—añadió Requejo.—Cuando la niña haya de tomar estado, ya le buscaremos un jóven de una de las principales familias de España, que sea digno de llevarse esta joya.

—Eso por de contado. Casas hay muy ricas, donde no es todo apariencia, y mayorazgos conozco que en cuanto la vean y sepan la riqueza que ha de heredar de sus tíos, beberán los vientos por conseguir su mano. A fé mía que nuestra casa no es ningun guiñapo, y cuando pongamos en la sala las cortinas de sarga verde con ramos amarillos, y aquellos pájaros

color de pensamiento que parecen vivos, no estará de mal ver para recibir en ella á todos los señores del Consejo Real. Pues poco tono se va á dar la niñita en su gran casa.

D. Celestino viendo que su sobrina no contestaba nada á tan patéticas demostraciones de afecto, creyó conveniente hablar así:

—Ella les agradece á Vds. con toda el alma los beneficios que va á recibir.

—Ya estoy contento, Sr. D. Celestino—dijo Requejo.—Una cosa me faltaba y ya la tengo. Inés será mi heredera, Inés se casará con una persona que la merezca, y que traiga tambien buenas peluconas: ella será feliz y nosotros tambien.

—No hables mucho de eso, porque lloro—dijo doña Restituta.—¡Qué gusto es tener quien la acompañe á una en la soledad, y quien comparta las comodidades que Dios y nuestro trabajo nos han proporcionado. ¡Ay! Inesita: eres tan linda, que me recuerdas mi mocedad cuando iba á jugar á la huerta del convento de las madres Recoletas de Sahagun, donde me crié. Me parece que si ahora te separaran de mí, no tendria fuerzas para vivir.

Diciendo esto abrazó á Inés, y parecióme que el forro de su cara, es decir, la piel se teñia de un leve rosicler.

—Como Inés está impaciente por irse con nosotros—dijo Requejo,—esta tarde misma nos la llevaremos.

—¡Cómo! ¡esta tarde! ¡yo!—exclamó ella vivamente.

—Hija mia—dijo Restituta,—no conviene disimular el cariño que nos tienes. Somos tus tios, y de veras te digo que no debes agradecernos lo que hacemos por tí, pues obligacion nuestra es.

—Tal vez ponga reparos á ir con Vds. así... tan pronto—dijo con timidez D. Celestino,—pero no du-do que comprenda pronto las ventajas de su nueva posicion, y se decida...

—¡Qué no quiere venir!—exclamó Requejo con asombro.—Con que nuestra sobrina no nos quiere... ¡Jesus! ¡Mayor desgracial

—Si... les quiere á Vds.—añadió el cura tratando de conciliar la repugnancia que notaba en el semblante de Inés con el deseo de los Requejos.

—Hermano, no sabes lo que te dices—afirmó Restituta.—Nuestra sobrina es un dechado de modestia de ingenuidad y de sencillez. Quieres que se ponga ahora á hacer aspavientos en medio de la sala saltando y brincando de gusto porque nos la llevamos. Eso no estaria bien. Por el contrario—prosiguió la hermana de D. Mauro—se está muy calladita, y como machacha honesta y bien criada... ¡ya se vé! como hija de aquella santa mujer... disimula su alborozo y se está así mano sobre mano, bendiciendo mentalmente á Dios por la suerte que le depara.

—Entónces, Sr. D. Celestino—dijo Requejo,—nos—

otros nos vamos ahora á ver esas tierras de Ontígola que están ahí hácia la parte de Titulcia, y por la tarde cuando volvamos, Inés estará preparada para venirse con nosotros á Madrid.

—No tengo inconveniente, si ella está conforme— repuso el clérigo, mirando á su sobrina.

Mas no dieron tiempo á que esta expresara su opinion sobre aquel viaje, porque los Requejos se levantaron para marcharse, diciendo que un coche de dos mulas les esperaba en el paradero del Rincon. Abrazaron por turno dos ó tres veces á su sobrina, hicieron ridículas cortesías á D. Celestino, y sin dignarse mirarme, lo cual me honró mucho, salieron, dejando al clérigo muy complacido, á Inés absorta, y á mí furioso.

## V

Al punto se trató de resolver en consejo de familia lo que debía hacerse; pero deseando yo conferenciar con el buen cura para decirle lo que Inés no debía oír, rogué á ésta que nos dejase solos y hablamos así:

—¿Será Vd. capaz, Sr. D. Celestino, de consentir que Inés vaya á vivir con ese ganso de D. Mauro, y la lechuza de su hermana?



—Hijo—me contestó,—Requejo es muy rico, Requejo puede dar á Inesilla las comodidades que yo no tengo, Requejo puede hacerla su heredera cuando estire la zanca.

—¿Y Vd. lo cree? Parece mentira que tenga Vd. más de sesenta años. Pues yo digo y repito que ese endiablado D. Mauro me parece un farsante hipocriton. Yo en lugar de Vd., les mandaría á paseo.

—Yo soy pobre, hijo mio, ellos son ricos, Inés se irá con ellos. En caso de que la traten mal la recogeremos otra vez.

—No la tratarán mal, no—dije muy sofocado.—Lo que yo temo es otra cosa, y eso no lo he de consentir.

—A ver, muchacho.

—Vd. sabe como yo lo que hay sobre el particular; Vd. sabe que Inés no es hija de doña Juana; Vd. sabe que Inés nació del vientre de una gran señora de la córte, cuyo nombre no conocemos, Vd. sabe todo esto, y ¿cómo sabiéndolo no comprende la intencion de los Requejos?

—¿Qué intencion?

—Los Requejos despreciaron siempre á doña Juana; los Requejos no le dieron nunca ni tanto así; los Requejos ni siquiera la visitaron en su enfermedad. y ahora, Sr. D. Celestino de mi alma, los Requejos lloran recordando á la difunta, los Requejos echan la baba mirando á su sobrinita, y no puede ser otra

cosa sino que los Requejos han descubierto quiénes son los padres de Inés, los Requejos han comprendido que la muchacha es un tesoro, y ¡ay! no me queda duda de que el Requejo mayor, ese poste vestido trae entre ceja y ceja el proyecto de casarse con Inés, obligándola á ello luego que la pille en su casa.

—Sosiégate, muchacho, y óyeme. Puede muy bien suceder que la intencion de los Requejos sea la que dices, y puede muy bien que sea la que ellos han manifestado. Como yo me inclino siempre á creer lo bueno, no dudo de la sinceridad de D. Mauro, hasta que los hechos me prueben la contrario. ¿Qué sabes tú si de la mañana á la noche verás á Inés hecha una damisela, con carroza y pajes, llena de diamantes como avellanas y viviendo en uno de esos caserones que hay en Madrid más grandes que conventos?

—¡Bah, bah! Eso es como cuando yo queria ser príncipe, generalísimo y secretario del despacho. A los diez y seis años se pueden decir tales cosas; pero no á los sesenta.

—Viviendo conmigo, Inés ha de estar condenada á perpétua estrechez. ¿No vale más que se la lleven los parientes de su madre, que parecen personas muy caritativas? En todo caso, Gabriel, si la muchacha no estuviere contenta allí, tiempo tenemos de recogerla, porque á mí, como tio carnal, me corresponde la tutela.

—¿Y por qué la deja Vd. marchar?

—Porque los Requejos son ricos... ¿lo comprenderás al fin?... porque Inés en casa de esa gente puede estar como una princesa, y casarse al fin con un comerciante muy rico de la calle de Postas ó de Platerías.

—Alto allá, señor mio—exclamé muy amostazado,—¿qué es eso de casarse Inés? Inés, Dios mediante, no se casará más que conmigo. Sí ¡vaya Vd. á hablarle de comerciantes y de usías!

—Es verdad, no me acordaba, hijito—dijo el cura con algo de mofa.—¡Casarse á los diez y siete años! ¿El matrimonio es algun juego? Y además: hazme el favor de decirme qué ganas tú en la imprenta donde trabajas.

—Sobre tres reales diarios.

—Es decir, noventa y tres reales los meses de treinta y uno. Algo es, pero no basta, chiquillo. Ya ves tú: cuando Inés esté en su sala con cortinas verdes de ramos amarillos y se siente en aquellas mesas donde hay siete pavos en Navidad, y todas las noches cena de perdiz por barba... ya ves tú, no sé cómo podrá arrimarse á élla un pretendiente con noventa y tres reales al mes, en los que traen treinta y uno.

—Eso ella es quien lo ha de decir—repuse con la mayor zozobra;—y si ella me quiere así, veremos si todos los Requejos del mundo lo pueden impedir.

En resumidas cuentas, Sr. D. Celestino, ¿Vd. está decidido á que Inés se vaya esta tarde con don Mauro!

—Decidido, hijo, es para mí un caso de conciencia.

—¿Y quién le dice á Vd. que con noventa y tres reales al mes no se puede mantener una familia? Pues á mí me dá la gana de casarme, sí señor.

—¡Casarse á los diez y siete años! Uno y otro de beis esperar á tener los treinta y cinco cumplidos. La vida se pasa pronto: no te apures. Para entonces podreis casaros. Sois á propósito el uno para el otro. Casar y compadrear, cada uno con su igual. Veremos si de aquí allá te luce más el oficio.

—¿Y no puedo yo buscar un destinillo?

—Eso es como cuando se te puso en la cabeza que te iba á caer un principado ó un ducado.

—No: un destinillo de estos que se dan á cualquier pelon, en la contaduría de acá ó en la de allá.

—¿Pero crees tú que un destino es cosa fácil de conseguir?

—¿Por qué no?—respondí enfáticamente.—¿Pues para qué son los destinos sino para darlos á todos los españoles que necesitan de ellos?

—Hijo, las antesalas están llenas de pretendientes. Ya recordarás que á pesar de ser paisano y amigo del príncipe de la Paz, estuve catorce años haciendo memoriales.

—Y al fin... pero hoy visita Vd. á S. A. y le trata; de modo que si le pidiera para mí una plazita no creo que se la negara,

—¡Ah!—exclamó D. Celestino con satisfaccion.— El dia que visité á S. A. fué para mí el más lisonjero de mi vida, porque oí de sus augustos lábios las palabras más cariñosas. Si vieras con cuánto agasajo me trató; ¡y qué amabilidad, qué dulzura, qué llaneza sin dejar por eso de ser príncipe en todos sus gestos y palabras! Cuando entré, yo estaba todo turbado y confuso, y la lengua se me quedó pegada al paladar. Mandóme S. A. que me sentara, y me preguntó si yo era de Villanueva de la Serena. ¿Ves qué bondad? Contestéle que habia nacido en los Santos de Maimona, villa que está en el camino real como vamos de Badajoz á Fuente de Cantos. Luego me preguntó por la cosecha de este año, y le respondí que segun mis noticias, el centeno y cebada eran malos, pero que la bellota venia muy bien. Ya comprenderás por esto el interés que se toma por la agricultura. En seguida me dijo si estaba contento en mi parroquia, á lo cual contesté afirmativamente, añadiendo que me tenia edificada la piedad de mis feligreses; al decir esto no pude contener las lágrimas. Bien claro se vé que al príncipe le interesa mucho cuanto se refiere á la religion. Habléle despues de que entretenia mis ócios con la poesía latina, y notifiquéle haber compuesto un poema en

exámetros, dedicado á él. Enterado de esto, dijo que *bueno*, en lo cual se demuestra palmariamente su desmedida afición á las letras humanas, y por fin, á los diez minutos de conferencia, me rogó afectuosamente que me retirara, porque tenia que despachar asuntos urgentísimos. Esto prueba que es hombre trabajador, y que las mejores horas del día las consagra puntualmente á la administración. Te aseguro que salí de allí conmovido.

—¿Y no vuelve Vd.?

—¡Pues no he de volver! Supliqué á S. A. que me fijara día para llevarle el poema latino, y mañana tendré el honor de poner de nuevo los piés en el palacio de mi ilustre paisano.

—Pues yo iré con Vd. Sr. D. Celestino—dije con mucha determinación.—Iremos juntos y Vd. le pedirá un destino para mí.

—¡Estás loco!—exclamó el sacerdote con asombro.—No me creo capaz de semejante irreverencia.

—Pues se lo pediré yo—dije más resuelto cada vez á entrar en la administración.

—Modera esos arrebatos, jóven sin experiencia ¿Cómo quieres que te presente sin más ni más al príncipe de la Paz? ¿Qué puedo decir de tí, cuáles son tus méritos? ¿Conoces acaso por el forro los versos latinos? ¿Has saludado siquiera el *Divitias alius fulvo sibi congerat auro*, el *Passer, delitbæ mæ puellæ*, ó el *Cynthia prima suis me cepis ocelis*? ¿Estás loco,

piensas que los destinos están ahí para los mocosos á quienes se les antoja pedirlos?

—Vd. le dice que soy un jóven pariente suyo, y yo me encargo de lo demás.

—¿Pariente mio? Eso sería una mentira, y yo no miento.

Así disputamos un buen rato, y al fin, entre ruegos y razones logré convencer al padre Celestino para que me llevara á presencia del serenísimo señor Godoy. Mi tenaz proyecto se explica por el estado de desesperacion en que me puso la visita de los Requejos, y su propósito de cargar con la pobre Inés. La viva antipatía que ambos hermanos me inspiraron desde que tuve la desdicha de poner los ojos sobre ellos, engendró en mi espíritu terribles presentimientos. Se me representaba la pobre huérfana en dolorosa esclavitud bajo aquel par de trasgos, condenada á perecer de tristeza si Dios no me deparaba medios para sacarla de allí. ¿Cómo podia yo conseguirlo, siendo como era, más pobre que las ratas? Pensando en esto, vino á mi mente una idea salvadora, la que desde aquellos tiempos principiaba á ser norte de la mitad, de la mayor parte de los españoles, es decir, de todos aquellos que no eran mayorazgos ni se sentian inclinados al cláustro; la idea de adquirir una plaza en la administracion. ¡Ay! aunque habia entónces ménos destinos, no eran escasos los pretendientes.

España habia gastado en la guerra con Inglaterra, la espantosa suma de *siete mil millones* de reales. Quien esto derrochó en una calaverada, ¿no podia darme á mí cinco mil para que me casara? Por supuesto, el pretender casarse entónces á los diez y siete años, era una calaverada peor que la de gastar siete mil millones en una guerra. Aquella idea echó raices en mi cerebro con mucha presteza. A la media hora de mi conferencia con D. Celestino, ya se me figuraba estar desempeñando ante la mesa forrada de bayeta verde, las funciones que el Estado tuviera á bien encomendarme para su prosperidad y salvacion. Atrevido era el proyecto de pedir yo mismo al poderoso ministro lo que me hacia falta: pero la gravedad de las circunstancias, y el loco deseo de adquirir una posicion que me permitiera disputar la posesion de Inés á la temerosa pareja de los Requejos, disminuia los obstáculos ante mis ojos, dándome aliento para las empresas más difíciles.

La huérfana no disimuló al hablar conmigo la repugnancia que le inspiraban sus tios: tal vez hubiera yo logrado impedir el secuestro; pero D. Celestino repitió que era para él caso de conciencia, y con esto Inés no se atrevió á formular sus quejas, ¡tan grande era entónces la subordinacion á la autoridad de los mayores! La escrupulosidad del buen sacerdote no impidió, sin embargo, que yo hablara mil pestes de los dos hermanos, criticando sus fa-



chas y vestidos, y comentando á mi manera aquello de los siete pavos y capones, con la añadidura de las perdices por barba en la hora de la cena. Tambien me reí con implacable saña de los tratamientos que se daban hermano y hermana, pues, segun el lector observaria, se llamaban simplemente *éste* y *ésta*. D. Celestino me dijo al oirme, que tratase con más miramientos á dos personas respetables que habian sabido labrar pingüe fortuna con su trabajo y honradez, y entre tanto Inés preparaba de muy mala gana su equipaje para marchar á la córte.

No tardó la casa del cura en verse honrada de nuevo con las personas de los Requejos, que llegaron á eso de las cuatro, haciendo mil ponderaciones de las tierras adquiridas cerca de Ontígola; y su contento al ver que Inés se disponia á seguirles, fué extraordinario.

—No te des prisa, pimpollita—decia D. Mauro,—que todavía hay tiempo de sobra.

—Su impaciencia por emprender el viaje—añadió doña Restituta, plegando de un modo indefinible el forro cutáneo de su cara—es tan viva, que la pobre-cilla quisiera tener alitas para salir más pronto de aquí.

—Eso no—dijo D. Celestino algo amoscado;—que su tio no le ha dado malos tratos, para que así se impaciente por abandonarle.

Inés se arrojó llorando en brazos del cura, y am-

bos derramaron muchas lágrimas. Por mi parte, tenía interés en que los Requejos no conocieran que un antiguo y cordial amor me unía á Inés, así es que disimulé mi sofocacion, y acechándola fuera, cuando salió en busca de un objeto olvidado, le dije:

—Prendita, no me digas una palabra, ni me mires, ni me saludes. Yo me quedo aquí, pero descuida; pronto nos hemos de ver allá.

Llegó por fin la hora de la partida; el coche se acercó á la puerta de la casa. Inés entró en él muy llorosa y los Requejos tomaron asiento á un lado y otro, pues aun en aquella situacion temian que se les escapara. Jamás he visto mujer ninguna que se asemejara á un cernícalo como en aquel momento doña Restituta. El coche partió, y al poco rato nuestros ojos le vieron perderse entre la arboleda. Don Celestino, que hacia esfuerzos por aparentar gran serenidad, no pudo conservarla, y haciendo pucheros como un niño, sacó su largo pañuelo y se lo llevó á los ojos.

—¡Ay, Gabriell ¡Se la llevaron!

Mi emocion tambien era grande, y no pude contestarle nada.

## VI

Al día siguiente me llevó D. Celestino al palacio del Príncipe de la Paz. Era el 15 de Marzo, si no me falla la memoria.

Aunque no tenía ropa para mudarme en tan solemne ocasión, como la que llevaba á Aranjuez era la mejorcita, con una camisa limpia que me prestó el cura, quedé en disposición, según él mismo me dijo, de presentarme aunque fuera á Napoleon Bonaparte. Por el camino, y mientras hacíamos tiempo hasta que llegara la hora de las audiencias, D. Celestino sacaba del bolsillo interior de su sotana el poema latino para leerlo en alta voz, porque,

—Quizás el señor Príncipe—decía—me mande leer algún trozo, y conviene hacerlo con entonación clásica y ritmo seguro, mayormente si hay delante algún embajador ó general extranjero.

Después, guardando el manuscrito, añadió con cierta zozobra:

—¿Sabes que el sacristan de la parroquia, ese condenado Santurrias... ya le conoces... me ha puesto esta mañana la cabeza como un farol? Dice que el señor Príncipe de la Paz no dura dos días más al frente de la nación, y que le van á cortar la cabeza.

Esto no merece más que desprecio, Gabrielillo; pero me da rabia de oír tratar así á persona tan respetable. Pues, ¿qué crees tú? he descubierto que ese pícaro Santurrias es jacobino, y se junta mucho con los cocheros del infante D. Antonio Pascual, los cuales son gente muy alborotada.

—¿Y qué dice ese reverendo sacristan?

—Mil necedades; figúrate tú. Como si á personas de estudios y que tienen en la uña del dedo á todos los clásicos latinos, se les pudiera hacer tragar ciertas bolas. Dice que el señor príncipe de la Paz, temiendo que Napoleon viene á destronar á nuestros queridos reyes, tiene el propósito de que éstos marchen á Andalucía para embarcarse y dar la vela á las Américas.

—Pues anoche—dije yo—cuando fuí al meson á decir á los arrieros que no me aguardaran, oí decir lo mismito á unos que estaban allí, y por cierto que hablaban de su amigo y paisano de Vd. con más desprecio que si fuera un bodegonero del Rastro.

—No saben lo que se pescan, hijo—me dijo el cura.—Pero ó yo me engaño mucho ó los partidarios del príncipe de Asturias andan metiendo zizaña por ahí. Ello es que en Aranjuez hay mucha gente extraña y... quiera Dios. Ya me dijo esta mañana Santurrias que su mayor gusto será tocar las campanas á vuelo si el pueblo se amotina para pedir alguna cosa; pero ya le he dicho—y al hablar así D. Celso—

tino se paró, y con su dedo índice hacia demostraciones de la mayor energía—ya le he dicho que si toca las campanas de la Iglesia sin mi permiso, lo pondré en conocimiento del señor Patriarca para lo que éste tenga á bien resolver.

Con esta conversacion llegó la hora, y nosotros al palacio de S. A. Atravesamos por entre varios guardias que custodiaban la puerta, porque ha de saberse que el generalísimo tenia su guardia de á pié y de á caballo, lo mismo que el rey, y mejor equipada, segun observaban los curiosos. Nadie nos puso obstáculo en el portal ni en la escalera; pero al llegar á un gran vestíbulo en cuyo pavimento taconeaban con estrépito las botas de otra porcion de guardias, uno de éstos nos detuvo, preguntando á D. Celestino con cierta impertinencia que á dónde íbamos.

—Su Alteza—dijo el clérigo muy turbado—tuvo el honor de señalarme... digo... yo tuve el honor de que él señalara el dia de hoy y la presente hora para recibirme.

—Su Alteza está en palacio. Ignoramos cuando vendrá—dijo el guardia dando media vuelta.

D. Celestino me consultó con sus ojos y tambien iba á consultarme con sus autorizados lábios, cuando se sintió ruido en el portal.

—¡Ahí está! Su Alteza ha llegado—exclamaron los guardias, tomando apresuradamente sus armas y sombreros para hacer los honores.

Pero el Príncipe subió á sus habitaciones particulares por la escalera excusada, que al efecto existía en su palacio.

—Quizás Su Alteza no reciba hoy—dijo á don Celestino el guardia, que poco ántes nos habia detenido.—Sin embargo, pueden Vds. esperar si gustan, y él avisará si da audiencia ó no.

Dicho esto, nos hizo pasar á una habitacion antigua y muy grande donde vimos á otras muchas personas, que desde por la mañana habian acudido en solicitud del favor de una entrevista con S. A. Entre aquella gente habia algunas damas muy distinguidas, militares, señores á la antigua, vestidos con antiguas casacas y cubiertos con antiquísimas pelucas, y tambien algunas personas humildes.

Los pretendientes allí reunidos se miraban con recelo y mal humor, porque á todo el que hace antesala molesta mucho el verse acompañado, considerando sin duda que si el tiempo y la benevolencia del ministro se reparten entre muchos, no puede tocarles gran cosa. Un ugiar se acercó á nosotros y preguntó á D. Celestino quienes éramos, á lo cual repuso el buen eclesiástico:

—Nosotros somos curas de la parroquia de... quiero decir, soy cura de la parroquia y este jóven... este jóven gana noventa y tres reales en los meses de treinta y uno; y venimos á... pero yo no pienso pedirle nada al señor Príncipe, porque este picaron

(señalando á mí) no se morderá la lengua para decirle lo que desea.

Cuando el ugiér se alejó, dije á mi acompañante que tuviera cuidado de no equivocarse tan á menudo: que no anunciara anticipadamente nuestra comision pedigüeña, y que no habia necesidad de ir preguntando lo que yo ganaba, á lo que me respondió que él como persona nueva en antesalas y palacios, se turbaba á la primera ocasion, diciendo mil desatinos. Uno de los señores que aguardaban se nos acercó, y reconociendo al cura, se saludaron ambos muy cortesmente, diciendo el desconocido:

—Sr. D. Celestino, ¿qué bueno por aquí?

—Vengo á visitar á S. A. Ya sabe Vd. que somos paisanos y amigos. Mi padre y su abuelo hicieron un viaje juntos desde Trujillo á la Vera de Placencia, y un tio de mi madre tenia en Miajadas una dehesa donde los Godoyes iban á cazar alguna vez. Somos amigos, y le estoy muy reconocido, porque á la munificencia de S. A. debo el beneficio que disfruto, el cual me fué concedido en cuanto S. A. tuvo conocimiento de mi necesidad; así es que desde mi primer memorial hasta el dia en que tomé posesion, sólo trascurrieron catorce años.

—Se conoce que el Príncipe quiso servirle á usted —dijo nuestro interlocutor —No á todos se les despacha tan pronto. Hace veintidos años que yo pretendí que se me repusiera en mi antigua plaza de la

colecturía del Noveno y del Excusado, y esta es la lora, Sr. D. Celestino. A pesar de todo, yo no me desanimo, y ménos ahora, porque tengo por seguro que la semana que viene...

—No todos son tan afortunados como yo—dijo el optimista D. Celestino.—Verdad es que como paisano y amigo de S. A. estoy en situacion muy favorable. De mi pueblo á Badajoz, cuna de D. Manuel Godoy, no hay más que trece leguas y media por buen camino, y estoy cansado de ver la casa en que nació este faro de las Españas. Así es que en cuanto supo mi necesidad...

—Pero diga Vd.—preguntó bajando la voz el señor de *la semana que viene*;—¿tenemos viaje de los reyes á Andalucía ó no tenemos viaje?

—¿Pero Vd. cree tales paparruchas?—dijo don Celestino.—Esa voz la ha corrido Santurrias, el sacristan de mi iglesia. Ya le dicho que si tocaba las campanas sin mi permiso...

—Todo el mundo lo asegura. Ya sabe Vd. que ha venido mucha tropa de Madrid, y por las calles del pueblo se vé gente de malos modos.

—¿Pero qué objeto puede tener ese viaje?

—Amigo: ya Napoleon tiene en España la friolera de cien mil hombres. Ha nombrado general en jefe á Murat, el cual dicen que salió ya de Aranda para Somosierra. Y á todas estas ¿hay alguien que sepa á qué viene esa gente? ¿Vienen á echar á toda la



familia real? ¿Vienen simplemente de paso para Portugal?

—¿Quién se asusta de semejante cosa?—dijo D. Celestino.—Pongamos por caso que vengan con mala intencion. ¿Qué son cien mil hombres? Con dos ó tres regimientos de los nuestros se podrá dar buena cuenta de ellos, y ahí nos las den todas. Como Su Alteza se calce las espuelas... Eso del viaje es pura invencion de los desocupados y de los enemigos de Su Alteza, que le insultan porque no les ha dado destinos. Como si los destinos se pudieran dar á todo el que los pretende.

No siguió esta conversacion, porque el ugiar se acercó á nosotros, haciéndonos señas de que le siguiéramos. Su Alteza nos mandaba pasar. Cuando los demás pretendientes vieron que se daba la preferencia á los que habian llegado los últimos, un murmullo de descontento resonó en la sala. Nosotros la atravesamos muy orgullosos de aquella predileccion y miétras D. Celestino saludaba á un lado y otro con su bondad de costumbre, yo dirigí á los más cercanos una mirada de desprecio, que equivalía al convencimiento de mi próximo ingreso en la administracion de ambos mundos.

Pasamos de aquella sala á otras, todas ricamente alhajadas. ¡Qué bellos tapices, qué lindos cuadros, qué hermosas estátuas de mármol y bronce, qué vasos tan elegantes, qué candelabros tan vistosos, qué

muebles tan finos, qué cortinajes tan espléndidos, qué alfombras tan muelles! No pude detenerme en la contemplacion de tan bonitos objetos porque el ugier nos llevaba á toda prisa, y yo me sentia atacado de una cortedad tal, que se disipó mi anterior entalentonamiento, y empecé á comprender que me faltarian ideás y saliva para expresar ante el príncipe mi pensamiento. Por fin llegamos al despacho de Godoy, y al entrar ví á éste en pié, inclinado junto á una mesa y revisando algunos papeles. Aguardamos un buen rato á que se dignase mirarnos y al fin nos miró.

Godoy no era un hombre hermoso, como generalmente se cree; pero sí extremadamente simpático. Lo primero en que se fijaba el observador era en su nariz, la cual, un poco grande y respingada, le daba cierta expresion de franqueza y comunicatividad. Aparentaba tener sobre cuarenta años: su cabeza rectamente conformada y airosa, sus ojos vivos, sus finos modales, y la gallardía de su cuerpo, que más bien era pequeño que grande, le hacian agradable á la vista. Tenia sin duda la figura de un señor noble y generoso; tal vez su corazon se inclinaba tambien á lo grande; pero en su cabeza estaba el desvanecimiento, la torpeza, los extravíos y falsas ideas de los hombres y las cosas de su tiempo.

Nos miró, como he dicho, y al punto D. Celestino, que temblaba como un chiquillo de diez años,

hizo una profunda cortesía, á la cual siguió otra, hecha por mi persona. A mi acompañante se le cayó el sombrero; recogiólo, dió algunos pasos, y con voz tartamuda dijo así:

—Ya que Vuestra Alteza tiene el honor de... no... digo... ya que yo tengo el honor de ser recibido por Vuestra Alteza serenísima... decia que me felicito de que la salud de Vuestra Alteza sea buena, para que por mil años sigamos haciendo el bien de la nacion...

El príncipe parecia muy preocupado, y no contestó al saludo sino con una ligera inclinacion de cabeza. Despues pareció recordar, y dijo:

—Es Vd. el señor chantre de la catedral de Astorga, que viene á...

—Permítame Vuestra Alteza—interrumpió D. Celestino—que ponga en su conocimiento como soy el cura de la parroquia castrense de Aranjuez.

—¡Ah!—exclamó el príncipe—ya recuerdo... el otro dia... se le dió á Vd. el curato por recomendacion de la señora condesa de X (Amaranta). Es usted natural de Villanueva de la Serena.

—No señor: soy de los Santos de Maimona. ¿No recuerda Vuestra Alteza esa villa? En el camino de Puente de Cantos. Allí se cogen unas sandias que pesan muchas arrobas, y tambien hay muchos melones... Pues, como decia á Vuestra Alteza, hoy venia con dos objetos: con el de tener el honor de presen-

tarme á Vuestra Alteza, para que este chico lea un poema latino que ha compuesto... no, quiero decir...

D. Celestino se atragantó, mientras que el Príncipe, asombrado de mi precocidad en el estudio de los clásicos, me miraba con ojos benévolos.

—No—dijo el cura entrando de nuevo en posesion de su lengua.—El poema ha sido compuesto por mí, y, accediendo á los deseos de V. A. voy á comenzar su lectura.

El Príncipe adelantó la mano con ese instintivo movimiento que parece apartar un objeto invisible. Pero D. Celestino no comprendió que su protector rechazaba por medio de un movimiento físico la amenazadora lectura del poema, y firme en su propósito, desenvainó el manuscrito homicida. En el mismo instante Godoy, que atendia poco á nosotros, y parecia estar pensando cosas muy graves, volvióse bruscamente hácia la mesa y empezó á hojear de nuevo los papeles.

D. Celestino me miró y yo miré á D. Celestino.

Así trascurrió un minuto al cabo del cual el Príncipe dirigióse hácia nosotros y dijo señalando unas sillas:

—Siéntense Vds.

Despues siguió en su investigacion de papeles. Sentados en nuestros asientos el cura y yo nos hablabamos en voz baja.

—Para exponerle tu pretension—me dijo el tío de Inés,—debes esperar á que yo lea mi poema, en le cual con la pausa conveniente no tardaré más que hora y media. El admirable efecto que le ha de producir la audicion de los versos clásicos á que es tan aficionado, le predispondrá en tu favor, y no dudo que te concederá cuanto le pidas.

Despues de otro rato de espera, un oficial entró para dar un despacho al Príncipe. Este le abrió al punto, y despues que lo hubo leído con mucha ansiedad, dejólo sobre la mesa y se dirigió hácia don Celestino.

—Dispéñseme Vd.—dijo—mi distraccion. Hoy es dia para mí de ocupaciones graves é inesperadas. No pensaba recibir á nadie en audiencia, y si le mandé entrar á Vd. fué porque sabia no es de los que vienen á pedirme destinos.

D. Celestino se inclinó en señal de asentimiento, y yo dije para mí: «Lucidos hemos quedado.» Despues dirigióse S. A. á mí, y me dijo:

—En cuanto al poema latino que este jóven ha compuesto, ya tengo noticias de que es una obra notable. Persista Vd. en su aplicacion á los buenos estudios y será un hombre de provecho. No puedo hoy tener el gusto de conocer el poema; pero ya me habian hablado de Vd. con grandes encomios y desde luego formé propósito de que se le diera á Vd. una plaza en la oficina de Interpretacion de Lenguas,

donde su precocidad seria de gran provecho. Sírvase usted dejarme su nombre...

D. Celestino iba á contestar rectificando el error; pero su turbacion se lo impidió. Antes que mi compañero pudiera decir una palabra, levantéme yo, y extendiendo mi nombre sobre un papel que en la mesa encontré, ofrecílo respetuosamente al Príncipe, que concluyó así:

—Ruego á Vds. que tengan la bondad de retirarse, pues mis ocupaciones no me permiten prolongar esta audiencia.

Hicimos nuevas cortesías, D. Celestino balbució las fórmulas pomposas propias del caso, y salimos del despacho del Príncipe. Al pasar por la sala donde esperaban con impaciencia los demás pretendientes; el ugiar lanzó esta terrorífica exclamacion:— «¡No hay audiencia!»

Al encontrarse en la calle, el buen cura, recordando la serenidad de su espíritu y la soltura de su lengua, me dijo con cierto enojo:

—¿Por qué no le dijiste tú que el poema no era tuyo sino mio?

No pude ménos de soltar la risa, viéndole picado en su amor propio, y considerando el extraño resultado de nuestra visita al príncipe de la Paz.

## VII

—Pues, Gabrielillo—me dijo D. Celestino cuando entrábamos en la casa,—cierto es que hay demasiada gente en el pueblo. Se ven por ahí muchas caras extrañas, y también parece que es mayor el número de soldados. ¿Ves aquel grupo que hay junto á la esquina? Parecen tragineros de la Mancha... y entre ellos se ven algunos uniformes de caballería. Por este lado vienen otros que parecen estar bebidos. . ¿oyes los gritos? Entrémonos, hijo mio, no nos digan alguna palabrota. Aborrezco el vulgo.

En efecto, por las calles del Real Sitio, y por la plaza de San Antonio discurrían más ó ménos tumultuosamente varios grupos, cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador. Asomábase á las ventanas el vecindario todo, para observar á los transeuntes, y era opinion general, que nunca se habia visto en Aranjuez tanta gente. Entramos en la casa, subimos al cuarto de D. Celestino, y cuando éste sacudia el polvo de su manteo y alisaba con la manga las rebeldes felpas del sombrero de teja, la puerta se entreabrió, y una cara enjuta, arrugada y morena, con ojos vivarachos y tunantes, una cara de esas que son viejas y parecen jóvenes, ó al contrario, cara á la

cual daba peculiar carácter toda la boca necesaria para contener dos filas de descomunales dientes, apareció en el hueco. Era Gorito Santurrias, sacristán de la parroquia.

—¿Se puede entrar, señor cura?—preguntó, sonriendo, con aquella jovialidad mixta de bufon y de demonio que era su rasgo sobresaliente.

—A tiempo viene el Sr. Santurrias—dijo el cura frunciendo el ceño,—porque tengo que prevenirle... Sepa Vd. que estoy incomodado, sí señor; y pues los sagrados cánones me autorizan para imponerle castigo... allá veremos... y digo y repito que la gente que se ve por ahí no viene á lo que Vd. me indicó esta mañana. Pues no faltaba más.

—Señor cura—contestó irrespetuosamente Santurrias,—esta noche me desollará las manos la cuerda de la campana grande. Es preciso tocar, tocar para reunir la gente.

—¡Ay de Santurrias si suenan las campanas sin mi permiso!... Pero ¿qué quiere esa gentuza? ¿Qué pretende?

—Eso lo veremos luego.

—Ande Vd. con Barrabás, diablo de siete colas. ¿Pero á qué viene esa gente á Aranjuez?—repitió D. Celestino dirigiéndose á mí.—Gabriel, se nos olvidó advertir al señor príncipe de la Paz lo que pasa, y aconsejarle que no esté desprevenido. ¡Cuánto nos hubiese agradecido Su Alteza nuestro solícito interés.



—Ya se lo dirán de misas—murmuró burlonamente Santurrias.—Lo que quiere esa gente es impedir que nos lleven para las Indias á nuestros idolatrados Reyes.

—¡Já, já!—exclamó el sacerdote poniéndose amarillo.—Ya salimos con la muletilla. Como si uno no tuviera autoridad para desmentir tales rumores; como si uno no fuera amigo de personas que le enteran de lo que pasa; como si uno no estuviera al tanto de todo.

Diciendo esto, D. Celestino no quitaba de mí los ojos, buscando sin duda una discreta conformidad con sus afirmaciones. En tanto Santurrias, que era uno de los sacristanes más tunos y desvergonzados que he visto en mi vida, no cesaba de burlarse de su superior gerárquico, bien contradiciéndole en cuanto decia, bien cantando con diabólica música una irreverente ensaladilla compuesta de trozos de sainete mezclados con versículos latinos del Oficio ordinario.

—¡Ay señor cura, señor cura!—dijo.—Si veremos correr á su paternidad por el camino de Madrid con los hábitos arremangados. ¡Já, já, já!

Préstame tu moquero  
si está más limpio  
para echar los tostones  
que me has pedido.

*Asperges me, Domine, hisopo, et mundabor.*

—Mi dignidad—repuso el clérigo cada vez más amostazado—no me permite rebajarme hasta disputar con el Sr. de Santurrias. Si yo no le tratara de igual, como acostumbro, no se habría relajado la disciplina eclesiástica; pero en lo sucesivo he de ser enérgico, si señor, enérgico, y si Santurrias se alegra de que esa plebe indigna vocifere contra el príncipe de la Paz, sepa que yo mando en mi iglesia, y... no digo más. Parece que soy blando de génio; pero Celestino Santos del Malvar sabe enfadarse, y cuando se enfada...

—Cuando llegue la hora del jaleo, señor cura, su paternidad nos sacará aquellas botellitas que tiene guardadas en el armario, para que nos refresquemos—dijo Santurrias descosiéndose de risa otra vez.

—Borracho; así está la santa Iglesia en tus pícaras manos—repuso el clérigo.—Gabriel, ¿querrás creer que hace dos días tuve que coger la escoba y ponerme á barrer la capilla del Santo Sagrario, que estaba con media vara de basura? Desde que llegué aquí, me dijeron que este hombre acostumbraba visitar la taberna del tío Malayerba: yo me propuse corregirlo con piadosas exhortaciones, pero ¡el diablo le lleve! hay días, chiquillo, que hasta el vino del santo sacrificio desaparece de las vinageras. ¡Y esto se permite tener opinion, y disputar conmigo, asegurando que si cae ó no cae el dignísimo, el eminentísimo, ¡óigalo Vd. bien! el incomparabilísimo príncipe de la Paz!

—Pues, y nada más. ¡Cómo que no le van á arrastrar por las calles de Aranjuez, como al gigante de Pascua florida!...

--¡Qué abominaciones salen por esa boca, Dios de Israel!

Santurrias tan pronto ahuecaba la voz para cantar gravemente un trozo de la misa ó del oficio de difuntos, como la atiplaba entonando con grotescos gestos una seguidilla. Luego imitaba el son de las campanas, y hasta llegó en su irrespetuoso desparpajo, á remedar la voz gangosa de mi amigo, el cual todo turbado variaba de color á cada instante, sin poder sobreponerse á las zumbas de su miserable subalterno.

—Pero en resúmen—dijo al fin—¿qué es lo que mi señor sacristan espera? ¿Cuenta, sin duda, con ordenarse de menores para que le hagan cardenal subdiácono?

—Allá veremos, Sr. D. Celestino—contestó el bufon.—Esta noche ó mañana veremos lo que hace Santurrias. No tema nada mi curita; que ya le pondremos en salvo.

*Tuba mirum spargens sonum  
per sepulchra rigionum  
coget omnes ante thronum.*

Esta si que es tira, tirana:  
ojo alerta, cuidado, señores,  
que aunque tengan las caras de plata  
muchas tienen las manos de cobre.

—Eso es, mezcle Vd. los cantos divinos con los mundanos. Me gusta. Pero se me acaba la paciencia, señor rapa velas. ¡Oh Gabriell! estoy sofocadísimo. Yo bien sé que no hay nada; que no ocurre nada: bien sé que de este monigote no hay que hacer caso. Sabe Dios cuantos cuartillos de lo de Yepes tendrá en el bendito estómago; pero conviene averiguar... Mira hijito, sal tú por ahí, entérate bien, y tráeme noticias de lo que se dice en el pueblo. Puede que esos tunantes tengan el propósito aleve... Si así fuese, haz lo que te digo; que aquí quedo yo esperándote, y en cuanto descabece un sueñecito, iré á prevenir al Príncipe, para que se ande con cuidado... Pues no me lo agradecerá poco el buen señor.

No sólo por obedecerle sino tambien por satisfacer mi curiosidad, salí de la casa y recorí las calles del pueblo. El gentío aumentaba en todas partes, y especialmente en la plaza de San Antonio. No era preciso molestar á nadie con preguntas para saber que el generoso pueblo, enojado con la noticia verdadera ó falsa de que los Reyes iban á partir para Andalucía, parecia dispuesto á impedir el viaje, que se consideraba como una combinacion infernal fraguada por Godoy de acuerdo con Bonaparte.

En todos los grupos se hablaba del generalísimo, como es de suponer, y en verdad digo que no hubiera querido encontrarme en el pellejo de aquel señor á quien poco ántes habia visto tan fastuoso y esplén-

dido; pero sabido es que la fortuna suele ser la más traidora de las diosas con aquellos mismos que favoreció demasiado, y no hay que fiarse mucho de esta ruin cortesana. Decía, pues, que á los vasallos del buen Carlos no les parecía muy bien el viaje, y aunque hasta entónces no se les habia hablado del derecho á influir en los destinos de esta nuestra bondadosa madre España, ello es, que guiados, sin duda, por su instinto y buen ingenio aquellos benditos, se disponian á probar que para algo respiraban doce millones de seres humanos el aire de la Península.

Más de dos horas estuve paséándome por las calles. Como á cada instante llegaba gente de la corte traté de encontrar alguna persona conocida; pero no hallé ningun amigo. Ya me retiraba á la casa del cura, cercana la noche, cuando de un grupo se apartó un jóven de más edad que yo y llegándose á mí con aparatosa oficialidad, me saludó llamándome por mi nombre y pidiendo informes acerca de mi importantísima salud. Al pronto no le conocí; más cuando cambiamos algunas palabras, caí en la cuenta de que era un señor pinche de las reales cocinas, con quien yo habia trabado conocimiento cinco meses antes en el palacio del Escorial.

—¿No te acuerdas de quién te daba de cenar todas las noche?—me dijo.—¿No te acuerdas del que contestaba á tus mil preguntas?

—¡Ah! sí—repuse,—ya reconozco al Sr. Lopito; has engordado sin duda.

—La buena vida, amigo—dijo con petulancia, terciando airosamente la capa en que se envolvía.—Ya no estoy en las cocinas; he pasado á la montería del señor infante D. Antonio Pascual, donde no hay mucho que hacer y se divierte uno. Velai; ahora nos han mandado que nos quitemos las libreas, y paseemos por el pueblo... en fin, esto no se puede decir.

—Pues yo por nada serviría en palacio. Tres días fuí paje de la señora condesa Amaranta, y quedé harto.

—Quita allá; en ninguna parte se vive como en palacio, porque después que le dan á uno buena cama, buen plato y buena ropa, cuando llega una ocasión como esta no falta un dobloncito en el bolsillo... pero esto no es para dicho aquí entre tanta gente, y allí está la taberna del tío Malayerba, que parece llamarnos, para que refrescando en ella nos contemos nuestras vidas.

Lopito era un chicuelo de esos que prematuramente se quieren hacer pasar por hombres, pues también entonces existía esta casta, no conociendo para tal objeto otros medios que beber á porrillo y dar de puñetazos en las mesas, desvergonzarse con todo el mundo, mirar con aire matachin, y contar de sí propios inverosímiles aventuras. Pero con estas

cualidades y otras muchas, el ex-pinche no dejaba de ser simpático, sin duda porque unia á su vanidosa desenvoltura la generosidad y el rumbo, que acompañan por lo regular á los pocos años. Convidóme á cenar en la taberna, charlamos luego hasta las nueve y nos separamos tan amigotes, cual si hubiéramos aprendido á leer en la misma cartilla.

Al día siguiente, como no me era posible volverme á Madrid, á causa de que los trajineros pedían fabulosos precios por el viaje, nos reunimos otra vez. Lopito estaba tan desocupado como yo, y entre la taberna del tío Malayerba y los jardines del Príncipe nos pasamos la mayor parte del día, conferenciando sobre cuanto nos ocurría, y especialmente acerca de acontecimientos públicos, asunto en que él se daba extraordinaria importancia. Al principio se mostraba algo reservado en esta cuestión; pero por último, no pudiendo resistir dentro de su alma el sofocante peso de un secreto, se franqueó conmigo generosamente.

—Si quieres—me dijo—puedes ganarte algunos cuartos. Yo te llevaré en casa del Sr. Pedro Collado; criado de S. A. el príncipe Fernando, y verás cómo te dan soldada ¿Ves esos paletos manchegos que andan por ahí? Pues todos cobran ocho, diez ó doce reales diarios, con viaje pagado y vino á discreción.

—¿Y por qué es eso, Lopito? Yo creí que esa gente gritaba y chillaba porque así era su gusto. De

modo que todo eso de *vivan nuestros reyes* y lo de *muera el choricero* es porque corre el dinero?

—No: te diré. Los españoles todos aborrecen á ese hombre; mas para que dejen sus casas y tierras y sus caballerías por venir aquí á gritar, es preciso que alguien les dé el jornal que pierden en un dia como este. Todos los que servimos al infante D. Antonio Pascual y los criados del príncipe de Asturias hemos estado por ahí buscando gente. De Madrid hemos traído medio barrio de Maravillas, y en los pueblos de Ocaña, Titulcia, Villatobas, Corral de Almaguer, Villamejor y Romeral, creo que no han quedado más que las mujeres y los viejos, pues hasta un racimo de chiquillos trajo el Sr. Collado.

—Pero tonto—dije yo, creyendo presentar un argumento decisivo,—¿qué importa que toda esa gente chille á las puertas de palacio pidiendo lo que no les han de dar? ¿Pues no tiene ahí S. M. sus reales tropas para hacerse respetar? Porque ó somos ó no somos. Si con un puñado de gente gritona traída de los pueblos y de las Vistillas de Madrid se puede obligar al rey á que haga una cosa, no sé para qué se toma ese señor el trabajo de llevar corona en la cabeza.

—Dices bien, Gabrielillo, y si el condenado generalísimo estuviera seguro de que la tropa le sostenía, ya podían volverse á sus casas todos esos caballeros, que han venido á darle una serenata; pero tú no sabes de la misa la media. También han repartido di-



nero á la tropa—añadió bajando la voz;—y como el príncipe de Asturias tiene no sé cuantas arcas llenas de onzas de oro que le ha ido dando su padre para juguetes... ya ves... S. A. hará lo que le dé la gana, porque le ayudan todos los señores de la grandeza, muchos obispos, muchos generales, y hasta los mismos ministros que ahora tiene el Rey.

—Eso sí que es una grandísima picardía—exclamé con ira.—Son ministros del Rey, son compañeros del otro, á quien sin duda deben los zapatos con que se calzan, y al mismo tiempo le hacen la mamola al niño Fernando, porque ven que el pueblo le quiere, y dicen: «Por fas ó nefas, por la mano derecha ó por la izquierda, no ha de tardar en sentarse en el trono.»

Con este diálogo llegamos á la taberna, y allí nos sentamos, pidiendo Lopito para sí aguardiente de Chinchon. y yo tintillo de Arganda. No estábamos solos en aquella academia de buenas costumbres, porque cerca de la mesa en que nosotros perfeccionábamos nuestra naturaleza física y moral, se veían hasta dos docenas de caballeros, en cuyas fisonomías reconocí á algunos famosos Hércules y Teseos de Lavapiés, de aquellos que invocó con épico acento el poeta al decir:

Grandes, invencibles héroes,  
que en los ejércitos diestros  
de borrachera, rapaña,  
gatería y vituperio,  
fatigais las faltriqueras...

Entre estos hombres ví otros de figura extraña, y tan astrosos y con tanto andrajo cubiertos, que daba lástima verlos.

—Estos—me dijo Lopito satisfaciendo mi curiosidad—son lo mejorcito del Zocodover de Toledo, donde ejercitan su destreza en el aligeramiento de bolsillos y alivio de caminantes.

Tambien entraron en las tabernas muchos soldados de caballería, y al poco rato se habia entablado conversacion tan viva que no era posible entender ni una palabra, si palabras pueden llamarse las vociferaciones y juramentos de aquella gente. Unos sostenian que la familia real partiria aquella misma tarde, y otros que el Rey no habia pensado en tal viaje. Pronto se disiparon las dudas, porque corrió la voz de que S. M. dirigia la voz á sus súbditos por medio de una proclama que al punto se fijó en todos los sitios públicos. En ella, despues de llamar *vasallos* á los españoles, decia el buen Carlos IV, que la noticia del viaje era invencion de la malicia, que no habia que temer nada de los franceses, nuestros queridos amigos y aliados, y que él era muy dichoso en el seno de su familia y de su pueblo, al cual conceptuaba asimismo como empachado de prosperidad y bienaventuranza al amparo de paternas instituciones.

La mayor parte de los héroes de Zocodover y las Vistillas, no parecian inclinados á dar crédito á la

régia palabra, ántes bien se burlaban de cuantos acudían á leerla, añadiendo:—No se nos engañará. A mí con esas... Aspacito, Sr. D. Cárlos, que ya lo arreglaremos.

Cuando fuí á casa encontré á D. Celestino loco de alegría: paseaba con la sotana suelta por su habitación, y aunque no estaba presente ni áun en sombra el pícaro sacristan, mi amigo profería con desahogado acénto estas palabras:

—¿! o ves, malvado Santurrias? ¿Lo ves, tunante, borracho, mal acólito, que no sabes más que juntar gotas de aceite y mocos de vela para venderlo en pelotillas? ¿Ves como yo tenia razon? ¿Ves como los Reyes no han pensado nunca en semejante viaje. Sí, que ahí están esos señores en el trono para darta gusto á tí, pérfido sacristan, escurridor de lámparas y ganzúa de cepillos. ¿No bastaba que lo dijera yo, que soy amigo de Su Alteza Serenísimá, y tengo estudios para comprender lo que conviene al interés de la nacion? Véngase Vd. ahora con bromitas, amenáceme con tocar las campanas sin mi permiso. ¡Ah! agradezcame el muy tunante que no me cale ahora mismo manteo y teja para ir en persona á contarle á Su Alteza qué clase de pajarraco es usted, con lo cual, dicho se está que el señor Patriarca me lo pondria de patitas en la calle. Pero no, Sr. Santurrias; soy un hombre generoso y no iré; no quiero quitarle el pan á un viudo con cuatro hijos. Pero

véngase Vd. ahora con bromitas diciendo que mi paisano acá y allá; y que le van á arrastrar, y repita aquello de «¡Viva Fernando, *Kirie eleyson!* ¡Muera Godoy, *Christe eleyson!*» con que me despierta todos los dias.

A este punto llegaba, cuando advirtió que yo estaba delante, y echándome los brazos al cuello, me dijo:

—Al fin hemos salido de dudas. Todo era invencion de Santurrias. ¿Qué hay por el pueblo? Estará la gente y contentísima ¿no? Ahora cuando salga el señor príncipe de la Paz á paseo supongo que le victorearán... ¡Ay! qué susto me he llevado, hijito. De veras creí que íbamos á tener motin. ¡Un motin! ¿Sabes tú lo que es eso? En mi vida he visto tal cosa y sírvase Dios llevarme á su seno, ántes que lo vea. Un motin no es ni más ni ménos que salirse todos á la calle gritando viva esto ó muera lo otro, y romper alguna vidriera y hasta si se ofrece golpear á algun desgraciado. ¡Qué horror! Gracias á Dios no tendremos ahora nada de esto, y sin duda la prudencia y tino de aquel hombre... ¿Sabes que estuve en su palacio á prevenirle de lo que pasaba y no me recibió?...

—Lo creo. En estos dias no tendrá Su Alteza humor para recibir, porque como dijo el otro, no está la Magdalena para tafetanes.

—Tal vez él tenga noticias de las picardías de San-

turrias y de los otros perdidos con quien se junta en la taberna del tío Malayerba—continuó el cura.—  
¿Pero en dónde está ese endemoniado sacristan? No parece por aquí porque sabe que le he de poner más colorado que un pimiento riojano.

No había acabado de decirlo, cuando entreabriéndose la puerta, dejó ver los dientes, la plegada y siempre risueña boca, la esprimida cara y arrugada frente del sacristan.

—Venga acá—exclamó D. Celestino con alborozo; —venga el sapientísimo Sr. Santurrias, presunto cardenal metropolitano; venga acá para que nos ilustre con su saber, para que nos aconseje con su prudencia. ¿Puede decirnos cuándo es el viaje? Porque yo tengo para mí que la proclama de S. M. es una tiñería; y qué crédito merece el Rey de las Españas, de las Indias de Jerusalem, de Rodas, etc., cuando habla el Excmo. Sr. D. Gregorio de las Santurrias, sacristan que fué de monjas Bernardas, y hoy de mi parroquia. A ver, ¿nos sacará de dudas su señoría?

—Mañana, mañana, mañanita, señor cura—contestó el sacristan.—Dígame su paternidad: ¿saca ó no las botellicas?

Y luego, sin desconcertarse ante la ironía de su superior, sino por el contrario burlándose de los graves gestos con que se le interpelaba, empezó á entonar los singulares cantos de su repertorio, ha-

ciendo mil grotescos visajes y moviendo los brazos, ya en ademan de repicar, ya aparentando recorrer el teclado de un órgano, ya en fin, con la postura propia de tocar la guitarra, sia dejar de cantar en la forma siguiente:

—*Domine, ne in furore tuo arguas me...*

Es la córte la mapa  
de ambas Castillas,  
y la flor de la córte  
las Maravillas.

Anda moreno,  
que no hay cosa en el mundo  
como tu pelo.

*De profundis clamavi ad te, Domine Domine exaudi  
vocem meam...*

*Don, dilondon, don, don.*

## VIII

Al día siguiente no hallé tampoco quien me llevase á Madrid; pero deseando vivamente saber de Inés y curioso por oír de sus propios labios si era verdad ó mentira la bienaventuranza que le habian ofrecido los Requejos, determiné marcharme á pié, lo cual, si no era muy cómodo, era más barato: don Celestino y yo hablábamos de esto, cuando Lopito entró á buscarme.

—Esta noche—me dijo al bajar la escalera—tendremos fiesta. No lo digas ni á tu camisa, Gabrielillo. Pues verás... aquel papeloté que escribió ayer el Rey es una farsa. Bien decia yo que D. Carlitos, con su carita de pascua, nos está engañando.

—¿De modo que hay viaje?

—Tan cierto como ahora es día. Pero como no queremos que se vayan, porque esto es enjuague de Napoleon con Godoy para luego repartirse á España entre los dos; como no queremos que se vayan, el viaje se prepara ocultamente para esta noche. Si fuera verdad que no pensaban salir, ¿por qué no se ha retirado la tropa? ¿Por qué ha venido más tropa y más tropa, y más tropa? ¿Ves? Ahora ¡está entrando un batallon por la calle de la Reina.

Confieso que á mí no me importaba gran cosa que saliese un batallon ó entraran ciento, ni tampoco me ponía en cuidado el que mi Sr. D. Carlos se marchara á Andalucía ó á donde mejor le conviniese. Asi se lo manifesté á mi amigo; pero hallándose el alma de Lopito inundada de generoso entusiasmo, por *el bien del reino*, me hizo ver que mi indiferencia era censurable y hasta criminal. Largas horas pasamos discurrendo por el pueblo y matando el tiempo con amenas conversaciones. El se empeñó en llevarme á la taberna, y á la taberna fuimos. La concurrencia era la misma, aunque el panorama de caras habia variado, viéndose entre ellas la de Santurrias, que no

era la ménos animada. Tambien estaba allí muy macilento y meditabundo, con los agujereados codos sobre la mesa, el poeta calagurritano que tres años antes capitaneaba la turba de silbantes en el estreno de *El sí de las niñas*, y con él libaba el néctar de Esquivias en el mismo vaso otro de los dioses menores del Olimpo Comellesco, el famoso Cuarta y Media, calderero y poeta. ¡Pobres hijos de Apolo!

El pinche me dijo que todos aquellos personajes habian venido de Madrid traídos por los confeccionadores de la conjuracion, y añadió:

—Esto para que se vea que tambien toman parte los hombres que se llaman *científicos*.

No puedo ménos de decir que toda aquella gente me repugnaba, y en cuanto á sus intenciones y propósitos, todo me parecia absurdo sin explicarme por qué.

—Estúpidos—decia para mí—¿pensais que semejante gatería es capaz de quitar y poner reyes á su antojo?

Pero en la noche de aquel mismo dia fué cuando pude medir en toda su inexplorada profundidad el abismo de ignorancia y fanatismo de aquel puñado de revolucionarios. No hallando otro alivio á mi aburrimiento que la asistencia á la taberna en compañía de Lopito, en cuanto cerró la noche procuré tranquilizar á D. Celestino y me fuí allá. Lopito, que me aguardaba con impaciencia, me dijo al verme á su lado:



—Me alegro de que hayas venido, pues con eso no perderás lo mejor. Aquí está reunida toda la gente, y despues... despues veremos.

La taberna del tío Malayerba estaba llena de bote en bote, y también disfrutaba el honor de una desmesurada concurrencia, un patio interior destinado de ordinario á paradero y taller de carretería. No puedo haceros formar idea de la variedad de trajes que allí ví, pues creo que habia cuantos han cortado la historia, la costumbre y el hambre con su triple tijera. Veíanse muchos hombres envueltos en mantas, con sombrero manchego y abarcas de cuero; otros tantos cuyas cabezas negras y redondas adornaba un pingajo enrollado, última gradacion de turbante oriental; otros muchos calzados con la silenciosa alpargata, ese pié de gato que tan bien cuadra al ladrón; muchos con chalecos botonados de moneditas, se ceñían la faja morada, que parece el último giron de la bandera de las comunidades; y entre esta mescolanza de paños pardos, sombreros negros y mantas amarillas, se destacaban multitud de capas encarnadas cubriendo cuerpos famosos de las Vistillas, del Ave-María, del Carnero, de la Paloma, del Aguila, del Humilladero, de la Arganzuela, de Mira el Rio, de los Cojos, del Oso, del Tribulete de Ministriles, de los Tres Peces, y otros célebres *fau-bourgs* (permitasenos la palabrota) donde siempre germinó al beso del sol de Castilla la flor de la granjería.

En cuanto á la variedad de las voces nada puedo decir, porque todos hablaban á un tiempo. Pero al fin de aquella reunion, como en todas las de igual naturaleza, resonó una voz para dominar á las demás. La multitud sabe á veces callar para oír, sin duda porque se marea con sus propios gritos. Algunos de los presentes dijeron: «que hable Pujitos,» y al instante Pujitos, cediendo á los reiterados ruegos de sus *amigos políticos* (dispensadme este anacronismo), subió al mostrador de la taberna, rompiendo tres vasos y dos botellas, que sin duda le cargarían en cuenta al heredero de la corona de dos mundos.

Pujitos era lo que en los sainetes de D. Ramon de la Cruz se señala con la denominacion de *majo decente*, es decir, un majo que lo era más por afición que por clase, personaje sublimado por el oficio de obra prima, el de carpintero y el de platero, y que no necesitaba vender hierro viejo en el Rastro, ni acarrear aguas de las fuentes suburbanas, ni cortar carne en las plazuelas, ni degollar reses en el matadero, ni vender aguardiente en *Las Américas*, ni machacar cacao en Santa Cruz, ni vender torrados en la verbena de San Antonio, ni lavar tripas allá por el portillo de Gilimon, ni freir buñuelos en la esquina del hospital de la V. O. T., ni ménos se degradaba viviendo holgadamente á espensas de ninguna mondonguera, ó castañera, ó de alguna de las muchas Venus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. Pujitos estaba

con un pié en la clase media; era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia á las trapiondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguia de los famosos Tres Pelos, el Ronquito, Majoma, y otras notabilidades de las que frecuentemente salian á visitar las córtes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etc.

Pujitos era español, y como es fácil comprender, tenia su poco de imaginacion, pues alguno de los granos de sal pródigamente esparcidos por mano divina sobre esta tierra, habia de caer en su cerebro. No sabia leer, y tenia ese don particular, tambien español neto, que consiste en asimilarse fácilmente lo que se oye; pero exagerando ó trastornando de tal manera las ideas, que las repudiaria el mismo que por primera vez las echó al mundo. Pujitos era además bullanguero; era de esos que en todas épocas se distinguen, por creer que los gritos públicos sirven de alguna cosa; gustaba de hablar cuando le oian más de cuatro personas, y tenia todos los marcados instintos del personaje de club; pero como entónces no habia tales clubs, ni milicias nacionales, fué preciso que pasaran catorce años para que Pujitos entrara con distinto nombre en el uso pleno de sus extraordinarias facultades. Setenta años más tarde, Pujitos hubiera sido un zapatero suscrito á dos ó tres periódicos, teniente de un batallon de volunta-

rios, vicepresidente de algun círculo propagandista, elector diestro y activo, vocal de una comision para la compra de armas, inventor de algun figurin de uniforme; hubiera hablado quizás del *derecho al trabajo* y del *colectivismo*, y en vez de empezar sus discursos así: »*Jeñores: denque los güenos españoles...*» los comenzaria de este otro modo: «*Ciudadanos: á la raiz de la revolucion...*»

Pero entónces no se habia hablado de los derechos del hombre, y lo poco que de la soberanía nacional dijeron algunos, no llegó á las tapiadas orejas de aquel personaje; ni entónces habia asociaciones de obreros, ni derecho al trabajo, ni batallones de milicias, ni gorros encarnados; ni habia periódicos, ni más discursos que los de la Academia, por cuyas razones Pujitos no era más que Pujitos.

De pié sobre el mostrador. con la capa terciada, el sombrero echado sobre la ceja derecha, aquel personaje, hombre pequeño de cuerpo, si bier de alma grande, morenito, con sus ojuelos abrigados por los vapores que le subian del estómago, habló de esta manera:

—Jeñores: denque los güenos españoles golvimos en sí, y vimos quese ministro de los dimonios tenia vendió el reino á Napolion, risolvimos ir en ca el palacio de su sacarreal majestad pa icirle como este-mos cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando, y que naa más sino que nos han de poner

al Príncipe de Asturias, para que el pueblo contento diga, «el *Kirie eleyson* cantando, ¡Viva el príncipe Fernando!» (*Fuertes gritos y patadas*). Ansina se ha de hacer, que ínterin quel otro se guarda el dinero de la Nacion, el pueblo no come, y Madrid no quiere al menistro, con que, ¡juera el menistro! que aquí semos toos españoles, y si quieren verlo, úrgennos un tantico y verán do tenemos las manos. (*Señales de asentimiento*). Pos sigo iciendo que esombre nos ha robao, nos ha perdío, y esta noche nos ha de dar cuenta de too, y hamos de ecirle al Rey que le mande á presillo y que nos ponga al príncipe Fernando, á quien por ésta (y besó la cruz), juro que le efenderemos contra too el que venga, manque tenga enjércitos y más enjércitos. Jeñores: astamos ya hasta el gañote, y ahora nó hay naa más sino dejarse de pedricar y cojer las armas pacabar con Godoy, y digamos toos con el ángel:

El *Kirie eleyson* cantando,  
¡Viva el príncipe Fernando!

Un alarido, un colosal balido resonó en la taberna, y el orador bajó de su escabel, rompiendo otro vaso. Mientras limpia el sudor de su frente coronada con los laureles oratorios, la moza de la taberna se acerca á escanciarle el vino. ¿Es Hebe, la gallarda copera de los dioses, que vierte el néctar de Chipre en el vaso de oro del jóven de los rubios cabellos, al regresar de la diurna carrera? No: es Mariminguilla,

la ninfa de Perales de Tajuña, á quien trajo desde las riberas de aquel florido rio el Sr. Malayerba, dándole el cargo de escanciadora mayor, que desempeña entre pellizcos y requiebros.

Lopito, que tiene con ella alguna aventura pendiente, la llama, la pellizca tambien, dícele mil niñerías... pero á todas estas la multitud que ocupa la taberna se levanta obedeciendo á la orden de un hombre que allí se presentó de improviso. Salieron todos, y yo no queriendo perder el final de una funcion que parecia ser divertida, les seguí.

—Silencio todo el mundo—dijo una voz, perteneciente, segun comprendí, á persona resuelta á hacerse obedecer; y la turba se puso en marcha con cierto orden. La noche era oscurísima; pero serena.

—¿A dónde vamos, Lopito? pregunté á mi compañero.

— A donde nos lleven—me contestó por lo bajo.—  
¿A que no sabes quién es ese que nos manda?

—¿Quién? ¿Aquel palurdo que va delante con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas; que se para á ratos, mira por las boca calles y se vuelve hácia acá para mandar que callen?

—Sí; pues ese es el señor conde del Montijo. Con que figúrate, chiquillo, si no podemos decir aquel refran de... cuando los santos hablan, será porque Dios les habrá dado licencia.

## IX

El grupo recorrió algunas calles, y uni6se á otro más numeroso que encontramos al cuarto de hora de haber salido. Lopito, señalándome las tapias que se veían en el fondo del largo callej6n, me dijo:

—Aquellas son las cocheras y la huerta del Príncipe de la Paz.

Pasamos de largo, y vimos de lejos las dos cúpulas del palacio. Cerca del mercado se nos unieron otras muchas personas que, segun Lopito, eran cocheros, palafreneros, pinches, mozos de cuadra y lacayos del infante D. Antonio y del príncipe de Astúrias.

—Pero ¿qué vamos á hacer aquí?—pregunté á mi amigo.—¿Vamos á impedir que los Reyes salgan del pueblo, ó vamos simplemente á tomar el fresco?

—Eso lo hemos de ver pronto—me contestó.—Yo, si he de decirte la verdad, no sé lo que se ha de hacer, porque Salvador el cochero no me ha dicho más sino que vaya donde van los demás y grite lo que los demás griten. Ves, ahí frente tenemos el palacio: no hay luces en las ventanas ni se oye ruido alguno, como no sea el de las ranas que cantan en los charcos del río.

La voz del que nos mandaba dijo «alto,» y no dimos un paso más.

—Es raro—dije á Lopito en voz muy queda—que no hayamos encontrado centinelas que nos detengan; ni siquiera una ronda de tropa que nos pregunte á dónde vamos á estas horas.

—¡Nécio!—me contestó.—¡Si sabrá la tropa lo que se pescal ¿Pues qué hacen ellos si no estarse quietecitos en sus cuarteles esperando á que les digan: caballeros, esto se acabó?

Díme por convencido y callé. Durante un rato bastante largo, no se oyó más que el sordo murmullo de diálogos sostenidos en voz baja, algunos sordos ronquidos, sofocadas toses, y á lo léjos el canto de las discutidoras ranas y el rumor de leves movimientos del aire, sacudiendo las ramas de los olmos, que empezaban á reverdecer. La noche era tranquila, triste, impregnada de ese perfume extraño que emiten las primeras germinaciones de la primavera: el cielo estaba tachonado de estrellas, á cuya pálida claridad se dibujaban las espesas y negras arboledas, la silueta cortada del Real Palacio, y más allá la figura del Anteo de mármol levantado del suelo por Hércules en el grupo de la fuente monumental que limita el llamado *Parterre*. El sitio y la hora eran más propios para la meditacion que para la asonada.

De improviso aquel silencio profundo y aquella oscuridad intensa se interrumpieron por el relámpa-



go de un fogonazo y el estrépito de un tiro que no sé de dónde partió. La turba de que yo formaba parte lanzó mil gritos, desparramándose en todas direcciones. Parecía que reventaba una mina, pues no á otra cosa puedo comparar la erupcion de todo aquel rencor contenido. Todos corrian, yo corria tambien. Lucieron antorchas y linternas, se alzaron al aire nudosos garrotes: muchas escopetas se dispararon, oyóse un son vivísimo de cornetas militares, y una multitud de piedras, despedidas por manos muy diestras, fueron á despedazar, produciendo horribles chasquidos, los cristales de una gran casa. Era la del Príncipe de la Paz.

La historia dice que el tumulto empezó porque la multitud se empeñó en conocer á una dama encubierta que, acompañada de dos guardias de honor, salia en coche de casa del generalísimo. Aseguran algunos que en una de las ventanas del palacio se vió una luz, considerada como señal para empezar la gresca.

Del tiro y toque de corneta no tengo duda, porque los oí perfectamente. En cuanto á la luz, yo no la ví, pero creo haber oído decir á Lopito que él la vió, aunque no estoy muy seguro de ello. Poco importa que apareciera ó no: lo primero es, sino cierto, muy verosímil, porque el centro de la conjuracion estaba en el alcázar, y los principales conspiradores eran, como todo el mudo sabe, el príncipe de As-

túrias, su tío, su hermano, sus amigos y adláteres, muchos gentiles hombres, altos funcionarios de la casa del Rey y algunos ministros.

Los alborotadores se multiplicaban á cada momento, pues nuevas oleadas de gente engrosaban la masa principal, sin que un soldado se presentase á contener al paisanaje. No tardó en caer al suelo destrozada por repetidos golpes y hachazos la puerta del palacio del Príncipe de la Paz, cuyo nombre pronunciaba el irritado vulgo entre horribles juramentos y amenazas.

La turba siempre es valiente en presencia de estos ídolos indefensos; para quienes ha sonado la hora de la caída. Tienen estos en contra suya la fatalidad de verse abandonados de improviso por los amigos tibios, por los servidores asalariados y hasta por los que todo lo deben al infeliz que cae, de modo que á las manos del ódio justo ó injusto, se unen para rematar la víctima las manos de la ingratitud, el más canalla de todos los vicios. Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona, se cree omnipotente é inspirada por un estro divino, y despues se atribuye orgullosamente la victoria. La verdad es que todas las caídas repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen su manubrio interior, manejado por manos más expertas que las del vulgo.

Cuando la puerta de la casa se abrió, precipitóse

la turba en lo interior, bramando de coraje. Su salvaje resoplido me causaba terror é indignacion, mayormente cuando consideré que iba á saciar su sed de venganza en la persona de un hombre indefenso. Era aquella la primera vez que veia al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entónces le aborrezco como juez.

A los gritos de «¡Muera Godoy!» se mezclaban preguntas de feroz impaciencia; «¿Le han cogido?» «¿Le han matado?» Todos querian entrar; pero no era posible, porque la casa estaba ya atestada de gente. Desde fuera y al través de los balcones de par en par abiertos, se veia el resplandor de las hachas: siniestros gritos y ruidos de muebles ó vasos que se quebraban bajo las garras de la fiera, salian de la casa á mezclarse con el concierto exterior. En un instante se encendió una gran hoguera que iluminó la calle: las campanas de todas las iglesias y conventos del pueblo tocaban sin cesar; pero no podia definirse si aquellos tañidos eran toques de alarma ó repiques de triunfo.

Lopito, que bailaba como un demonio adolescente junto á la hoguera, se acercó á mí y me dijo:

—Gabriel, ¿no te entusiasmas? ¿Qué haces ahí tan friote? Ven, subamos al palacio. Alguna vez ha de ser para nosotros. ¿No dicen que todo lo ha robado á la nacion?

Casi arrastrado por mi jóven amigo entré en el

palacio y subí á las habitaciones altas, abriéndonos paso por entre los energúmenos que bajaban y subían. Recorrí todas las salas por las cuales habia transitado dos dias ántes, llegué al mismo despacho del príncipe, y ví la mesa donde escribí mi nombre. La multitud subia y bajaba, abria alacenas, rompía tapices, volcaba sofás y sillones, creyendo encontrar tras alguno de estos muebles al objeto de su ira; violentaba las puertas á puñetazos; hacia trizas á puntapiés los biombos pintados; desahogaba su indignacion en inocentes vasos de China; esparcia lujosos uniformes por el suelo, desgarraba ropas, miraba con estúpido asombro su espantosa faz en los espejos, y despues los rompía; llevaba á la boca los restos de cena que existian aún calientes en la mesa del comedor; se arrojaba sobre los finos muebles para quebrarlos, escupia los cuadros de Goya, golpeaba todo por el simple placer de descargar sus puños en alguna parte; tenia la voluptuosidad de la destruccion, el brutal instinto tan propio de los niños por la edad como de los que lo son por la ignorancia; rompía con fruicion los objetos de arte, como rompe el rapaz en su despecho la cartilla que no entiende; y en esta tarea de exterminio la terrible fiera empleaba á la vez y en espantosa coalicion todas sus herramientas, las manos, las patas, las garras, las uñas y los dientes, repartiendo puñetazos, patadas, coces, rasguños, dentelladas, testarazos y mordiscos.

La rabia del mónstruo aumentó cuando corrieron de boca en boca estas frases: «No está ese perro.» «El endino se ha escapao.» Efectivamente; el Príncipe no parecía por ninguna parte, de lo cual me alegré.

Cuando la turba no pudo saciar su hambre de destruccion en el objeto humano de su rencor, suele darse el gustazo de tomar venganza en los cuerpos inocentes de los muebles que á aquel pertenecieron. Así ha ocurrido en todos los motines de nuestro repertorio, y así ocurrió en aquel, más que ninguno famoso, por las diversas causas que lo ocasionaron. Convencidos, pues, los conjurados de que no habrían á las manos ni un pelo del Príncipe de la Paz, concibieron el heroico pensamiento de quemar todas las preciosidades del palacio recién saqueado.

Con gozo sin igual, con la embriaguez del triunfo y la conciencia de su fuerza irresistible, comenzaron los nuevos huéspedes del palacio á arrojar por los balcones sillas, sofás, tapices, vasos, cuadros, candelabros, espejos, ropas, papeles, vajillas y otros mil perversos cómplices de la infame política de Godoy. La fiera cumplía este cometido con cierto orden, sin dejar de decir: «¡Muera ese tunante, ladron!» y «¡Viva el Rey, viva el Príncipe de Asturias!»

Pero ántes de que empezara esta operacion, y cuando los exploradores se convencieron de que el

Príncipe había huido, la Princesa de la Paz, que estaba hasta entónces oculta, se presentó pidiendo socorro, é implorando la compasion de la multitud. El miedo hacia temblar á la infeliz señora, lo mismo que á su hija, niña de corta edad que con ambos puños en los ojos lloraba sin consuelo. No sé si los ruegos de la madre y de la hija ablandaron á los emotinados, ó si las personas de categoría que dirigian la fiesta determinaron poner en salvo con todo miramiento y consideracion á la infeliz princesa; lo cierto fué, que lejos de maltratarla de obra ó de palabra, sacáronla de la casa, y puesta en una berlina fué llevada en *ca el palacio* de los reyes, como decia Pujitos, quien sin que nadie se lo ordenara, se encargó de tan caballeresca comision.

Ustedes comprenderán que todo lo que fuese figurar en primer término agradaba á Pujitos, asi es que si se reunia un peloton para marchar á cualquier parte, allí estaba él para mandarlo, complaciéndose en decir: «Marchen, media güelta á lizquielta,» con tanta marcialidad como un coronel de guardias walonas. No me cansaré de repetirlo: Pujitos tenia en su cráneo entre un lobanillo y un chichon, la protuberancia (¿cómo lo diré...?) la protuberancia de la *tenientividad*. Como Napoleon el génio de la guerra, poseia él el instinto de la milicia nacional; mas los hados no quisieron que llegase á mandar ninguna compañía de aquella honrada fuerza, porque ántes

de 1820 la Parca cruel lo arrebató de este mundo, privando á nuestro planeta de tan grande y simpática figura.

Cuando los infatigables trabajadores del motin comenzaron á arrojar por ventanas y balcones los muebles del palacio, Lopito, que llevaba á costas una maravillosa obra de porcelana, producto de los talleres de la Moncloa, se llegó á mí y díjome:

—Gabrielillo, cuidado como coges nada. El *tio Pedro*, que está allí observando lo que hacemos, tiene en la mano una pistola y dice que levantará la tapa de los sesos al que robe cualquier chuchería. No es el único gran caballero que está entre nosotros. ¿Ves aquel hombre vestido de majo que está dando de patadas á un retrato de cuerpo entero? Pues es un gentil-hombre del cuarto del Príncipe. ¿Ves? ya pasó el pié del otro lado de la tela. Tremendo agujero le han hecho. ¡Al fuego, al fuego!

La hoguera, alimentada con tanto combustible, subía á enorme altura, y las llamas oscilantes iluminaban de un modo pavoroso la calle toda, y tambien el interior del palacio. Parecíamos los cíclopes de una inmensa fragua; y digo parecíamos, porque yo tambien, temiendo que mi falta de entusiasmo fuera sospechosa y me proporcionase algun porrazo, puse tambien manos á la obra, y cogiendo una armadura milanese, en cuyo peto y casco se veían batallas microscópicas trabajadas por finísimo cincel, dí con

ella en la calle y en la hoguera. Ni por un momento cesaban los gritos de «muera Godoy;» y sin duda querian matarlo á voces ya que de otra manera les fué imposible conseguirlo. Pero es de advertir que entre nosotros es muy comun el intento de arreglar las más difíciles cuestiones mandando vivir ó morir á quien se nos antoja, y somos tan dados á los gritos que repetidas veces hemos creído hacer con ellos alguna cosa.

Yo no sé si los asaltadores de la casa del Príncipe de la Paz creían estar quemando algo más que muebles muy finos y primorosas obras de arte; pero por lo que en boca de alguno de aquellos héroes oí, se me figura que ellos estaban convencidos de que hacían un gran papel político; de que con la llama de los espinos y de los brezos, sin cesar alimentada por ébanos tallados y bordadas telas, estaban cauterizando las más feas llagas de la doliente España. ¡Ay! He presenciado despues la misma escena repetida cada pocos años ya por esta idea, ya por la otra, y he dicho: «Algunas veces puede conseguirlo la espada en manos de un hombre de génio; pero el fuego en manos del vulgo, jamás.»

Tras la armadura cogí un reló de bronce, y al llevarlo sobre mí sentía el palpitar de su máquina. El pobrecillo andaba, vivía; aquel artificio que tanto se parece á un sér animado, aquella obra de los hombres que parece una obra de Dios y que ha sido in-



ventada por la ciencia y adornada por las artes para uno de los más útiles empleos de la vida, iba á perecer á manos del hombre mismo, sin haber cometido más crimen que el de marcar las horas... ¿Pero á qué vienen estas consideraciones hechas ante la hoguera del rencor? Aunque me daba lástima del relojito, y lo estrechaba contra mi pecho escuchando su latido que iba á extinguirse, arrojélo al fin, y las mil piezas de su máquina ingeniosa repercutieron sobre el suelo. Al reló siguieron cuantas baratijas encontré á mano, entre ellas guantes perfumados, un estuche de marfil, pequeñas estátuas de alabastro y despues unos mapas del Asia, libros lujosamente encuadernados que sin duda los muy necios se creian libres de la Inquisicion, unas pantuflas, cuatro casacas con galones de plata y oro y el pupitre en que dos dias ántes se habia extendido mi recomendacion. ¡Fortuna, vil prostituta, por qué te invocan los hombres!

## X

Cuando revolvía uno de los armarios, aparecieron varias cruces; pero algunos de los presentes, ni aun me permitieron tocarlas, y pusieronlas todas en una bandeja de plata, para entregarlas, segun decian, al Rey en persona. Lo más singular de la determina-

cion de aquellos cortesanos tiznados con el hollin de la demagogia, era que disputaban sobre quién debía llevarlas, pues ninguno queria ceder á los demas semejante honor. Uno de ellos venció al fin; y no quisiera equivocarme, pero me pareció reconocer al señor de Mañara.

Con el crecer de la llama parecia que cobraban nuevos bríos los quemadores, si bien puede atribuirse este fenómeno á que algunos zaques dieron vuelta á la redonda, humedeciendo los secos paladares, y alegrando los ánimos que un trabajo tan penoso como patriótico, habia comenzado á abatir. Creí oir la voz de Pujitos obligado nuevamente por sus *amigos políticos* á tomar la palabra; pero no, era Santurrias, que teniendo en la izquierda la bota y en la derecha mano un leño encendido, pronunciaba sentidas frases en loor del pueblo y del Rey, ambos en buen amor y compañía, para bien del *reino*; y añadía que el *en-dino* Príncipe de la Paz estaba bien castigado, puesto que eran ya cenizas todos los muebles que robó al *reino*, y que de *aqui palante*, es decir, en lo sucesivo, no habría más *menistros* pillos y *lairones*.

Las hogueras, cuando ya no habia nada que echarles, se aplacaron: el populacho, mientras el tío Malayerba tuvo vino, y Pujitos y Santurrias elocuencia, seguia ardiendo y chisporroteando. Algunos quisieron trasladar el teatro de sus ingeniosas proezas á las puertas de palacio, no siendo extraños los

dos oradores á un proyecto que ensanchaba la esfera de sus triunfos; pero debió oponerse á esto el tío Pedro y compañeros de polaina, mayormente cuando tenían la seguridad de que el motin de las calles no era más que una sucursal de la gran asonada que en los mismos momentos estallaba en palacio y en la cámara del rey Carlos IV.

Era ya la madrugada cuando quise retirarme, sin que lograra detenerme Lopito, que decia:

—Aún falta lo mejor. ¿Qué te parece, Gabrielillo, lo que hemos hecho? Pues *entavía* hemos de hacer mucho más. Ya habrá visto el Rey si se puede ó no se puede. Pónganos otra vez ministros malos y verá como en ménos que canta un gallo los despabilamos. Lo que es Lopito... je, je... ya habrán visto que tiene malas mocas... y como yo hubiera encontrado á Godoy en cualquiera parte de la casa, le juro que no sale vivo de mis manos.

Diciendo esto, el valiente pinche sacó una navajita con la cual le ví describir heróicas curvas en el aire.

—Y si llegamos á ir á palacio—prosiguió alzando el arma homicida,—yo, yo mesmito soy el que me presento al Rey y á la Reina para decir'es que si no nos ponen al príncipe Fernando en el trono, lo pondremos nosotros. Lo que es al Rey no le haré nada, porque es el Rey; pero á la Reina, manque se ponga de rodillas delante, no la perdono.

Dijo y guardó el arma. A todas estas llegó una compañía de guardias para custodiar la casa despues de saqueada: facil era comprender la inteligente direccion del motin de que habia sido brutal instrumento un pueblo sencillo. Este no hubiera podido dar un paso más allá de la línea que se le marcara sin sentir encima la fuerte mano de la autoridad.

No necesito decir que cuando se montó la guardia, el predestinado Pujitos quiso formar parte de ella, aunque no era militar y su génio organizador se entretuvo en reunir en peloton hasta una docena de hombres, con los cuales se ocupó en patrullar por las inmediaciones de la casa, mandándoles marchar á compás y supliendo él mismo con su voz la falta de tambor.

Al fin me marché, no sólo porque tenia sueño, sino porque cuanto habia visto y oido me repugnaba con exceso. Llegué á casa del cura, y no puedo hacer os formar idea del estado de agitacion y de fiebre en que le encontré. Envuelta en un pañuelo la cabeza, puesta la sotana vieja y con un antiguo gaban de paño burdo echado sob e los hombros y sus anchos pantuflos en los piés, estaba mi buen eclesiástico recorriendo de largo á largo los corredores y pasillos de su casa. Su aspecto era semejante al de los que sufren un terrible dolor de muelas; á cada instante se llevaba las manos á las orejas, como para resguardarlas del ruido que hacian aún las campanas

de la iglesia vecina; de vez en cuando golpeaba el suelo con fuerte patada, y á lo mejor daba media vuelta, cambiando de direccion en su calenturiento paseo. Entretanto, no cesaba de hablar un solo momento. ¿Con quién? ¿Con las paredes, con la luna, con la parra, que enredándose en los maderos del corredor extendia sus flacos y secos brazos para coger alguna cosa? Cuando me vió, hablóme sin aguardar á que llegase á su lado.

—Estoy loco, Gábrilillo, ¿qué pasa, qué ocurre? ¿Oyes las campanas de la parroquia? Por los mártires de Alcalá juro... no, jurar no, que es pecado... prometó que Santurrias me las ha de pagar todas juntas. ¿Pero has visto cómo se burla de mí ese condenado? No es él el que toca, que si fuera... Mira, estaba yo descabezando el primer sueño cuando me hizo saltar de la cama el ruido de las campanas. ¡Dios mio, qué algazara! Plin, plan, plin, plan... parecia que el cielo se venia abajo. Lleno de indignacion corrí á la torre, pero Santurrias no estaba, y en su lugar sus cuatro hijos tocaban las campanas. Tal era mi cólera, que resolví mostrar la mayor energía y les dije: «Pillos, granujas, váyanse de aquí normala!» pero ellos se rieron de mí y siguieron tocando... plin, plan, plin, plan... ¡Si hubierás visto á los cuatro condenados muchachos, con qué alegría, con qué frenesí tiraban de las cuerdas!... ¡Malditos sean!... y uno de ellos, el mayor, es listillo y muy

mono... y ayuda á misa como un zarapico. Pero me dió tal enfado, que les mandé salir de la torre. ¿Tú me obedeciste? pues ellos tampoco; el más chico me dijo: *Pare Gorio fue á matal á Godoy y nos puso á que tocámos fuelte, fuelte.*» Desde las once hasta ahora no han cesado ni un momento. ¿Pero dime, qué ocurre en el pueblo? He visto el resplandor de una llamarada, he sentido gritos. La tia Gila fué por órden mia á ver lo que pasaba, y volvió horrorizada, diciendo que estaban quemando todo el Palacio Real de punta á punta, y los jardines, y el Tajo y la cascada. Cuéntame, hijito, que estoy sin sosiego.

Contéle lo que habia pasado en casa del Príncipe su amigo.

—Pero á estas horas habrán salido las tropas para castigar á esa vil plebe—me dijo.

—¡Quía! ¡Si entre la multitud habia muchos soldados! La tropa debe de estar sobornada.

—Pero á estas horas el Príncipe ha de estar tomando sus disposiciones para arreglarlo todo... porque él no es hombre que se anda con chiquitas, y si les sienta la mano... Cuánto deploro no haber podido advertirle ayer lo que se preparaba. Ya ves, hubiéramos podido evitar ese tumulto ¡Miserable de mí!.. Yo, yo tengo la culpa de lo que está pasando. Si no fuera por este genio corto que Dios me ha dado...

—El Príncipe ha huido, y debe estar á estas horas muy lejos de Aranjuez.

—¡Qué ha huido! No puede ser, no puede ser—exclamó con cierta enajenacion.—Gabriel: ¿para qué mientes? ¿O eres tú tambien de los que creen las majaderías y simplezas de Santurrias?

A este punto llegábamos de nuestro coloquio, cuando sentimos una voz ronca y desapacible que gritaba en el portal.

—¡Ah!—dijo el cura,—me parece que siento á Santurrias. Ahora va á ser ella: no intercedas por el... estoy decidido... ahora si que es preciso ser enérgico

La voz se acercaba. Era efectivamente el sacristan, que cantaba así, subiendo por la escalera:

Vale una seguidilla  
de las manchegas,  
por veinticinco pares  
de las boleras.

*Solvat sæclum in favilla, teste David cum Sibylla.*

—Váyase Vd., Sr. Santurrias—exclamó el cura.—No le quiero ver á Vd., no quiero oír sus necesidades.

El sacristan, que hasta entónces no nos había visto, se paró ante nosotros, y lanzando una carcajada de estupidez, habló así, con lengua estropajosa:

El *Kirieleyson* cantando,  
¡Viva el príncipe Fernando!

Luego dió fuertes golpes en el suelo con un garrote medio quemado que en la mano traía, y

acto continuo empezó á marchar militarmente por el corredor, imitando con la boca el ruido del tambor.

—¡Está borracho!—dijo el cura.—Pero miserable, ¿no ves que el vino se te sale por los ojos?

Santurrias, apoyado en su palo para no caer al suelo, a'argó su cuello, fijó en nosotros los encandilados ojos, arrugóse su cara más aún que de ordinario, y dijo:

—Señor paterniá: el Príncipe ha jufo... ¡Viva el Rey! ¡Muera el Choricero! ¡Muera ese pillito lairon!... ¡O *salutaris hooo... stia!* Si me bian dejao, le hago porvo con este palo... Prrun, prrun... ¡marchen! Media güelta... ¡Viva el comendante Pujitos!

—¡Oh espectáculo lastimoso!—dijo D. Celestino—Está como una cuba. Ya no le aguanto más... á la calle, á la calle mañana mismo. Se lo diré al señor patriarca... Pero no; ahora me acuerdo de que es un viudo con cuatro hijos.

A todas estas las campanas seguian tocando con igual fúria, prueba evidente de que el entusiasmo de los cuatro muchachos no habia disminuido.

Santurrias se agarró al antepecho del corredor para no caer. Despues de haber dicho mil heregías, que á D. Celestino le pusieron el cabello de puntas, dijo que nos iba á contar lo que habia hecho.

—Calla de una vez, deshonra de la santa Iglesia, borracho, hereje, blasfemo—le dijo D. Celestino em-



pujándole.—Yo te aseguro que si no fueras un viudo con cuatro hijos...

—Pos, pos...—balbuceó Santurrias—lo que hemos hecho se llama... ¡rigolucion!... Que si vamos á palacio, que si no vamos. Yo queria ir pa pedí la abdicación.

—¡Cómo!—exclamó el cura con espanto.—¿Ha abdicado S. M. el rey Cárlos IV?

—Nones... entavía nones...

*Quantus tremor es futurus  
Quando iudex est venturus.*

Viva quien baila,  
que merece la moza  
mejor de España.

¡Muera Godoy!... marchen... señor cura: ya el ministro no es ministro, polque el Rey...

—Creo que el Rey—dije yo para sacar de su ansiedad al buen anciano—ha firmado ya la destitucion del Príncipe de la Paz. Segun allí se dijo, los ministros que estaban en palacio se lo pedian así.

—Eso... eso... juimos á palacio—continuó Santurrias, que no pudiendo sostenerse ya, habia caido al suelo—y salió un gentilon con un papé escrito y leyó... y decia... decia: «*Queriendo mandal por mi mesma mesmedá en el enjercito y la marina, he venido en ex... ex... ex...*»

—En exonerar—dijo el cura dirigiendo sus ojos al cielo.

Santurrias murmuró algunas palabras más entre latinas y castellanas, y calló al fin. Un fuerte ronquido anunció el aplanamiento de aquel elevado espíritu, conturbado por el vino de la conjuración.

Observé que D. Celestino enjugaba una lágrima con la punta del mismo pañuelo que tenía arrollado en la cabeza. Amanecía, y una turba de pájaros procedentes de los árboles cercanos, pasaron por sobre el patio cantando un himno de paz. Las primeras luces de la mañana iluminaron la casa, y el cura se retiró á su cuarto, diciendo:

—Dentro de un rato diré la misa y la aplicaré por la salvación de mi amigo el Príncipe de la Paz... ¡Ay! si yo le hubiera avisado con tiempo... Pero ¿no oyes? ¡Esas condenadas campanas me tienen loco!

En efecto, los cuatro muchachos seguían tocando.

## XI

Pasé todo aquel día durmiendo. Al caer de la tarde salí para observar el aspecto del pueblo, y en la taberna encontré á Lopito, que hacía con su navajita mil rúbricas en el aire, para que le viera Mariminguilla. Después, guardando el arma, me dijo:

—Le he caído en gracia á la muchacha, y si el tío

Malayerba no me la deja sacar de aquí, ya sabrá quien es Lopito. ¡Qué bien me porté anoche, Gabriell! Todos estan entusiasmados conmigo, y para cuando tengamos al Príncipe en el trono, ya me han prometido darme una plaza de ocho mil reales en la contaduría del Consejo de Hacienda.

—Chico, si tienes buena letra...

—Ni buena ni mala, porque no sé escribir; pero eso será lo de ménos. Me ha dicho Juan el cochero que ahora van á quitar de las oficinas á todos los que puso el Príncipe de la Paz, y como son cientos de miles, quedarán muchas plazas vacantes. Conque á toos nos han de poner... porque, chico, esto de la montería me cansa, y para algo más que para cuidar perros y machos de perdiz, me parece que nos echaron nuestras madres al mundo.

—Pero ¿ponen al Príncipe de Astúrias, ó no le ponen?

—Nos lo pondrán; y si no, ¿para que vienen ahí las tropas de Napoleon? ¡Qué bueno estuvo lo de anoche! Dicen que el Rey temblaba como un chiquillo, y queria venir á calmarnos; pero parece que los ministrillos no le dejaron. La Reina decia que nos debian matar á todos para que no pasara aquí otra como la de Francia, donde le cortaron la cabeza á los reyes con un instrumento que llaman la *tia Guillotina*. Así me lo contó esta mañana Pujitos, que sabe de toas estas cosas, y lo ha leído en un

papel que tiene. Nosotros queremos al Rey, porque es el Rey, y esta mañana, cuando salió al balcon, gritamos mucho y le aclamamos. Él se llevaba la mano á los ojos para secarse las lágrimas; pero la condesa Reina estaba allí como un palo, y no nos saludó. Pujitos que lo sabe todo, dice que es porque está afligida con lo que hemos hecho en casa del Chorricero, y asegura que ella lo tiene escondido en su camarín.

—Puede ser.

—Pues yo me he lucido—continuó Lopito alzando la voz para que lo oyera Mariminguilla.—Esta mañana cuando prendieron á D. Diego Godoy, hermano del ministro, íbamos toos gritando detrás, y yo le tiré una piedra, que si le llega á dar en metá la cara, lo deja en el sitio.

—¿Y qué habia hecho ese señor?

—¿Te parece poco ser hermano de ese pillastron? Era coronel de guardias, pero sus mismos soldados le quitaron las insignias y ahora me lo van á llevar á un castillo.

Aquella noche oí un nuevo discurso de Pujitos; pero haré á mis lectores el señalado favor de no copiarlo aquí. El poeta calagurritano que ántes mencioné, jefe de la conspiracion literaria fraguada contra *El sé de las niñas*, se arrimó á nosotros, acompañado de Cuarta y Media, y entre uno y otro nos descerrajaron la cabeza con media docena de scnetos y

otros proyectiles fundidos en sus cerebros. Pero después que nos molieron á sonetazos, Lopito trabó cierta pendencia con el poeta, porque á éste se le antojó requebrar á Mariminguilla, llamándola *ninfa* de no sé que aguas ó poéticos charcos. La navaja de Lopito salió á relucir, y si el poeta no hubiera sido el más cobarde de los cabalgantes del Pegaso, habria corrido mezclada en espantoso rio la sangre de un futuro empleado de Hacienda y la de un pretérito émulo del viejo Homero.

Nada más ocurrió en aquella noche, digno de ser trasmitido á la posteridad; pero á la mañana siguiente se esparció con la rapidez del rayo por todo el pueblo la voz de que el Príncipe de la Paz habia sido encontrado en su propia casa. La taberna del tío Malayerba se vació en dos minutos, y de todas partes cundió en gran masa la gente para verle salir.

Era cierto: Godoy se habia refugiado en un desvan donde lo encerró uno de sus sirvientes, el cual, preso después, no pudo acudir á sacarle. A las treinta y seis horas de encierro, el Príncipe, prefiriendo sin duda la muerte á la angustia, hambre y sed que le devoraban, bajó de su escondite, presentándose á los guardias que custodiaban su morada. Estos, léjos de amparar al que un dia ántes era su jefe, alborotaron el vecindario, y la misma turbamulta de la noche del 17 acudió con heróico entusiasmo á apoderarse de él.

—¡Ya pareció, ya le cogimos, ya es nuestro! exclamaban muchas voces.

Fuimos todos allá, y en la puerta del palacio el agolpado gentío formaba una muralla. Los feroces gritos, los aullidos de cólera componían espantoso y discordante concierto. Sorprendíame oír entre tanta algarabía las voces de algunas mujeres chillonas, que deshonoraban á su sexo pidiendo venganza. Lopito no cabía en sí de satisfacción, y la navajilla fué blandida sobre nuestras cabezas, como si quisiera partir el firmamento en dos pedazos.

Empujábamos todos, pugnando cada cual por acercarse, y codazo por aquí, codazo por allí, Lopito y yo pudimos aproximarnos bastante á la puerta. El poeta y Cuarta y Media estaban en primera fila. El segundo de estos personajes se volvió á mí, y me dijo con gozo:

—Creo que no saldrá vivo de manos del pueblo.

—¿Y á Vd. qué le ha hecho ese caballero?—le pregunté.

—¡Oh!—me contestó.—Ese hombre es un infame, un pícaro que se ha hecho rico á costa del reino. Yo le aborrezco, le detesto: yo soy una víctima de sus picardías. Ha de saber Vd. que la tienda de calderería que tengo me la puso él, por ser yo hijo de la que le lavaba la ropa... Al año de tener la tienda me arruiné, y él me dió unos cuartos para seguir adelante; pero como le pidiese un destino donde con

descanso y sin trabajar me ganase la vida, tuvo la poca vergüenza de contestarme que yo no debía ser empleado sino calderero, y añadió que yo era un animal. Vea Vd. ¡decir que yo soy un animal!

No quise oírle más, y me volví de otro lado. La turba chillaba: no he podido olvidar nunca aquellos gritos que relaciono siempre con la voz de los seres más innobles de la creación; y mientras aquel gatazo de mil voces mayaba, extendía determinadamente su garra con la decisión irrevocable y parecida al valor que resulta de la superioridad física, con la fuerte entereza que dá el sentirse gato en presencia del ratón.

La tropa contenía al pueblo, anheloso de entrar, y algunos ginetes de la guardia se colocaron á derecha é izquierda de la puerta. No lejos de allí, ujitos, que tenía, como hemos dicho, el instinto, el génio de la reglamentación del desorden, mandaba á la turba que se pusiese en fila, y decía alzando su garrote:

—Señores: á un lado... de dos en dos. Formen en batallón, y no rempujen.

De pronto un clamor inmenso, compuesto de declamaciones groseras, de torpes dichos, de gritos rencorosos resonó en la calle. En la puerta había aparecido un hombre de mediana estatura, con el pelo en desorden, el rostro blanco como el mármol, los ojos hundidos y amoratados, los brazos caídos,

en mangas de camisa y con un capote echado sobre los hombros. Era el ministro de ayer, el jefe de los ejércitos de mar y tierra, el árbitro del gobierno, el opulento Príncipe y prócer, señor de inmensos estados, el amigo íntimo de los Reyes, el dispensador de gracias, el dueño de España y de los españoles, pues de aquella y de éstos disponía como de hacienda propia; el coloso de la fortuna, el que de nada se convirtió en todo, y de pobre en millonario, el guardia que á los veinticinco años subió desde las cuerdas de su regimiento al trono de los Reyes, el conde de Eboramonte y duque de Sueca y duque de la Alcudia, y Príncipe de la Paz, y Alteza Serenísima que en un día, en un instante, en un soplo había caído desde la cumbre de su grandeza y poder al charco de la miseria y de la nulidad más espantosas.

Cuando apareció, mil puños cerrados se extendieron hácia él: los caballos tuvieron que recular, y los ginetes que hacer uso de sus sables, para que el cuerpo del Príncipe no desapareciera, arista devorada por aquel gran fuego del ódio humano. El favorito dirigió al pueblo una mirada que imploraba conmiseración; pero el pueblo que en tales momentos es siempre una fiera, más se irritaba cuanto más le veía; sin duda el mayor placer de esa bestia que se llama vulgo, consiste en ver descender hasta su nivel á los que por mucho tiempo vió á mayor altura.



El piquete de guardias de á caballo trató de conducir al Príncipe al cuartel, para lo cual fué preciso que él se colocase entre dos caballos, apoyando sus brazos en los arzones, y siguiendo el paso de aquellos, que si al principio era lento, despues fué muy acelerado con objeto de terminar pronto tan fatal viacrucis. Entre tanto la multitud pugnaba por apartar los caballos; por aquí se alargaba un brazo, por allí una pierna; los garroteş se blandian bajo la barriga de los corceles, y las piedras llovian por encima. Tanto menudeaban éstas, que los ginetes empezaron á amoscarse y repartieron algunos linternazos.

Lopito, ébrio de gozo me dijo:

—He sido más listo que todos, porque me escurrí por entre las patas de los caballos, y le pinché con mi navaja. Mírala, entavia tiene sangre.

Cuarta y Media vociferaba diciendo:

—Es una iniquidad lo que hacen con nosotros. Esos guardias debian ser fusilados. ¿Por qué no nos dejan acercar?

Pujitos, que en su petulancia no carecia de generosidad, fué el único de los por mí conocidos, en quien advertí señales de compasion.

Hubo momentos angustiosos en que la turba se arremolinaba estrechándose, y parecia próxima á devorar al prisionero y á los ginetes que lo custodiaban; pero éstos sabian abrirse paso, y aclarándose el grupo volvía á aparecer la cara del martir, asido

con convulsas manos á los arzones, ceñidos sus ojos, la frente herida y cubierta de sangre, las piernas flojas y trémulas, llevado casi en volandas y casi arastrando, con la respiracion jadeante, la boca espumosa, las ropas desgarradas. Parecíame mentira que fuese aquel el mismo hombre que dos dias ántes me recibió en su palacio, el mismo á quien ví asediado por los pretendientes, agitado y receloso sin duda, pero seguro aún de su poder, y muy ajeno á aquella tan repentina y traidora y alevosa mudanza del destino... ¡Y los chicos más deserrapados se aventuraban entre los piés de las cabalgaduras para golpearle, y las mujeres le arrojaban el fango de las calles, ménos repugnante que las exclamaciones de los hombres... y éstos no disparaban sus escopetas por temor de herir á los soldados! No creo que haya ocurrido jamás caída tan degradante. Sin duda está escrito que la caída sea tan ignominiosa como la elevacion.

Los favoritos que dejaron su cabeza sobre el tajo de un cadalso, fueron sin disputa ménos mártires que D. Manuel Godoy, llevado en vergonzosa procesion entre feroces risas y torpes dicharachos, sin morir, porque no matan los arañazos y pellizcos.

## XII

Al fin entró en el cuartel la comitiva, y el populacho, azuzado sin cesar por los lacayos palaciegos, tuvo el sentimiento de no poder mostrar su heroísmo con el éxito que deseara. Alguno de los más celosos entre tan bravos campeones salió mal herido á consecuencia de que todas las piedras lanzadas contra el ministro no seguian la direccion dada por la mano que las tiraba. Digo esto, porque en el momento en que Santurrias se encaramaba sobre los hombros de dos palurdos para poder asestar un golpe certero al infeliz mártir, recibió una peladilla de arroyo sobre la ceja derecha con tanta fuerza, que el benemérito sacristan cayó al suelo sin sentido. Al punto los que más cerca estábamos, Lopito y yo, corrimos en su ayuda, y en union de otras dos personas caritativas, llevamos aquel talego á casa, pues Santurrias vivia pared por medio con mi buen amigo D. Celestino del Malvar. Luego que éste vió entrar á su subalterno tan mal parado, cruzó las manos y dijo:

—Castigo de Dios ha sido, por las muchas blasfemias de este hombre y su abominable complicidad con los enemigos del Estado. No es esta ocasion de

demostrar cólera, sino blandura: aquí estoy yo para curarle y asistirle, pues prójimo es, aunque un grandísimo bribon. Dejadle ahí sobre una estera, que yo prepararé las bizmas y el unguento, con lo cual quedará como nuevo. Animo, amigo Santurras, ¿estais encandilado todavía? ¿Quereis que saque una de aquellas botellas que tanto deseais? Tia Gila —añadió dando una llave á la mujer que le servia— abra Vd. la alacena y saque al punto una de las que dicen *La Nava, seco*, para ver si con la perspectiva de ella se reanima un tantico este buen hombre. Y vosotros, chiquillos—prosiguió dirigiéndose á los cuatro hijos de Santurrias que exhalaban plañideros hipidos en torno al desmayado cuerpo de su padre—no lloreis, que esto no es más que un rasguño alcanzado por este buen hombre en alguna disputa. No lloreis, que vuestro padre vive y estará sano dentro de una hora... Y si muriese, yo os prometo que no quedareis huérfanos, porque aquí me teneis á mí, que os he de amparar como un padre. Vamos, chiquillos, aquí no servis más que de estorbo. Idos á jugar... Vaya, para que os quiteis de en medio, os permito que toqueis un poquito las campanas, picarones... id á la torre; pero no toqueis fuerte, tocad á sermon ó á completas.

Como se levanta la bandada de pájaros, sorprendida por el cazador, así volaron fuera del cuarto los cuatro muchachos, y un instante despues todas las

viejas del pueblo salían á sus puertas y balcones diciéndose unas á otras:—Señora doña Blasa, esta tarde teremos sermon y completas. Buena falta hace, á ver si se acaban pronto estas heregías.

Santurrias, que habia perdido mucha sangre, recobró algo tarde el completo uso de sus eminentes facultades, y al abrir á la luz del dia sus ojos, permaneció como atontado por un buen rato. hasta que fué devuelta á su lengua el don de la facundia.

—¡Que lo ahorquen!—dijo.—Que nos lo den; que lo echen hácia cá, y nosotros lo enjusticiaremos. Despachemos primero á los guardias de á caballo y dimpués á él... No arrempujar, señores. Darle onde le duela. Pincha tú por bajo, Agustinito, que yo con esta almendra le echo la puntería en metá la nariz. ¡Mil demonios! ¿Quién tira piedras?... ¡Muerto soy!

—No, yerba ruin: vivo estás—dijo D. Celestino aplicándole una venda á la herida.—Mira esto que he puesto delante. Es una botella de aquellas que descabas, borracho: tuya será cuando te pongas bueno, si prometes no decir disparates.

Después nos preguntó que en que refriega habia acontecido tan funesto percance, y Lopito y yo, cada cual con distinta manera y estilo, le contamos lo que habia sucedido, el encuentro del Príncipe, su prision, y su suplicio por las calles del pueblo.

—Corro allá, voy al instante—exclamó fuera de sí

D. Celestino.—Es mi bienhechor, mi amigo, mi paisano y aún creo que pariente. ¿Cómo he de desampararle en su desventura?

Quisimos disuadirle de tan peligroso intento; pero él no reparaba en obstáculos ni ménos en el riesgo que corria, haciendo pública ostentacion de sus sentimientos humanitarios en favor del desgraciado vaido. Nada le convencia, y despues que dejó á Santurrias muy bien vendado, y ya algo repuesto de su malestar, tomó el manteo, vistióse á toda prisa y fué en direccion del cuartel.

—No se exponga Vd.—le decia yo por el camino. —Mire que son unos bárbaros, y en cuanto Vd. demuestre que es amigo del Príncipe, no respetarán ni sus canas, ni su traje

—¡Que me maten!—contestó.—Quiero ver al Príncipe... Cuando me acuerdo de lo que me queria ese buèn señor... ¡Ah! Gabrielillo: lo que está pasando es espantoso y clama al cielo. Pase que algunos estén descontentos de su gobierno; pase que le tengan otros por mal ministro, aunque yo creo que es el mejor que hemos tenido desde hace mucho tiempo; se puede perdonar que sus enemigos le quieran derribar y le insulten; se comprende que dichos enemigos en un momento de coraje le prendan, le arrastren, le ahorquen; pero hijo, que esto lo hagan los mismos á quienes ha favorecido tanto, los que sacó de la miseria, los que de furrieles trocó él en capi-

tanés, y de covachuelos en ministros, los que han vivido á su arrimo, y han comido sobre sus manteles, y le han adulado en verso y en prosa... ¡ah! esto no tiene perdon de Dios, y ménos si se considera que se han valido para esto de los mismos lacayos, cocineros y criados de los infantes... Hijo mío, me parece que veo la corona de España paseada por los patanes y los majos en la punta de sus innobles garroteş.

Llegamos al cuartel, cuya puerta estaba bloqueada por el populacho, D. Celestino se abrió paso difícilmente. Algunos preguntaron con sorna:—«¿Adónde va el padrito?» y él, dando codazos á diestra y siniestra, repetía:—«Quiero ver á ese desgraciado, mi amigo y bienhechor.»

Muy mal recibidas fueron estas palabras; pero al fin más que la exaltada pasión pudo el tradicional respeto que al pueblo español infundían los sacerdotes.

—Hijos míos—les decía:—sed caritativos; no seáis crueles ni aún con vuestros enemigos.

La turba se amansó, y D. Celestino pudo abrirse calle por entre dos filas de garroteş, navajas, escopetas, sables y puños vigorosos, que se apartaban para darle paso. Yo estaba muy asustado viéndole entre aquella gente, y mi viva inquietud no se calmó hasta que le consideré sano y salvo dentro del cuartel.

Y los cuatro hijos de Santurrias seguían tocando á sermón y completas, y la iglesia se llenaba de viejas, que al tomar agua bendita se saludaban diciendo:—«Creo que aún no ha concluido todo, y que tendremos esta tarde otra jaranita.» Y el segundo acólito, creyendo que la cosa iba de veras, encendió el altar y preparó las ropas, y abrió los libros santos. Y dieron las tres, las tres y media, las cuatro, las cuatro y media y el cura no parecía, y las viejas se impacientaban, y el segundo acólito se volvía loco, y los cuatro hijos de Santurrias seguían tocando.

Y yo fui también á la iglesia, y sentado en un banco reflexioné detenidamente sobre la inestabilidad de las glorias humanas, hasta que al fin, observando que la impaciencia de las viejas llegaba á su último extremo y que empezaban á entablar diálogos pintorescos para matar el fastidio, salí en busca de mi amigo. Encontréle muy á punto en el momento en que regresaba del cuartel. Su rostro era cadavérico: su habla trémula.

—¡Ah Gabriel!—me dijo.—Vengo traspasado de dolor. Allí sobre unas fétidas pajas, cubierto de sangre y pidiendo á voces la muerte, está el que ayer gobernaba dos mundos. Ni un alma compasiva se acerca á darle consuelo. Ayer cien mil soldados le obedecían, y hoy hasta los furrieles se ríen de su miseria. No creí que todo se pudiera perder tan



pronto; pero ¡ay, hijo! el hombre es así. Gusta mucho de las caídas, y el día en que un poderoso de la tierra viene al suelo siempre es un día feliz.

—Sosiéguese Vd.—le dije.—Vd. no recordará que mandó tocar á sermon y á completas. La iglesia está llena de gente. No hay más remedio sino subir al púlpito.

—Hablé con él—prosiguió sin hacerme caso.—El corazón se me parte recordándolo. Desde anteanoche hasta esta mañana estuvo en un desvan, envuelto en un saco de esteras, muerto de hambre y de sed. La horrorosa calentura le devoraba de tal modo, que prefirió la muerte. Por eso salió el infeliz. ¡Pobre amigo mio! Yo le dije:—«Señor si cada uno de los que han recibido un beneficio de vuestra alteza, le hubiera echado una gota de agua en la boca, su sed se habria apagado.» El me miró con expresion de agradecimiento, y no dijo nada, pero á mí se me caian las lágrimas. Todo esto ha sido obra del Príncipe de Asturias y de sus amigos. Bien claro se vé: Cuando el Príncipe fué de orden de su padre á calmar al pueblo para que no despedazaran al infeliz prisionero, los amotinados le aclamaban y obedecian. Y esto no ha de parar aquí. Ellos quieren la abdicacion del Rey, y viendo que esto no es fácil de conseguir, tratan de irritar más al populacho para que D. Carlos coja miedo y suelte la corona. Ahora pusieron en la puerta del cuartel un coche de colleras, con lo cual ese

bestia de pueblo creyó que el preso iba á ser puesto en salvo de órden del Rey. ¡Qué fácilmente se engaña á esos desgraciados! El ardid salió bien, porque la turba destrozó el carruaje, y despues ha corrido hacia palacio dando vivas á Férnado VII.

—Ya me explicará Vd. detenidamente—repuse.— Ahora prepárese Vd. para ir á la iglesia, donde le aguarda una multitud de respetables señoras.

—¿Qué dices? Si no hay sermon esta tarde...

—Vd. mandó á los cuatro muchachos que tocaran á...

—¡Es verdad, qué inadvertencia!—dijo muy confundido.—Y están allí esas buenas señoras, doña Robustiana, doña Gumersinda, doña Nicolasa la del escribano. ¡Oh! ¿Qué dirá Nicolasa si no predico?

—Es preciso que Vd. haga un esfuerzo.

—Si no tengo ideas, si no sé qué decir. No puedo apartar mi mente del espectáculo que he visto. ¡Ah! ¡Cuánto me quera! ¡Si vieras cómo me apretó la mano! Yo lloraba á moco y baba. Si á él se lo debo todo. Él fué mi amparo, él me dió este beneficio á los catorce años de haberlo pedido, ensezuida, como quien dice. Y lo mejor es que sin merecimientos por parte mia... No, no puedo predicar .. estoy atontado... Esos endiablados muchachos todavía no cesan de tocar á sermon... ¡Oh! tendré que hacer un esfuerzo.

D. Celestino, comprendiendo la necesidad de no

desairar á sus feligresas, entró en su iglesia y oró un poco, recogiendo su espíritu. Despues subió al púlpito y predicó un sermon sobre la ingratitud.

Todas las viejas lloraron.

### XIII

Ya era de noche cuando me avisaron que á las diez salía un coche para Madrid. Resolví partir, y por hacer tiempo hasta que llegase la hora de la marcha, fui á la taberna. Como en los dias anteriores, el gentío era inmenso, los trages pintorescos y variados, las voces animadas (aunque ya enronquecidas por el patriotismo), los gestos elocuentes, las patadas clásicas, los pellizcos propinados á Mariminguilla infinitos, el vino más aguado que el dia anterior, pues por algo disfruta Aranjuez el beneficio de dos copiosos rios.

Lopito y Cuarta y Media me convidaron á beber con demostraciones de entusiasmo, y el primero de aquellos consecuentes hombres políticos, me dijo:

—Hoy sí que nos hemos lucido Gabrielillo. Aquí me está diciendo el Sr. Cuarta y Media que esta noche ponen al Príncipe de Astúrias, de modo que hemos de ir á darle vivas al balcon.

Pujitos distrajo mi atencion, hablándome de que

pensaba organizar una compañía de buenos españoles que desfilaran por delante de palacio en marcial formación como la tropa, con objeto de hacer ver á los Reyes que el pueblo sabe dar media vuelta á la izquierda lo mismo que el ejército. ¡Qué predestinación! ¡Qué génio! ¡Qué mirada al porvenir! Yo contesté á Pujitos, excusándome de formar parte de tan brillante escuadron, por serme indispensable marchar del Sitio aquella misma noche.

Habia oscurecido. Mariminguilla colgó el candil de cuatro mecheros para la completa aunque pálida iluminación de la escena, y aún me encontraba yo allí, cuando llegó la feliz, la anhelada noticia. Algunos entraron diciéndolo, y no se les dió crédito: otros salieron á averiguarlo y tornaron al poco rato confirmando tan fausto suceso; y por fin un grupo, el más bullicioso, el más maleante, el más entrometido de todos los grupos de aquellos dias, la comparsa de los cocineros vestidos de patanes manchegos, y de pinches convertidos en majos, entró anunciando con patadas, manoplazos, berridos y coces, que la corona de España habia pasado de las sienes del padre á las del hijo. No dejaban de tener razon al entusiasmarse aquellos angelitos, porque en apariencia ellos lo habian hecho todo.

Comunicada por tan brillante pléyade la noticia, no podia ménos de ser cierta, y en prueba de que los *patres conscripti* la creyeron, allí estaban los mil

cascos de los vasos rotos en el momento en que se convencieron del cambio de monarca. También Mariminguilla tenía en sus brazos señales evidentes del alborozo Fernandista, pues se redoblaron los pellizcos. La multitud, espoleada por Pujitos, partió á los alrededores de palacio á pedir que saliese el nuevo Rey para victorearle, y la taberna quedó desocupada en dos minutos. Pueblo y soldados, mujeres y chiquillos, todos se unieron al alegre escuadron: su paso era marcha y baile y carrera á un mismo tiempo, y su alarido de gozo me habria aterrado, si hubiese yo sido el príncipe en cuyo loor entonaban himno tan discordes las gargantas humedecidas por el fraudulento vino del tío Malayerba.

No quise ver ni oír más aquello, y fuí á despedirme del incomparable D. Celestino, á quien hallé en el cuarto de Santurrias, ocupado aun en bizmarle y curar sus heridas. Luego que puso fin á esta operación, se ocupó en acostar á los cuatro muchachos campaneros, los cuales, fatigados de la batahola de aquel día, yacían medio dormidos sobre el suelo. Era preciso desnudarlos como á cuerpos muertos, y al mismo tiempo hacerles comer las sopas de ajo que la tía Gila había traído en una gran cazuela. D. Celestino, teniendo sobre sus rodillas al más pequeño de aquellos diablillos, le acercaba la cuchara á la boca, esforzándose en introducirla por entre los apretados dientes. Después, procurando despabilarle decía:

—Vamos ahora á rezar todos el Padre Nuestro. Si vieras; Gabrielillo—añadió dirigiéndose á mí,— ¡cómo me han mortificado estos cuatro enemigos! Uno me ponía rabos de papel en la sotana; otro tendía una cuerda desde la cama á la mesa para que al pasar me enredara las piernas y cayese al suelo; otro calentó la llave de la alacena y me abrasé los dedos cuando fuí á abrir; y por último, con mi sombrero hicieron un muñeco que decían era el Príncipe de la Paz, y después de arrastrarle por el patio, iban á meterle en el fagon para quemarlo. Afortunadamente, la tía Gila acudió á tiempo. ¡Pero que han de hacer, si ya no hay autoridad, ni se obedece á los superiores! Me parece que ahora van á venir tiempos muy calamitosos. Si cada vez que se les antoje quitar á un ministro salen gritando los cocheros de los príncipes con unas cuantas docenas de lubregos y soldados de la garnición, de antemano seducidos, vamos á estar con el alma en un hilo. Gabriel, aquí para entre los dos, ¿no es indecoroso y humillante, é indigno que un Príncipe de Asturias arranque la corona de las sienes de su padre, amedrentándole con los ladridos de torpes lacayos, de ignorantes patanes, de bárbaros chisperos y de una soldadesca estúpida y sobornada? ¡Ah! Si yo no fuera un hombre corto de génio, y lo hubiera tenido para decirle al Príncipe de la Paz lo que se fraguaba; si él, siguiendo mis consejos hubiera puesto á la sombra á tres ó

cuatro pícaros como Santurrias y otros... Porque, créelo hijo, este borrachon es, segun me han dicho, el que ha embaucado á medio pueblo para hacerle tomar parte en el alboroto... por supuesto, que ha corrido dinero de largo. Yo de buena gana castigaria á este hombre execrable á este pérfido sacristan; ¿pero cómo he de dejar sin pan á un viudo con cuatro hijos? Ya ves: se me parte el corazon al considerar que estos angelitos andaran por las calles pidiendo una limosna... Lo que ántes te he dicho es cierto... El vulgo, esa turba que pide las cosas sin saber lo que pide, y grita viva esto y lo otro, sin haber estudiado la cartilla, es una calamidad de las naciones, y yo á ser rey, haria siempre lo contrario de lo que el vulgo quiere. La mejor cosa hecha por el vulgo resulta mala. Por eso repito yo siempre con el gran latino: *Odi profanum vulgus et arceo... et arceo*, y lo aparto... *et arceo*, y lo echó léjos de mí... *et arceo*, y no quiero nada con él.

Concluida esta filípica, me abrazó deseándome mil felicidades, y haciéndome jurar que le enteraria puntualmente de la situacion de Inés. Salí al fin de su casa y del pueblo, y cuando el coche que me conducia pasó por la plaza de San Antonio, sentí la algazara del pueblo agolpado delante del palacio. Sus gritos formaban un clamor estrepitoso que hacia enmudecer de estupor á las ranas de los estanques y asustaba á los grillos, pues unas y otros descono-

cian aquella monstruosidad sonora que tan de improviso les habia quitado la palabra.

El pueblo victoreaba al nuevo Rey: el plan concebido en las antecámaras de palacio habia sido puesto en ejecucion con el éxito más lisonjero. Todo estaba hecho, y los cortesanos que desde los balcones contemplaban con desprecio el entusiasmo de la fiera, tan brutal en su ódio como en su alegría, no cabian en sí de satisfaccion, creyendo haber realizado un gran prodigio. En su ignorancia y necedad no se les alcanzaba que habian envilecido el trono, haciendo creer á Napoleon que una nacion donde príncipes y reyes jugaban la corona á cara y cruz sobre la capa rota del populacho, no podia ser inexpugnable.

Hasta que nuestro coche no se internó mucho por la calle Larga no dejamos de oir los gritos. Aquel fué el primer motin que he presenciado en mi vida, y á pesar de mis pocos años entónces, tengo la satisfaccion de no haber simpatizado con él. Despues he visto muchos, casi todos puestos en ejecucion con los mismos elementos que aquel famosísimo, primera página del libro de nuestros trastornos contemporáneos; y es preciso confesar que sin estos divertimientos periódicos, que cuestan mucha sangre y mucho dinero, la historia moderna de la heróica España seria esencialmente fastidiosa.

Pasan años y más años: las revoluciones se suce-



den, hechas en comandita por los grandes hombres, y por el vulgo, sin que todo lo demás que existe en medio de estas dos extremidades se tome el trabajo de hacer sentir su existencia. Así lo digo yo hoy, á los ochenta y dos años de mi edad, á varios amigos que nos reunimos en el café de Pombo, y oigo con satisfaccion que ellos piensan lo mismo que yo, don Antero, progresista blindado. cuenta la picardía de O'Donnell el 56; D. Buenaventura Luchana, progresista fósil, hace depender todos los males de España de la caída de Espartero el 43; D. Aniceto Burguillos, que fué de la Guardia Real en tiempo de María Cristina, se lamenta de la caída del Estatuto. Reúnense junto á nuestra mesa algunos jóvenes estudiantes, varios capitanes y tenientes de infantería, y no pocos parásitos de esos que pueblan los cafes, probándonos que son tan pesados de pretendientes como de cesantes. Todos nos ruegan que les contemos algo de las felicidades pasadas para edificacion de la edad presente, y sin hacerse de rogar cuenta D. Antero la del 56, D. Buenaventura se conmueve un poco y relata la del 43, D. Aniceto da de ve puñetazos sobre la mesa, mientras narra la del 36, y yo mojando un terroncito de azúcar y chupándomelo despues, les digo con este tonillo zumbon que no puedo remediar: «Vds. han visto muchas cosas buenas; ustedes han visto la de los grandes militares, la de los grandes civiles y la de los sargentos; pero no han

visto la de los lacayos y cocheros, que fué la primera, la primerita y sin disputa la más salada de todas.»

## XIV

Me siento fatigado; pero es preciso seguir contando. Vds. están impacientes por saber de Inés: lo conozco, y justo es que no la olvidemos.

Llegué, pues, á Madrid muy temprano, y despues de haber acomodado mi equipaje en la casa que tenia el honor de albergarme (calle de San José, número 12, frente al Parque de Monteleon), me arreglé y salí á la calle resuelto á visitar á Inés en casa de sus tios. Mas por el camino ocurrióme que no debia presentarme en casa de tales señores sin informarme primero de su verdadera condicion y carácter. Por fortuna, yo conocia un maestro guarnicionero instalado en la calle de la Zapatería de Viejo, muy contigua á la de la Sal, y resolví dirigirme á él para pedir informes del Sr. Requejo.

Cuando entré por la calle de Postas, mí emocion era violentísima; y cuando ví la casa en que moraba Inés, me flaqueaban las piernas, porque toda la vida se me fué de improviso al corazon. La tienda de los Requejos estaba en la calle de la Sal, esquina á la

de Postas, con dos puertas, una en cada calle. En la muestra, verde, se leía: *Mauro Requejo*, inscripción pintada con letras amarillas; y de ambos lados de la entrada, así como del andrajoso toldo, pendían piezas de tela, fajas de lana, medias de lo mismo, pañuelos de diversos tamaños y colores. Como la puerta no tenía vidrieras, dirigí con disimulo una mirada al interior, y ví varias mujeres á quienes mostraba telas un hombre amarillo y flaco, que era de seguro el mancebo de la lonja. En el fondo de la tienda habia un San Antonio, patron sin duda de aquel comercio, con dos velas apagadas, y á la derecha mano del mostrador una como balaustrada de madera, algo semejante á una reja, detrás de la cual estaba un hombre en mangas de camisa, y que parecia hacer cuentas en un libro. Era Requejo: visto al través de los barrotes, parecia un oso en su jaula.

Apartéme de la puerta, y alzando la vista observé otra muestra colocada en la ventana del entre-suelo, la cual decia: *Préstamos sobre alhajas*. En la ventanilla donde campeaba tan consolador llamamiento, no habia flores, ni jaulas de pájaros, sino una multitud de capas, que respiraban higiénicamente el aire matutino por entre los agujeros de sus remiendos y apolilladuras. Tras los vidrios pendia una mugrienta cortineja. Observé que una mano apartó la cortina; ví la mano, luego un brazo y despues una cara. ¡Dios mio! Era Inés. Yo la ví y ella

me vió. Parecióme que sus ojos expresaban no sé si terror ó alegría. Aquel rayo de luz duró un segundo. Cayó la cortinilla y ya no la ví más.

Esto avivó en mí el deseo de entrar. ¿Cómo podían encontrarse en aquella vivienda las comodidades, los lujos, las riquezas que ponderaban los Requejos en su visita inolvidable? Para salir de dudas, doblé la esquina, y molí á preguntas al guarnicionero.

—Ese Requejo—me dijo—es el bicho de peores trazas que ha venido al mundo. Está rico; pero ya se ve... en casa donde no se come, ¿no ha de haber dinero? Porque has de saber que en el barrio corre la voz de que él se alimenta con las carnes de su hermana, y su hermana con las del mancebo, que por eso está como una vela. ¡Y cuidado si tienen dinero esas dos ratas!... Con la tienda y la casa de préstamos, se han puesto las botas. Verdad es que por las prendas de vestir no dan más que la cuarta parte de su valor, con interés de dos pesetas en duro por cada mes. Cuando toman sábanas finas y vajillas dan una onza, con interés de cuatro duros al mes. En la tienda dan al fiado á los vendedores que van por los pueblos; pero les cobran cuatro pesetas y media por cada duro que venden. Dicen que cuando doña Restituta entra en la ig'esia, roba los cabos de vela para alumbrarse de noche, y cuando va á la plaza, que es cada tercer dia, compra una cabeza de

carnero y sebo del mismo animal, con lo cual prin-ga la olla, y con esto y legumbres van viviendo. Una vez al año van á la botillería, y allí piden dos cafés. Beben un poquito, y lo demás lo echa ella disimuladamente en un cantarillo que deja escondido bajo las faldas, cuyo café traen á casa, y echán-dole agua lo alargan hasta ocho dias. Lo mismo ha-cen con el chocolate. D. Mauro es vanidoso y gasta-ria algo más si su hermana no le tuviera en un pu-ño. como quien dice. Ella tiene las llaves de todo, y no sale nunca de casa, por miedo á que les roben; y la casa es bocado apetitoso para los ladrones, porque se dice que en el sótano está la caja del dinero.

Estas noticias confirmaron la opinion que acerca de los tios de Inés habia ya formado. La primera pena que sentí al oír el panegírico de los dos perso-najes, consistió en la certidumbre de que me seria muy difícil introducirme y ménos trabar amistad con sus dueños. En esto pensaba tristemente. cuando vino á mi memoria un anuncio que varias veces ha-bia compuesto en la imprenta del *Diario*, el cual de-cia: *«Se necesita un mozo de diez y siete á diez y ocho años, que sepa de cuentas, afeitar, algo de peinar, aunque sólo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas partes y además buenos informes, diri-jase á la calle de la Sal, esquina á la de Postas, frente á los peñeros, lonja de lencería y pañolería de don Mauro Requexo, donde se tratará del salario y demás.»*

Corrí á la imprenta del *Diario* á ver si aún se insertaba aquel anuncio, y tuve el gusto de saber que los Requejos no habian encontrado quien les sirviera. Abandoné mi profesion de cajista, y sin consultarlo con nadie, pues nadie me hubiera comprendido, presentéme en la casa de la calle de la Sal, declarándome poseedor de las cualidades consignadas en el anuncio.

Mi único temor consistia en que los Requejos recordasen haberme visto en Aranjuez, con lo cual recelarían de tomarme á su servicio; pero Dios, que sin duda protegía mi buena obra, permitió que ni uno ni otro me reconocieran, y si doña Restituta me miró al pronto con cierta expresion sospechosa y como diciendo «yo he visto esta cara en alguna parte,» fué sin duda un fugaz pensamiento que no la decidió á poner obstáculos á mi admision.

Cuando entré en la tienda, la primera persona á quien expuse mis pretensiones fué D. Mauro, el cual dejando un rancio librote donde escribia torcidos números, se rascó los codos y me dijo:

—Veremos si sirves para el caso. De un mes acá han venido más de cincuenta; pero piden mucho dinero. Como ahora quieren todos ser señoritos...

Llamada por su hermano, presentóse doña Restituta, y entónces fué cuando me miró como más arriba he dicho.

—¿Tú sabes—me preguntó la tia de Inés—lo que

damos aquí al mozo? Pues damos la *mantencion* y doce reales al mes. En otras partes dan mucho menos, sí señor, pues en casa de Cobos, despues de matarlos de hambre, dánles ocho reales y gracias. Con que muchacho, ¿te quedas?

Yo fingí que me parecia poco, hasta intenté regatear para que no se descubriera mi propósito, y al fin dije, que hallándome sin acomodo, aceptaba lo que me ofrecian. En cuanto á los informes que me exigieron, fácil me fué conseguir la merced de una recomendacion del regente del *Diario*.

—Doce reales al mes y la *mantencion*—repitió doña Restituta, creyendo sin duda, vista mi conformidad, que habia ofrecido demasiado.—La *mantencion*, sí, que es lo principal.

¡Ay! El lector no conoce aún todo el sarcasmo que allí encerraba la palabra *mantencion*.

—Por supuesto—dijo Requejo—que aquí se viene á trabajar. Veremos si sabes tú de todos los menesteres que se necesitan. Y aquí hay que andar derecho, sí señor; porque sino... Mírame á mí; yo era un *jambbrero* lo mismo que tú, y en fin... con mi honradez y mi...

—La economía es lo principal—añadió la hermana.—Gabriel, coge la escoba y barre todo el almacén interior. Despues irás á llevar estos fardos á la posada de la calle del Carnero; luego copiarás las cuentas; más tarde lavarás la loza de la cocina ántes de

mondar las patatas, y así te quedará tiempo para apalear las capas, encender el fuego y soplarlo, devanar el hilo de la costura, poner los números á las papeletas, aviar la lamparilla, limpiar el polvo, dar lustre á los zapatos de mi hermano y todo lo demás que se vaya ofreciendo.

## XV

Al punto empecé las indicadas operaciones, cuidando de poner en ellas todo el celo posible para contentar á mis generosos patronos. Debo ante todo dar á conocer la casa en que me encontraba. La tienda, sin dejar de ser pequeñísima, era lo más espacioso y claro de aquella triste morada, uno de los muchos escondrijos en que realizaba sus operaciones el comercio del Madrid antiguo. La trastienda era almacén y al mismo tiempo comedor, y los fardos de pañuelos y lanas servían de aparador á la cacharrería, cuyo brillo se empañaba diariamente con repetidas capas de polvo. Todos los artículos del comercio estaban allí reunidos y hacinados con cierto orden. Los Requejos vendían telas de lana y algodones, á saber: pañuelos del Bearn, género muy común entonces, percales ingleses, que desafiaban en la frontera portuguesa las aduanas del bloqueo



continental; artículos de lana de las fábricas de B-é jar y Segovia, algunas sederías de Talavera y Toledo; y por último, viendo D. Mauro que sus negocios iban siempre á pedir de boca, se metió en los mares de la perfumería, artículo eminentemente lucrativo. Así es, que además de los géneros citados, habia en la trastienda multitud de cajas que encerraban polvos finos, pomadas y aguas de olor en su variedad infinita, *verbi gratia*: de lima, tomillo, bergamota, macuba, clavel, almizcle, lavanda, del Cármen, del cachirulo y otras muchas. Como el local donde se guardaban todos estos géneros servia de comedor, ya pueden Vds. figurarse la repugnante mescolanza de olores, desprendidos de sustancias tan diversas, como son una pieza de lana teñida con rubia, un frasco de vinagrillo del príncipe y una cazuela de migas; pero los Requejos estaban hechos de anti-  
guo á esta repugnante asociacion de olores inarmónicos.

De la trastienda se subia al entresuelo por una escalera que presumo fué construida por algun sapientísimo maestro de gimnasia, pues no pueden ustedes figurarse las contorsiones, los dobleces, las planchas, las mil torturas á que tenia que someterse para subirla el frágil barro de nuestro cuerpo. Sólo la escurridiza doña Restituta pasaba por aquellos aéreos escollos sin tropiezo alguno. Subia y bajaba con singular ligereza; y como por un don especial á

ella sola concedido, no se le sentía el andar; siempre que la veía deslizarse por aquella problemática escalera, sus pasos no me parecían pasos, sino los ondulantes y resbaladizos arqueos de una culebra.

Cuando, franqueada la escalera, se llegaba al entresuelo, era preciso hacer un cálculo matemático para saber qué dirección debía tomarse, pues el viajero se encontraba en el centro de un pasillo tan oscuro, que ni en pleno día entraba por él una vergonzante luz. Tentando aquí y allí se encontraba la puerta de la sala, con ventana á la calle de Postas, y por cierto que allí no ví ninguna cortina verde con ramos amarillos, sino un descolorido papel, que en mil girones se desternillaba de risa sobre las paredes. Un mostrador negro y muy semejante á las mesillas en que piden limosna para los ajusticiados los hermanos de la Paz y Caridad, indicaba que allí estaba el cadalso de la miseria y el altar de la usura. Efectivamente, un tintero con pluma de ganso, cortada de ocho meses, servía para extender las papeletas, algunas de las cuales esperaban sobre la mesa la anhelada víctima. Una cómoda y varios cofres, resguardados con barrotes, eran Bastilla de las alhajas y Argel de las ropas finas. Las capas, sábanas y vestidos, estaban en una habitación inmediata que además tenía la preeminencia de proteger el casto sueño del amo de la casa.

Además de esta sala había otra con ventana á la

calle de la Sal, cuya elegante pieza no desmerecía de la anterior en lujo ni en esquisitos muebles, pues su sillería de paja adornada con vistosos festones, y tan aéreas que cada pieza parecía dispuesta á caer por su lado, no hubieran hallado compradores en el Rastro. En esta sala estaba el taller. ¿El taller de qué? Los Requejos tenían tres industrias: la venta, los préstamos, y la confeccion de camisas, que en los días á que me refiero eran cortadas por doña Restituta y cosidas por Inés. Allí estaba Inés desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, trabajando sin cesar en beneficio de la sórdida tacañería de sus tios. Una orden expresa de doña Restituta le impedía salir de aquel cuarto: no bajaba á la trastienda sino á la hora de comer; no se le permitía asomarse á la ventana; no se le permitía cantar ni leer un libro; no se le permitía distraerse de su obra perenne, ni mencionar á su tío, ni recordar á su madre, ni hablar de cosa alguna que no fuera la honradez de los Requejos, y la longanimidad de los Requejos.

Pero sigamos la descripción de la casa. En una habitación interior, mejor dicho en una caverna, estaba el dormitorio de la tía y la sobrina, y en el fondo del pasillo y junto á la cocina se abría mi cuarto, el cual era una vasta pieza como de tres varas de largo por dos de ancho, con una espaciosísima abertura no ménos chica que la palma de mi mano,

por cuya claraboya entraban, procedentes del patio medianero, algunos intrusos rayos de luz, que se marchaban al cuarto de hora despues de pasearse como unos caballeros por la pared de enfrente. Mis muebles eran un mullido jergon de hoja de maiz, y un cajon vacío que me servia de pupitre, mesa, silla, cómoda y sofá. Semejante ajuar era para mí en realidad más que suficiente; y en cuanto á la densa y providencial lobreguez que envolvía la casa como nube perpétua, me parecia hecha de encargo para mi objeto.

El entresuelo se comunicaba con la escalera general de la casa, la cual partía majestuosamente desde la misma puerta de la calle, y en su grandioso arranque de tres cuartas tenía espacio suficiente para que fuera matemáticamente imposible que una persona subiese mientras otra estaba ocupada en la fatigosa tarea de bajar. Por este túnel ascendente tenían que introducirse los que iban á empeñar alguna cosa, siendo en cierto modo simbólico aquel tránsito, y expresión arquitectónica muy exacta de las angustias del alma miserable en los momentos críticos de la vida. Bien podía llamarse la escalera de los suspiros.

No debo pasar en silencio que en la casa de los Requejos había cierto aseo, aunque bien considerado el problema, aquella limpieza era la limpieza propia de todos los sitios donde no existe nada, *exempli*

*gratia*, la limpieza de la mesa donde no se come, de la cocina donde no se guisa, del pasillo donde no se corre, de la sala donde no entran visitas, la diafanidad del vaso donde no entra más que agua.

Allí no había perros ni gatos, ni animal alguno, si se exceptúan los ratones, para cuya persecucion D. Mauro tenía un gato de hierro, es decir, una ratonera. Los infelices que caían en ella eran tan flacos, que bien se conocía estaban alimentados con perfumes. Un perro hubiera comido mucho: un jilguero habría necesitado más rentas que un obispo: una codorniz hubiera echado la casa por la ventana: las flores cuestan caras, y además el agua... La fauna y la flora fueron por estas razones proscritas, y para admirar las obras del Sér Supremo, los Requejos se recreaban en sí mismos.

Me falta ahora hacerme cargo de otro sér que habitaba la casa durante el día: me refiero al mancebo.

El cual era un hombre cuajado, quiero decir, que parecía haberse detenido en un punto de su existencia, renunciando á las trasformaciones progresivas del cuerpo y del alma. Juan de Dios tenía el aspecto de los treinta años, aunque frisaba en los cuarenta. Su cara amarilla tenía gran semejanza con la de doña Restituta, pero jamás se notaron en ella las contracciones, los enrojecimientos repentinos, propios de aquella señora. Era en sus modales lento

y acompasado; su movilidad tenía límites fijos como la de una máquina, y si el método puede llegar á establecerse de un modo perfecto en los actos del organismo humano, Juan de Dios había realizado este prodigio. Llegar, abrir la tienda, barrerla, cortar las plumas, colgar las piezas de tela en la puerta, recibir al comprador, decirle los precios, regatear siempre con las mismas palabras, medir y cortar el género, cobrarlo, contar por las noches el dinero, apartando el oro, la plata y el cobre: tales eran sus funciones, y tales habían sido por espacio de veinte años.

Juan de Dios comía en casa de los Requejos, que le trataban como un hermano. Serviales él con fidelidad incomparable, y si en algo nacido tenían ellos confianza, era en su mancebo. Cinco años antes de mi entrada en la casa, la organizadora y genial cabeza de D. Mauro Requejo concibió un proyecto gigantesco, semejante á esos que de siglo en siglo transforman la faz del humano linaje. D. Mauro, después de hacer la cuenta del día, se rascó los codos, dióse un golpe en la serena frente, puso los ojos en blanco, rióse con estupidez, y llamando aparte á su hermana, le dijo:

—¿Sabes lo que estoy pensando? Pues pienso que tú debes casarte con Juan de Dios.

Es fama que doña Restituta arqueó las cejas, llevóse un dedo á la barba, inclinó hácia el suelo la luminosa mirada y pensó.

—Pues sí—continuó Requejo;—Juan de Dios es trabajador, es ahorrativo, entiende del comercio, y en cuanto á honradez, creo que, no siendo nosotros, no habrá en el mundo quien le iguale. Yo no pienso volver á casarme; y si hemos de tener herederos, no sé cómo nos las vamos á componer.

El mancebo fué enterado del proyecto, y desde entónces se trabó entre ambos prometidos una comunicacion amorosa, de la cual no hablo á mis lectores porque no puedo figurarme cómo seria, aunque cavilo en ello. Debieron ellos sin duda tratar de aquel asunto, como si el matrimonio no fuera la union de dos almas al mismo tiempo que es la union de dos cuerpos. Restituta pensaria en casarse, y Juan de Dios pensaria en casarse, ambos sin pena ni alegría, de tal modo que pasados cinco años hablaban del asunto con indiferencia, y dándolo como cosa cercana. Parecia que no les importaba el rápido paso de los años, y aquellos séres encerrados en una tienda, sin duda median la vida por varas, no considerando que alguna vez llegarían al fin de la pieza. Ambos novios eran de esos que se aprestan á casarse y se casan al fin, sin que los hombres, ni Dios, ni el demonio sepan nunca por qué.

## XVI

Por las noches, después de cenar, rezábamos el rosario, que llevaba el amo de la casa con voz beerrona; y concluida la oracion al patrono bendito, permanecian en la trastienda en plácida tertulia que sólo duraba hora y media, y á la cual solia concurrir algun antiguo amigo ó vecino cercano. La noche de mi inauguracion no se alteró tan santa costumbre. D. Mau o, su hermana, Juan de Dios, Inés y yo, decíamos el último *ora pro nobis*, cuando sonó la campanilla del entresuelo y mandáronme que abriese.

—Es el vecino Lobo—dijo mi ama.

Fgúrense mis lectores cuál seria mi confusion cuando al abrir la puerta encaré con la espantable fisonomía del licenciado de los espejuelos verdes que habia querido prenderme cinco meses ántes en el Escorial. El temor de que me conociera dióme gran turbacion; pero tuve la suerte de que el ilustre leguleyo no parara mientes en mi persona. No sé si he dicho que en mí se estaba verificando la transformacion propia de la edad, y que un repentino desarrollo habia engrosado mi cuerpo y redondeado mi cara, donde ya me apuntaba un ligero bozo. Esta



fué la causa de que el licenciado Lobo no me reconociera, como yo temia.

—Señores—dijo Lobo sentándose en un cajon de medias,—hoy es día de universal enhorabuena. Ya tenemos á nuestro Rey en el trono ¿No han salido Vds.? Pues está Madrid que parece un ascua de oro. ¡Qué luminarias, qué banderas, qué gentío por esas calles de Dios!

—Nosotros no salimos á ver luminarias—contestó Requejo,—que harto tenemos que hacer en casa. Ay, Sr. de Lobo ¡qué trabajo! Aquí no hay haraganes; y se gana el pan de cada dia como Dios manda.

—Loado sea Dios—añadió el leguleyo,—y vivan los hombres ricos como D. Mauro Requejo, que á fuerza de inteligencia...

—La honradez, nada más que la honradez—dijo Requejo rascándose los codos.

—¡Viva el comercio!—exclamó Lobo;—lo que es la pluma, Sr. D. Mauro, no da ni para zapatos. Ahí estoy yo hace veinte y dos años en mi placita del Consejo y Cámara de Castilla, y Dios sabe que hasta hoy no he salido de pobre. Mucho romper de zapatos para andar en las actuaciones y nada más. Lo que hay es que ahora espero me den una de las escribanías de Cámara, que harto la merece este cuerpo que se ha de comer la tierra.

—Cómo Vd. ha servido al favorito...

—No... diré á Vd.; yo no me he andado en dibu-

jos, y serví al gobierno anterior con buena fé y lealtad. Pero amigo, es preciso hacer algo por este perro garbanzo que tanto cuesta. En cuanto ví que el generalísimo estaba ya en manos de la Paz y Caridad, he hecho un memorial al de Astúrias, y escrito ocho cartas á D. Juan Escoiquiz para ver si me cae la escribanía de Cámara. Yo les perseguí cuando la famosa causa; pero ellos no se acuerdan de eso, y por si se acuerdan ya he redactado una retractacion en forma donde digo que me obligaron á hacer aquellas actuaciones poniéndome una pistola en el pecho.

—No he visto *jormiguita* como el Sr. de Lobo.

—¡Y qué entusiasmado está el pueblo español con su nuevo Rey!—continuó el curial.—Da ganas de llorar, señora doña Restituta. Ahora salí á llevar á mi Angustias con las niñas á la novena del señor San José, y despues que rezamos el rosario en San Felipe, fuimos á dar una vuelta por las calles. ¡Ay qué risa! Parece que están quemando la casa de Godoy, la de su madre y su hermano D. Diego, lo cual está muy retebien hecho, porque entre los tres han robado tanto que no se vé una peseta por ningun lado. Después que nos entretuvimos un poco volvimos allá; ellas se han quedado en el 13 en casa de Córchuelo, y yo me he venido aquí, á charlar un poquito. Pero me habia olvidado... Inesita, ¿cómo vá? ¿Y Vd., Sr. D. Juan de Dios?

Inés contestó brevemente al saludo.

—Está un poco holgazana—dijo Restituta mirando con desden á la huérfana.—Hoy no ha cosido más que camisa y media, lo cual es un asco.

—Pues me parece bastante.

—¡Ay! Sr. de Lobo, no diga Vd. que es bastante. Mi abuela segun me contaba mi madre, echaba en un día la friolera de dos camisas. Pero esta chica está acostumbrada á la holgazanería; ya se vé... su madre no hacia más que arrastrar el guarda piés por las calles, y la niñita me andaba todo el día de zeca en meca, aquí te pongo aquí te deajo.

—Pues es preciso trabajar—dijo Requejo,—porque, chiquilla, el garbanzo y el tocino y el pan y las patatas no caen del cielo, y el que viene á esta casa á sacar vientre de mal año no se puede estar mano sobre mano. Y si no, aprendan todos de mí que me he ganado lo que tengo ochavo per ochavo, y cuando era mozo, fardo por la mañana, fardo por la noche, fardo á todas horas, y siempre tan gordo y tan guapote.

—Ella es habilidosilla—afirmó Restituta,—y sabe coser; sólo que le falta voluntad. No es ya ninguna chiquilla, que tiene sus quince años cumplidos y ya puede comprender las cosas. A su edad yo gobernaba la casa de mis padres. Verdad es que como yo habia pocas, y me llamaban el lucero de Santiagomillas.

—Pues yo creo que Inesita es una muchacha que no tiene pero—dijo benévolamente Lobo.—Y tan

calladita, tan modesta, que no se puede ménos de quererla.

—Ya le dije cuando entró aquí—continuó Restituta—que los tiempos están muy malos, que no se gana nada, que se vende poco y en lo de arriba no cae más que miseria. Ella comprenderá que nos hemos echado encima una carga muy pesada al recogerla, porque... ¡si viera Vd. Sr. de Lobo, qué miseria había en aquella casa del cura de Aranjuez, donde estaba mi sobrina! ¡Ay, partía el corazón!

—Pero es preciso que trabaje—dijo D. Mauro.—Mi sobrina es una muchacha muy buena, y ya he dicho á Vd. cuánto la quiero. Como que al fin y al cabo para ella ha de ser cuanto hay en esta casa.

—Ya le he dicho—prosiguió Restituta—que mañana tiene que lavar toda la ropa de la casa, porque ya que ella está aquí, para que se ha de gastar en lavandera? Por supuesto que no ha de dejar la costura; y si pasa mañana de las veinte varas la echaré en el pañuelo unas gotitas de agua de bergamota, de la de los frascos averiados. Lo bueno que tiene esta muchacha, Sr. de Lobo, es que nunca dá malas contestaciones. Verdad es que no le faltan luces y harto conoce lo que nos debe, pues ha encontrado en nosotros su santo Angel de la guardia. ¡Ah, no puede usted figurarse la miseria que había en aquella casa del cura de Aranjuez...

—Le conozco, sí—dijo Lobo enseñando con feroz

sonrisa sus dientes verdes.—Es un pobre hombre que hacia versos latinos al príncipe de la Paz. Ya se lo dirán de misas. Está probado que ese D. Celestino con su capita de hombre de bien era el confidente del favorito, y el que le llevaba la correspondencia con Napoleon, para repartirse á España.

—¡Jesús, qué iniquidad! Bien decia yo que aquel hombre tenia cara de malo.

—Pero ya le daremos cordelejo—continuó Lobo.

—Como la parroquia de Aranjuez la pretente un primo mio, ya se la tenemos armada á D. Celestino, y entre yo y un compañero pensamos escribir ocho resmas de papel sellado para probar que el señor curita es reo de lesa nacion.

Mientras esto hablaban yo hacia esfuerzos por contener mi indignacion. Inés, aterrada por la verbosidad de sus tios, no se atrevia á decir una palabra. Lo mismo hacia Juan de Dios; pero por un fenómeno singular, las facciones heladas y quietas del mancebo, indicaban aquella noche que lo que oia no le era indiferente.

—Así lo haremos—contestó Lobo frotándose las manos—; Pero qué hace ahí tan callado el señor don Juan de Dios? ¡Ay, Restituta, qué marido tan mudo vá Vd. á tener! Y lo que es por palabra de más ó palabra de ménos no armarán Vds. camorra. ¿Y para cuándo dejan Vds. la boda? Animarse señores, y aní mese Vd. también, Sr. D. Mauro de mis entrañas,

porque mire Vd. que la niñita lo merece. Nada: el mes que entra á la vicaría, Restituta con mi señor Juan, y Vd. con su querida sobrinita Inés, que si no me engaño, le ha rezado ya algun padre nuestro á San Antonio para que esto se realice.

Todas las miradas se dirigieron hácia Inés. Don Mauro estiró los brazos en cruz, luego cerrando los puños, levantólos hácia arriba como si quisiera cojer el techo, descoyuntóse las quijadas, cayeron luego ambas manos sobre la mesa con estruendosa pesadez, y habló así:

—Yo se lo he dich9 ya, y por cierto que la niñita no tuvo á bien contestarme.

—¿Pues qué quiere decir el silencio en esos casos? ¿Cómo quiere Vd. que una niña bien criada diga: «Me quiero casar, si señor, venga marido?» Al contrario, es ley que hasta el último momento hagan mil ascos al matrimonio, diciendo que les dá vergüenza.

—Ya te dije, hermano—indicó doña Restituta,—que aunque ese es el destino de la muchacha, si se porta bien y trabaja, no conviene tratar todavía de tal asunto. Ya sabes lo que son las muchachas, y si les entra el entusiasmo y el aquel del casorio, no hay quien las aguante. Ella bien sé yo que se chupará los dedos; pero haces mal en manifestarle tan pronto tu generosidad, porque puede echarse á perder, pensando todos los dias en el amorcito, en la pa-

labrilla, en el regalito. ¡Ah, bien sabe ella lo que se hace, la picarona! Bien sabe que un hombre como tú no lo catan las muchachas de Madrid todos los días.

—¿Y por qué no he de decírselo desde luego?—contestó Requejo riendo, es decir, moviendo la tecla de la risa en su brutal organismo.—Mi sobrina me gusta; y aunque conocemos todos á una porcion de señoras muy principales que me pretenden y se beben los cuatro vientos por mí, yo dije: «Vale más que todo se quede en casa.» ¿Por qué no se le ha de decir de una vez que quiero casarme con ella? Bien sé que del alegrón se estará ocho noches sin dormir y se trastornará toda, y no dará una puntada; y si fuera por ella, mañana mismo... pero váyase lo uno por lo otro. Pues digo: ¡si ella viera el collar y los pendientes de oro que tengo apalabrados con el platero del arco de Manguiteros...!

—Dale... dale...—dijo Restituta.—¿A qué viene hablar de esas cosas? ¿A qué sacar de quicio á la muchacha, trastornándole el seso? Nada: no hay collar ni pendientes. ¿Ni cómo quieres que la niña lave la ropa ni cosa las camisas; cuando le dicen que vá á ser, como si dijéramos, princesa?

—Nada, nada... yo la quiero y la estimo—afirmó Requejo.—¿Por qué la hemos de privar de ese gusto? Que lo sepa... y digo más, señora hermana; y es que, aunque á mi no me gusta la holgazanería, porque ya ven Vds., yo desde la edad de catorce años..

quiero decir, que aunque no me gusta la holgazanería, lo que es por estos días y de aquí á que nos casemos, si Inés quiere trabajar que trabaje, y si no que no trabaje.

D. Mauro volvió á reír. y alargando el brazo hacía Inés le tocó la barba. Estremeciéndose la muchacha como al contacto de un animal asqueroso, y rechazó bruscamente la caricia de su impertinente tío.

—¿Qué es eso, niña? ¿Qué modales son esos?—dijo D. Mauro frunciendo el ceño.—Después que me caso contigo...

—¿Conmigo?—exclamó la huérfana sin poder disimular su horror.

—Contigo, sí.

—Déjala, Mauro; ya sabes que es un poco mal criada. Niña, no se contesta de ese modo.

—¿Pues no tiene también su orgullito la pazuera?

—Yo no me caso con Vd., yo no quiero casarme—dijo enérgicamente Inés recobrando su aplomo, una vez dicha la primera palabra.

—¿Que nó?—preguntó Restituta con un chillido de rabia.—Pues, indinota, mocosa, ¿cuándo has podido tú soñar con tener semejante marido, un Mauro Requejo, un hombre como mi hermano? ¡Y eso después que te hemos sacado de la miseria!...

—A mí me han sacado Vds. del bienestar y de la felicidad para traerme á esta miseria, á esta mortifi-



cacion en que vivo—dijo la huérfana llorando.— Pero mi tío vendrá por mí, y me marcharé para no volver aquí ni verles más. ¡Casarme yo con semejante hombre! Prefiero la muerte.

¡Oh! al oírlo me la hubiera comido. Inés estaba sublime. Yo lloraba.

Cuando los Requejos oyeron en boca de su víctima tan absoluta negativa, se encendió de un modo espantoso la ira de sus protervas almas. Restituta se quedó lívida, y levántose D. Mauro balbuciendo palabrotas soeces.

—¿Cómo es eso? ¡Venir á comer mi pan, venir aquí á lavarse la sarna, venir aquí después de haber andado por los caminos pidiendo limosna... y portarse de esa manera!... ¿Pero eres tú una Requejo, ó de qué endiablada casta eres? .. Cuidado con la señorita *Panza en trote*. Niñita, ¿sabes tú quién soy yo? ¿Sabes que tengo cinco dedos en la mano... sabes que me llamo Mauro Requejo... sabes que de mí no se rie ninguna piojosa... sabes que á mí no me pican pulgas de tu laya?... Tengamos la fiesta en paz... y tú ten por sabido que has de hacer lo que yo mando, y nada más.

Diciendo esto, agarró con su mano de hierro el brazo de la muchacha y la sacudió con mucha fuerza. Quiso poner más alto aún el principio de autoridad, y lanzó á Inés contra la pared, avanzando sobre ella en actitud rabiosa. Cuando tal ví pareció-

me que se me nublaban los ojos, y sentí saltar mi sangre toda del corazón á la cabeza. Yo estaba en pié junto á la mesa, y al alcance de mi mano habia un cuchillo de punta afilada. El lector comprenderá aquella situacion terrible, y no es posible que vitupere mi conducta, si es que esos hechos, hijos de la ciega cólera y la impremeditacion, pueden llamarse conducta. ¿Quién al ver una muchacha inocente é indefensa, maltratada por el más necio y soez de los hombres, hubiera podido permanecer en calma? Durante aquella escena de un segundo, alargué la mano hasta tocar la empuñadura del cuchillo, y con rápida mirada observé el cuerpo deforme de D. Mauro Requejo; pero afortunadamente para mí y para todos, éste, sin duda aterrado ante la debilidad de la víctima, se contuvo, y no se atrevió á tocarla. En un movimiento insignificante, en un paso atrás. en una mirada, en una idea que pasa y huye estriba la perdicion de personas honradas, y un grano de arena hace tropezar nuestro pié, precipitándonos en el abismo del crimen. Por aquella vez Dios apartó del camino de mi vida el cadalso ó el presidio.

El licenciado Lobo y el mancebo contribuyeron á calmar la enconada soberbia de su amigo. En el semblante del segundo noté una alteracion vivísima, y su piel amarilla se encendió con inusitado enrojecimiento, que yo no sabia si atribuir á la indignacion ó á la vergüenza.

Doña Restituta, queriendo poner fin á una escena que no podia tener buenas consecuencias, cortó la cuestion, diciendo:

—No te acalores, hermano. Yo la haré entrar en razon. Ya sabes que es un poco mal criada. Vamos arriba, niña, y ajustaremos cuentas.

Esta fué la órden de retirada. Juan de Dios salió de la tienda para retirarse á su casa, y doña Restituta é Inés subieron seguidas por mí, pues tambien se me dió la órden de que me acostara. Entraron las dos mujeres en su cuarto y yo en el mio; más no pudiendo dominar mi inquietud, y recelando que en el dormitorio vecino se repetiría entre tia y sobrina la violenta escena de la trastienda, luego que pasó un rato, salí muy quedamente de mi escondrijo, y deslicéme por el pasillo, conteniendo la respiracion para no ser sentido. Puesto cerca de la puerta del dormitorio, sentí la voz de doña Restituta que decia: «No llores, duérmote. Mi hermano es una persona muy amable; sólo que de pronto... Si él te quiere mucho, niñita...» Esta afabilidad de la culebra me sorprendió mucho; mas al punto comprend que debia ser puro artificio.

Tambien llegaban confusamente á mí las voces de D. Mauro y de Lobo, que habian quedado en la trastienda. Avancé un poco más hasta llegar á la escalera, y echándome en tierra apliqué el oido.

—Cuando yo le doy á Vd. mi palabra de que es

así—decía el leguleyo.—Inesita fué abandonada y recogida por doña Juana. Su madre, que es una de las más principales señoras de la córte, desea encontrarla y protegerla. Yo poseo los papeles con que se puede identificar la personalidad de la muchacha. De modo que si Vd. se casa con ella... Amiguito, la señora condesa tiene los mejores oliveros de Jaen, las mejores yeguas de Córdoba, los mejores prados del Jarama, y más de treinta mil fanegadas de pan en tierra de Olmedo y de D. Benito, sin herederos directos que se lo disputen á esa barbilinda que hace poco estaba haciendo pucheros aquí mismo.

—Pero ya Vd. la ha visto—dijo D. Mauro mirando con grandes zancadas el piso de la trastienda.—La muchacha es un puerco-espín. Le hago una caricia y me dá una manotada; le digo que la quiero y me escupe la cara.

—Amigo D. Mauro—repuso el licenciado,—el sistema que Vds. siguen no es el más á propósito para hacerse querer de la muchacha. Vds. debían traerla en palmitas, y la están maltratando haciéndola trabajar hasta que revienta. ¿A quién se le ocurre que una princesita como ésta friegue los platos y lave la ropa? Por este camino aborrecerá á mi señor don Mauro como si fuera el demonio.

—Pues me parece—dijo mi amo dándose un golpe en la majestuosa cerviz,—que el señor licenciado tiene muchísima razón. Eso mismo dije yo á mi

hermana; pero como Restituta es tan ambiciosa, que se dejaria desollar por un ochavo, ha dado en sacarle el cuero á la muchacha. ¿No somos ricos Sr. Lobo? Pues si somos ricos ¿á qué viene el descajillarse por un maravedí? Pero con mi hermana no hay quien pueda. ¿Le parece á Vd.? Aquí vivimos como en el hospicio: mi padre se llama hogaza y yo me muero de hambre, como dijo el otro. Pues digo que ha de ser lo que yo mando, y mi hermana que se case con Juan de Dios y se lleve lo que es suyo... Y nada más. Inesita no trabajará más, porque si se me muere...

—Además—dijo Lobo;—procure Vd. ser amable con ella. Cuide algo más de lo exterior, y no se le presente con esa facha de mozo de cordel, porque las niñas son niñas, Sr. D. Mauro, y no se entra en el templo del amor sino por la puerta del buen parecer.

—Eso está muy bien hablado. Si fuera por mí... Yo quiero vestirme bien, pero esa langostilla de Restituta no me deja, y dice que no me he de poner el traje bonito más que el dia de *San Corpus Christi*. Nada, nada; aquí mando yo; me pondré guapote, porque yo... á Dios gracias, no soy de esos que necesitan afeites y menjerges para parecer bien, y cuanto me cae encima está que ni pintado. Trataré á Inesita como ella se merece, y Dios por delante. Antes de un mes la llevo á la parroquia.

—Ese es el mejor sistema, Sr. D. Mauro. Con las amenazas, con el encierro, con las privaciones, con el trabajo excesivo nõ conseguirán Vds. sino que la muchacha les odie, y se enamorisque del primer pelafustan que pase por la calle.

Así hablaron el comerciante y el leguleyo. Despidiéronse después, y el segundo salió á la calle por la tienda. Retiréme á toda prisa; pero aunque no hice ruido, doña Restituta, con su sutilísimo órgano auditivo debió sentir no sé si mi aliento ó el ligero rumor de un ladrillo roto que se movió bajo mis pisadas. Esto produjo cierta alarma en su vigilante espíritu, y saliendo al encuentro de su hermano que subia, le dijo:

—Me parece que he sentido ruido. ¿Tendremos ladroncitos? Anoche hicieron un robo en la calle Imperial, metiéndose por los tejados.

Registraron toda la casa, miétras yo, metido entre mis sábanas, fingia dormir como un talego. Al fin convencidos de que no habia ladrones se acostaron. Mucho más tarde advertí que doña Restituta registraba la casa segunda vez, hasta que todo quedó en silencio. Cerca ya de la madrugada oí ruido de monedas. Era doña Restituta contando su dinero. Después la sentí salir de su cuarto, bajar á la trastienda y de allí al sótano, donde estuvo más de una hora.

## XVII

Al siguiente día D. Mauro se desvivió obsequiando á su sobrina; pero tan ramplonamente lo hacia, que cada una de sus finezas era una gansada y cada movimiento una coz.

—Restituta—decia—no quiero que trabaje la muchacha. ¿Oyeslo, hermana? Inés es mi sobrinita, y todo es para ella. Si hace falta coser, aquí tengo yo mi dinero para pagar costureras. Sácame el vestido nuevo, que me lo quiero poner todos los días, y quiero estar en la tienda con él... y no me pongas más olla con cabezas de carnero, sino que quiero carne de vaca para mí y para este angelito de mi sobrina... y lo que es el collar que tengo apalabrado lo compro hoy mismo... y aquí no manda nadie más que yo... y voy á trear un fortepiano para que Inés aprenda á tocar... y la voy á llevar en coche á la Florida... y si entra mañana el nuevo Rey, como dicen, hemos de ir todos á verle, y yo con mi vestido nuevo y mi sobrinita agarrada del brazo *¿no verda*, prenda?

Restituta quiso protestar contra estos despilfarros, pero amoscóse su hermano, y no hubo más remedio que obedecer, aunque á regaña dientes. Merced á la enérgica resolución del amo de la casa, vióse

la trastienda honrrada con inusitados y allí nunca vistos platos, aunque doña Restituta, firme en su adhesion al antiguo régimen, no probó de ninguno.

—Hermana—le decia D. Mauro—ya estoy de miserias hasta aquí. Nada, no más trabajar. ¿Ves esta gallina, Inesilla? Pues te la tienes que comer toda sin dejar ni una tripa, que para eso la he comprado con mi dinero. Y aquí te tengo un guardapiés de raso verde con eses de terciopelo amarillo que te has de poner mañana si vamos á ver entrar al Rey... Y tambien te has de poner unos zapatos azules y unas medicitas encarnadas con rayas negras, y tambien le tengo echado el ojo á una escofieta que lo ménos tiene catorce varas de cinta de varios colores... Conque á ponerse guapa... porque lo mando yo.

—Buenas cosas le estás enseñando á la niña—dijo doña Restituta dirigiendo oblicuamente los ojos á las prendas indicadas, que acababan de traer á la tienda.

En efecto, señores, la generosidad de D. Mauro era tan bestial como su tacañería y salvajismo; así es que su empeño en que Inés se vistiera con tan chavacano y ridículo traje, fué uno de los mayores tormentos que padeció la huérfana durante su encierro.

—Esta tarde—continuó el tío—voy á traer dos ciegos para que toquen, y puedas bailar cuanto quie-



ras, Inesilla. Yo quiero que bailes lo ménos tres horas seguidas, y' así has de hacerlo, porque yo lo mando... y aquellos pendientes de á cuarta que están arriba, y son nuestros, porque no han venido á desempeñarlos, te los pondrás en tus lindas orejitas.

— Sí, para ella estaban—dijo con avinagrado gesto Restituta.—¡Dos pendientes de filigrana de oro, largos como badajos de campana, y que pertenecieron á una camarista de la reina doña Isabel de Farnesio! Hermano, tengamos la fiesta en paz.

—Aquí no manda nadie más que yo—exclamó Requejo haciendo retemblar de un puñetazo el cajon que servia de mesa.

Como es de suponer, Inés se resistió á ponerse los vestidos de sainete comprados por D. Mauro, lo cual puso de mal humor al buen comerciante, quien no tuvo sosiego durante todo aquel dia, y se quitó y puso repetidas veces el traje nuevo, jurando que en su casa nadie mandaba más que él.

Al lector habrá sorprendido una circunstancia, y es que en tres dias que llevaba yo de permanencia en la funesta casa, no pudiese ni una vez tan sólo hablar con Inés. La suspicacia del ama era tan atroz y tan previsora, que siempre que bajaba del entresuelo á la trastienda, como no fuera en la hora tristísima de la comida, la dejaba encerrada, guardando la llave en su profundo bo'sillo. Esto me desesperaba, quitándome toda esperanza de salvar á la

pobre huérfana, hasta que un día, resuelto á comunicarme con ella, aceché la ocasion en que doña Restituta estaba desplumando á unos infelices en el despacho de los préstamos, y acercándome á la puerta del encierro, la llamé muy quedamente. Sentí el roce de su vestido, y su voz me preguntó:

—Gabriel, ¿eres tú?

—Sí, Inesilla de mi corazon. Hablemos un poquito, pero no alces la voz. Haré mucho ruido con la escoba para que no nos oigan.

—¿Cómo has venido aquí? Dí, Gabrielillo, ¿me sacarás tú?

—Reina, aunque aquí hubiera cien mil Requejos y ochocientas mil Restitutas, te sacaria. No llores ni te apures. Pero dí, picarona, ¿me quieres ahora ménos que ántes?

—No, Gabriel—me contestó.—Te quiero más, mucho más.

Hice mucho ruido, y dí mil besos á la puerta.

—Toca con tus dedos en la puerta para que yo te sienta—dije.

Inés dió algunos golpecitos en la madera, y después me interrogó:

—¿Tardarás mucho en sacarme? Escribe á mi tío para que venga por mí.

—Tu tío no conseguiria nada de estos cafres. Espera y confía en mí. Chiquilla, hazme el favor de besar la puerta.

Inés besó la puerta.

—Yo te sacaré de esta casa, prenda mia, ó no soy Gabriel—le dije.—Haz por no disgustarles. Si te quieren sacar de paseo no te resistas. ¿Oyes bien? Déjame á mí lo demás. Adios, que viene la culebra.

—Adios, Gabriel. Estoy contenta.

Ambos besamos la barrera que nos separaba, y el diálogo acabó, porque consumado en el despacho de los préstamos el asesinato pecuniario, salieron las víctimas, y tras ellas, doña Restituta, radiante de ferocidad avariciosa. En su cara se conocia que habia hecho un buen negocio.

## XVIII

Aquella noche vino á la tertulia de la trastienda, además del Sr. de Lobo, doña Ambrosia de los Linos, tendera de la calle del Príncipe, á quien mis lectores, si no me engaño, tienen el honor de conocer, pues algo me parece que figuró en los sucesos que conté anteriormente. Su difunto esposo habia sido compañero de D. Mauro en el cargamento y arrastre de fardos y mercancías, y desde entónces entre ambas familias quedó establecida cordial amistad. Reconocióme doña Ambrosia, mas no dijo nada.

que pudiese desfavorecerme en el concepto de mis nuevos amos, y cuando se hubo sentado, operacion no muy fácil, dados su volúmen y la estrechez de los asientos, soltó la sin hueso en estos términos:

—¿Cómo es eso Restituta, cómo es eso D. Mauro, con que no han ido Vds. á ver la entrada de los franceses? Pues hijos, les aseguro que era cosa de ver. ¡Qué majos son, válgame el santo ángel de la Guardia!... Pues digo, si dá gloria ver tan buenos mozos... y son tantos que parece que no caben en Madrid. Si viera Vd., D. Mauro, unos que andan vestidos al modo de moros, con calzones como los maragatos, pero hasta el tobillo, y unos turbantes en la cabeza con un plumacho muy largo. Si vieras, Restituta, qué bigotazos, qué sables, qué morriones peludos, y qué entorchados y cruces! Te digo que se me cae la baba... Pues á esos de los turbantes creo que los llaman los *zamacucos*. Tambien vienen unos que son, segun me dijo D. Lino Paniagua, los *tragones de la guardia imperial*, y llevan unas corazas como espejos. Detrás de todos venia el general que los manda, y dicen está casado con la hermana de Napoleon... es ese que llaman el gran duque de *Murraz* ó no se qué. Es el mozo más guapo que he visto; y cómo se sonreia el picaron mirando á los balcones de la calle de Fuencarral. Yo estaba en casa de las primas, y creo que se fijó en mí. ¡Ay hija, qué ojazos! Me puse más encarnada... Por ahí andan pidiendo alojamiento.

A mí no me ha tocado ninguno y lo siento: porque la verdad, hija, esos señores me gustan.

—Gracias á Dios que tenemos rey—dijo D. Mauro.—Y Vd., doña Ambrosia, ¿ha vendido mucho estos días? Porque lo que es de aquí no ha salido una hielacha.

—En mi casa ni un boton—contestó la tendera.—¡Ay, hijito miol! Ahora cuando ese saladísimo rey que tenemos arregle las cosas, hay esperanzas de hacer algo. ¡Qué tiempos, Restituta, qué tiempos! Pero no saben Vds. lo mejor, ¿no saben Vds. la gran noticia?

—¿Qué?

—Que mañana hará su entrada triunfal en Madrid el nuevo rey de España, Sr. D. Fernando el Sétimo.

—Ya lo sabe hoy todo Madrid.

—Pues no nos quedaremos sin ir á verle; óyelo tú, Restituta, óyelo tú, Inés—dijo Requejo—mañana no se trabaja.

—Yo, primero me aspan que dejar de ir á verlo—dijo doña Ambrosia.—Los primos han salido esta noche al camino de Aranjuez para esperarle. ¡Ay que alegría, Sr. D. Mauro! ¡Si viviera mi esposo para verlo! El que me decía: «mientras duren este rey y esta reina de tres al cuarto, no tendremos un gobierno ilustradó.» Mañana vá á ser un día de alegría. Yo tengo un balcon en la calle de Alcalá, y ya hemos encargado al valenciano media decena de ramos de

flores para apedrear con ellas á S. M. cuando pase.

—Nada, lo dicho, dicho—exclamó D. Mauro,—si *ésta* no quiere ir que se quede en la tienda. Inés me coserá la manga del casaquin que se me rompió ayer cuando me lo quité... Veremos qué tal sabe hacer Gabriel el coletto... Por supuesto, Inesilla, si quieres cojer uno de esos frascos de agua de clavel que tienes á mano derecha, puedes hacerlo. Todo es para tí.

Así siguió la conversacion sin ningun incidente notable en lo sucesivo, por lo cual la omito, pues sumpo al lector poco interesado en conocer la historia de la enfermedad que padeció el esposo de doña Ambrosia, trájico acontecimiento que ella refirió. Los únicos personajes siempre mudos en aquellas tertulias, además de un servidor de ustedes, eran Inés y el Sr. Juan de Dios, este último por ser hombre de pocas palabras, como he dicho.

Llegó el dia 24 de Marzo, y la cabeza de D. Mauro peinada por mí, salió á competir con el sol en brillo y hermosura. Doña Restituta, que no pudo resistir á las súplicas de su hermano, frotóse con una tohalla el apegaminado forro de su cara hasta sacarle lustre, y despues se puso el mismo clásico traje con que por primera vez se presentó á mis ojos en Aranjuez. Por más que D. Mauro atronó la casa, no pudo conseguir que Inés se disfrazara con el guardapiés verde, las medias encarnadas, las azules botas y

la escofieta, que su vanidoso tío compró para adornar dignamente á la que consideraba como futura esposa. Negóse la muchacha á ser objeto de una fiesta pública, y al fin para decidirla á salir, la permitieron vestirse con su ropa de luto. Luego que los tres estuvieron apercibidos, encargaron á Juan de Dios el cuidado de la casa, y don Mauro me dijo gravemente:

—Gabriel, hoy es día de descanso. Vente con nosotros: con eso me enderezarás el rabo del colete si se me tuerce, y me ayudarás á ponerme los guantes cuando pase S. M., pues hasta ese momento no quiero meter mis manos en tal Inquisición. ¿Qué te parece? ¿Voy bien? Tira de ese faldon que está arrugado. Mira, chiquillo, haz el favor de meter bonitamente tu mano por entre la casaca y la chupa hácia espalda, y rascarme en esa paletilla derecha, que no parece sino que se ha juntado ahí un regimiento de pulgas... Así... así... basta ya.

Dicho esto, y rascado el asno, tomé mi gorra y salimos. ¡Ay Dios mio, cómo estaba esa Puerta del Sol, y esa calle Mayor y esa calle de Alcalá! Mis lectores, cualquiera que sea su edad, habrán visto alguna de las solemnes entradas con que nos obsequia cada pocos años la historia contemporánea, de modo que para hacerles formar una idea de aquel gentío, de aquella algazara y de aquel júbilo, me bastará decirles que lo del 24 de Marzo de 1808, no se diferen-

ció de lo visto en años posteriores, sino en la exageración del delirio.

De los balcones de las casas nobles pendían las ricas colgaduras de damasco con su ancho escudo y brillantes flecos, prendas vinculadas que hasta hace poco han lucido, ya marchitas y mermadas como el patrimonio de sus dueños, en alguna fiesta del Corpus. Las demás casas se engalanaban con lo que el entusiasmo de sus inquilinos había encontrado á mano, siendo considerable la cantidad de piezas de musolineta que un pueblo loco lanzó al aire de balcon á balcon en aquel memorable día. La multitud infinita de abanicos con que resguardaban del sol su cara los millares de damas asomadas á los balcones, ofrecía un aspecto sorprendente, y cuando la vista recorría panorama tan encantador, causábale cierto desvanecimiento el incesante ondular de los que se movían dando aire á sus dueñas. Aquel parlante dije español en tan inmenso número reproducido, presentando alternativamente al sol una de sus caras, ya blanca, ya azul, ya roja, y adornado con lentejuelas de plata y oro, remecaba el aleteo de millares de pájaros puguando por levantar el vuelo. Era un día de Marzo de esos que parecen días de Junio, privilegio de la corte de las Españas, que suele abrasarse en Febrero y helarse en Mayo. La naturaleza sonreía como la nación.

El abigarrado gentío que poblaba las calles se



componia de todas las clases de la sociedad, abundando principalmente la manolería y chispería, hombres y mujeres, viejos y muchachos. Los ancianos inválidos y gotosos habian dejado el lecho, y sostenidos por sus nietos abríanse paso. Las viejas santurronas que durante tantos años olvidaran todo camino que no fuera el de sus casas á la cercana iglesia, acudian tambien llevadas de la devoción al nuevo Rey, y felicitándose unas á otras aturdian á los demás con el cotorreo de sus bocas sin dientes. Los niños no habian asistido á la escuela, ni los jornaleros al trabajo, ni los frailes al coro, ni los empleados á la covachuela, ni los mendigos á las puertas de las iglesias, ni las cigarreras á la fábrica, ni los profesores de las Vistillas dieron clase, ni hubo tertulia en las boticas, ni meriendas en la pradera del Corregidor, ni jaleo en el Rastro, ni colision de carreteros en la calle de Toledo.

La muchedumbre, obligada por su colosal corpulencia á estarse quieta, se arremolinaba y estremecía como un mónstruo atado. Agrietábase á veces aquella gran masa, pero el surco abierto era invadido por la corriente: de pronto crecia la aglomeracion en un punto y se aclaraba en otro. El empuje era tremendo, y el retroceso tan peligroso, que habia riesgo de ser hollado por las mil patas de la bestia. El zumbido con que aquel enjambre manifestaba sus impresiones, trastornaba el cerebro más fuerte:

exclamaciones de alegría, diálogos entusiastas seguidos de abrazos generosos, gritos de dolor á consecuencia de los callos aplastados, ó de indignacion por cada sombrero que perdía su hechura. se unían á las donosidades de las majas, que arrojaban cáscaras de naranja sobre los petimetres, y á los lamentos de los mendigos haraposos y mutilados que escurriéndose entre la multitud, áun allí imploraban la caridad enseñando una pierna leprosa ó una mano deforme.

Nosotros tuvimos que quedarnos en la Puerta del Sol. Una de las oscilaciones del gentío nos llevó hácia la acera que hoy une las calles de Espoz y Mina y Carretas; otra oscilacion nos arrastró hácia la Inclusa, que estaba entre las calles del Cármen y de Preciados; y por último, un nuevo sacudimiento, haciéndonos pasar por ante Mariblanca, nos encaminó hácia el Buen Suceso, á cuya verja nos agarramos D. Mauro y yo, para no ser nuevamente arrastrados á merced de aquel oleaje. Yo me alegraba de que esto sucediera, por si en alguna evolucion quedábamos Inés y yo apartados de los Requejos; pero buen cuidado tenia D. Mauro de no separarse de la muchacha, y ántes le hubiera roto el brazo que soltarla; tal era la fuerza con que su mano lagartijera tenia aprisionados los olivares de Jaen y las yeguas de Córdoba.

Situados donde he dicho, aguardamos la apari-

cion de aquel sol hespérico, de aquel iris de paz, de aquel príncipe Fernando, que este pueblo, á ser pagano, hubiera puesto en la gerarquía de sus dioses más queridos. En rededor nuestro zumbaban algunas viejas.

—¡Ay, mi señora doña Gumersinda!—decía una estantigua.—Dios y mi patrono San Serapio, ese bendito fraile de la Merced que es abogado contra los dolores de coyunturas, han querido que yo no mordiera la tierra sin ver este día.

—¡Ay, mi señora doña María Facunda!—contestaba otra.—Desde que entró en Madrid al venir de Nápoles el Sr. D. Carlos III, á quién ví desde este mismo sitio, no ha habido en Madrid una alegría semejante. ¿Pero Vd. no llora?

—¿Pues no me vé Vd., señora doña Gumersinda? Bendito sea el Señor, que nos ha permitido ver este día. Al ménos se morirá una con la alegría de que España sea feliz con ese gran Rey que Dios nos ha dado. Pues pocos rosarios he rezado yo para que esto sucediera. Al fin la Virgen nos ha oído, y si nosotros no nos estuviéramos en la iglesia rogando día y noche, ya podía la nación esperar sentada su felicidad.

—¿Pero Vd. no ha visto al príncipe, señora doña María Facunda? Si es el más rozagante, el más lindo mozo que hay en toda España y sus Indias. Yo lo ví el día de la jura, y me parece que lo tengo delante.

—No le he visto. Ya sabe Vd. señora doña Gomersinda, que desde que reñí con aquel oficial de valonas que me queria tanto, allá cuando echaron á los jesuitas, no he vuelto á mirar á la cara á ningún hombre.

—¡Pero oiga Vd., dicen que viene, ya está cerca!

En efecto; se oían las exclamaciones del gentío apelmazado en la calle de Alcalá, y muchos gritaban: ¡Ya viene por la Cibeles! ¡Ya viene por el Cármen Descalzo! ¡Ya viene por las Baronesas! ¡Ya viene por los Cartujos!

Una voz conocida me hizo volver la cara. Pacorro Chinitas, el famoso amolador, cuyas opiniones no habrán olvidado Vds., estaba detrás de mí disputando acaloradamente con una mujer del pueblo, gruesa, garbosa, de ojos vivos, lengua expedita y expeditísimas manos.

—¡Que en todas partes has de meter camorra, condenada mujer!—decía Chinitas.—Vete callando que ya me sube la mostaza á la nariz.

—No me dá gana de callar—contestó la Primorosa, cruzándose en la cintura las puntas del pañuelo que le cubria los hombros.—¿Pues qué, estamos en misa? Si ese señorito del tupé no se nos quita delante...

Un petimetre, que olía á jazmin, volvió la compungida cara pidiendo mil perdones á la emperatriz del Rastro.

—¡Eh, tío *cata caldos!*—continuó la Primorosa, tirando por los faldones al currutaco.—¡Quítese de ahí que me estorba!

—Mujer, deja en paz á ese caballero. Mira que la armo.

—¡Sopa sin sal, endino!—exclamó la mano'a mostrando sus dedos cuajados de anillos con piedras falsas.—¡Pos pa qué quiero estas cinco manos de almirez! ¡Enriten á la Primorosa y verán lo güeno! ¡Eh... señor marqués del Barrilete!—añadió dirigiéndose á D. Mauro—que me está Vd. metiendo por los ojos el rabo de su peluquin.

—Mujer—insistió Chinitas,—que donde quiera que vamos me has de avergonzar...

El petimetre se volvió hácia nosotros y dijo, infestándonos con los perfumes de su ropa:

—No se puede estar donde hay gente ordinaria.

—¿Qué es eso de gente ordinaria?—exclamó la Primorosa atropellando á los que tenia al lado para abalanzarse hácia el almibarado jóven.—Ya... á mi con esas. Pero si es el Sr. D. Narciso Pluma. Eh, Nicolasa, Bastiana, Polonia; mira al Sr. de Pluma, al que la otra noche le prestamos dos reales pa osequiar á las madamas que llevó á tu casa... Señor marquesito de la olla vacía, ménos fácha y más comenencia con las señoras, porque yo soy muy re-señorona y muy requete-usía, y sé dar pa el pelo, y vivan los farolones de Madrid.

A este punto llegaba, cuando un rumor cercano indicó que el príncipe estaba cerca. La Primorosa, con las majas que la seguían, trató de atravesar el gentío dando codazos y manotadas á derecha é izquierda.

—Ea, desepártense toos, que viene el sol del mundo. A un lao, á un laito señores. Bastiana, Nicolasa, quitaros las flores del pelo, y vengan acá, que yo se las daré al lucero de las Españas. Miralo allá, viene á caballo por la Aduana.

A fuerza de empujones la Primorosa logró, ¡cosa inaudita! despejar en torno suyo un breve espacio, donde campeaba sin obstáculo. Pero queriendo avanzar más aún, halló insuperable barrera en la persona de un *majo decente*, que con la capa en cuadril y el sombrero sobre la ceja, rechazaba varonilmente á cuantos intentaban adelantar hácia el centro de la carrera.

—¡Cómo!—dijo la maja con centellante ira.—¿Que no se pasa? ¿Y quién lo ize? Tú, Pujitos. Anda y qué güeno me sabe.

—No se pasa—dijo Pujitos, que se esforzaba en poner á la multitud en fondo, en filas, en compañías, en batallones y en brigadas.—Póngase ca una en su puesto, y no ladrar. Orden, señores... toos en fila. Primorosa, las mujeres á sus casas, y aquí den-guna me levante el chillío.

—Pujitos de mi corazon—dijo la Primorosa con

terrible ironía, clavando ambas manos en la cintura. —Si te requiero, si he venido por verte, si aquí vengo á pedirte de rodillas que me dejes pasar, y traigo un irgumento pa tu cara de peine viejo. ¿Quiés verlo?... Pues toma.

Aún no lo habia dicho, cuando rápida, fuerte y destructora como un ariete romano, la mano derecha de la maja voló en direccion de la cara de Pujitos, y el carrillo de este resonó con tremendo chasquido. Una risotada general fué el himno con que los circunstantes celebraron la desgracia de Pujitos, el cual, vacilando primero, y desplomado despues, fué á caer sobre un fraile, rompiéndole la escofieta á doña María Facunda, y la escusabaraja á doña Gomersinda. La multitud hizo un movimiento: el oleaje corrió de un lado á otro, y Pujitos desapareció ante nuestra vista como un cuerpo que cae al mar.

La causa de aquel movimiento de la muchedumbre fué una nueva irrupcion de carne humana en aquel recinto estrecho donde ya habia tanta. Un destacamento de la guardia Imperial, con Murat á la cabeza, apareció por la calle del Arenal. Figuraos un pié que se empeña en entrar en una bota donde ya hay otro pié. El gran duque de Berg, petulante y vanidoso, se obstinó en presentarse con sus tropas en la carrera por donde habia de pasar el Rey, lo cual no tenia nada de culpable; pero lo hizo tan inoportunamente, y sus mamelucos y dragones vejaron de tal

modo al pueblo madrileño, que algunos historiadores hacen datar desde aquella hora la general antipatía de que los franceses fueron objeto. La multitud es un río, cuyo nivel no puede subir cuando recibe el caudal de otro río, y tiene que acomodarse juntando carne con carne y hueso con hueso, hasta que desaparece la personalidad humana en el informe conjunto. Esto pasó cuando los franceses penetraron en la estrecha plaza, y una tempestad de silbidos, reconvenciones é insultos fué la primera manifestación del pueblo español contra los invasores. Entre tanto el desconcierto crecía, la sofocación iba en aumento. D. Mauro bramó como un toro, doña Restituta lanzó un gemido desde el fondo de su angosto pecho... pero la multitud olvidó sus penas, porque ya estaba cerca, ya venía, ya le veíamos en su caballo blanco, que apenas podía dar un paso; ya embocaba en la Puerta del Sol, ya se agitaban los abanicos; llovían ramos de flores; alzábase de la superficie de aquel inquieto mar un rumor espantoso, cruzaban el aire como pájaros desbandados millares de gorras, y los brazos convulsos sobresalían de las cabezas descubiertas; los pañuelos no eran bastante expresivos, y las capas eran desplegadas como banderas de triunfo.

Entónces la masa de gente que estaba en torno mio avanzó con irresistible empuje. D. Mauro y Restituta clavaron las uñas en las mangas del vestido



de Inés, que se les escapaba; pero un giron de tela se quedó en sus manos é Inés en mis brazos. Miré á la derecha, y ví entre una aglomeracion de cabezas el colete de D. Mauro y el moño de doña Restituta, que huian llevados como despojos de naufragio sobre la espuma de aquel mar alborotado. Estábamos solos.

Inés y yo nos abrazamos y el gentío comprimiéndose despues, estrechaba á Inés contra mí, como si de nuestros dos cuerpos hubiera querido hacer uno solo.

## XIX

—Estamos solos, Inés—le dije.—Ahora podremos hablarnos y vernos.

En efecto, estábamos solos. Yo no veia ni Rey ni pueblo, ni guardia imperial, ni balcones, ni quitasoles, ni abanicos, ni capas, ni gorras, ni flores, ni nada: yo no veia más que á Inés, é Inés no veia más que á mí. Aprisionados entre un pueblo inmenso, nos creíamos en un desierto. Olvidamos que existía un Rey recién coronado, y una nacion alegre, y una ciudad feliz, y una multitud ébria, y no pensamos más que en nosotros mismos. No oíamos nada: el clamor de la gente, los vivas, los mueras, las felici-

taciones, aquella borrachera de entusiasmo no producía en nuestros oídos más impresión que el vuelo de un insignificante insecto.

—Gracias á Dios que nos han dejado solos—dijo Inés estrechándose más contra mí.

—¡Inés de mi corazón!—dije yo,—cuánto deseaba hablarte. ¡Cuántas cosas tengo que decirte! Tus tíos se han ido y no volverán, y si vuelven no estaremos aquí. Somos libres; oye lo que voy á decirte. Estamos fuera de esa maldita casa, Inés mía, y serás feliz y rica y poderosa y tendrás todo lo que es tuyo.

—Yo no tengo nada—me contestó.

—Sí: tú no sabes un cuento que yo te voy á contar. un cuento que sé y que me hace feliz y desgraciado al mismo tiempo.

—¿Qué estás diciendo, loquillo?

—Que tú no eres lo que pareces. Yo te devolveré á tus padres, que son muy ricos.

—¿Padres? ¿Acaso yo tengo padres?

—Sí: tú no eres hija de doña Juana. Pero esto te lo explicaré en otra ocasión. ¡Ah! amiga mía: estoy alegre y estoy triste, porque deseo que seas feliz, y rica y señora y poderosa y duquesa y princesa; pero al mismo tiempo considero que cuando llegues al puesto que te corresponde no me has de querer.

—No entiendo una palabra de lo que dices.

—Ya veremos. Tú no me querrás. ¿Cómo has de querer á un desgraciado como yo, sin padres, sin

fortuna, sin educacion? Te avergonzarás de mí, que soy un criado, un infeliz de las calles... pero ¡ay! no temas, que yo te llevaré á donde debes estar, y te pondré en tu verdadero puesto, y serás lo que debes ser. Yo no quiero nada para mí. Díme: ¿me dejarás que sea tu criado y que viva en tu casa lo mismo que vivo ahora en la de tus condenados tios?

—De veras te digo que pareces loco, Gabriel. Esto me recuerda cuando tú decias que ibas á ser ministro, generalísimo y príncipe. Yo no tengo esas ideas.

—No es lo mismo, niñita. Aquello era una necesidad mia, y esto es cierto. Ya no volveremos á casa de los Requejos. Huiremos por la calle de Alcalá en cuanto se despeje, buscando refugio en Aranjuez, hasta tanto que yo te lleve á donde debo llevarte. Aunque sé que no lo has de cumplir, júrame que me querrás siempre.

—Yo no necesito jurarlo. Prométeme tú no decir disparates—dijo ella, mientras la presion de la embriagada multitud estrechaba su cabeza contra mi pecho.

—No son disparates. Pronto te convencerás de ello; ¿pero me querrás siempre como me quieres ahora? ¿No te avergonzarás de mí, no me despreciarás? ¿Seré siempre para tí lo mismo que soy ahora, tu único amigo, tu salvacion y tu amparo?

—Siempre, siempre.

Al pronunciar estas palabras, Inés sintió que la cogían un pié.

Miró ella, miré yo, y vimos que clavaba en el pie sus flacos dedos una mano correspondiente á un brazo negro, que extendiéndose entre las piernas de los circunstantes, estaba unido al cuerpo de Restituta, quien estiraba el otro brazo hasta tocar la mano que pertenecía á una de las extremidades de don Mauro Requejo, el cual D. Mauro Requejo, colocado como á dos varas de nosotros, pugnaba por abrirse paso entre piernas de hombre y faldas de mujer, recibiendo aquí una pisada, allí una coz. Sucedió, que encontrándose los dos hermanos tan separados de nosotros, perdían el tino buscándonos, y mientras ella se encaramaba anhelando divisar por algun lado nuestras cabezas, él á causa de su corpulencia alcanzó á distinguir mi gorro.

Forcejeaban hasta alcanzarnos, cuando doña Restituta cayó al suelo; dióle D. Mauro la mano, y ella alargó la otra para asir el pié de Inés, temiendo que en un nuevo vaivén ó sacudimiento se le escapara. Nuestro proyecto de fuga quedó frustrado, y ambos Requejos hicieron presa en los olivares de Jaen, asiéndoles cada uno por un brazo para estar más seguros.

—¡Pobrecita mia!—dijo D. Mauro.—Creimos que te nos perdías. Si no es por tí, Gabriel, se nos pierde.

A causa del revolcon quedaron ambos hermanos tan lastimosamente magullados, que daba compasion verles. Del casaquin de mi amo se habian hecho dos, sin intervencion de ningun sastre, y su hermana veia con ojos furibundos los flotantes girones de su vestido negro, rasgado de arriba á abajo.

—¿Ves?—decia Restituta á su hermano al regresar á la casa.—¿Ves lo que sacamos de ir á donde nadie nos llama? Has perdido un guante... ¡lástima de guante, que costó un dineral en el Rastro! ¿Pues y la casaca? Ya tengo costura para tres dias... ¡Sí, que está barata la seda!... Y tú, niña, ¿has perdido algo? ¡Ay! ¿Dónde está mi pañuelo? ¿Pues y mi pañuelo? ¡Lo he perdido!... ¡Dios me favorezca!... ¡Jesús mil veces! ¡Y yo que le eché tres gotas de agua de bergamota!

## XX

Trascurrieron muchos dias desde aquel, famoso por la entrada de nuestro soberano, sin que se alterara con ningun accidente la uniformidad de la casa de los Requejos.

Largo tiempo estuve sin poder hablar con Inés, aunque viviamos tan cerca el uno del otro; pero el encierro en que la guardaba Restituta era cada vez

más inaccesible, y la vigilancia llegó á ser un acecho implacable. D. Mauro estaba furioso algunas veces, otras triste, y sin duda en su rudeza no dejaba de comprender que era incapaz de hacerse amar por Inés. Su cólera no podia ménos de derivarse de la conciencia de su brutalidad. Si no hubiera mediado el ambicioso interés, que era su alma, quizás D. Mauro habria sido naturalmente afable y hasta cariñoso con la que pasaba por su sobrina; pero la falta de educacion, de delicadeza, de modales y de sentido comun le perdía, haciéndole no sólo aborrecible sino espantoso á los ojos de la misma á quien deseaba interesar.

Las dificultades para sacar á Inés del poder de los Requejos aumentaban de dia en dia con la suspicaz vigilancia de Restituta; pero esto no me desanimaba, y firme en mi honrado propósito, procuré por todos los medios posibles conquistar la benevolencia de los dos hermanos, fingiendo en mí gustos é inclinaciones iguales á las suyas. Yo aspiraba á una empresa más difícil que las doce de Hércules; aspiraba á conquistar el inexpugnable castillo de su confianza, donde jamás entrara persona alguna.

Para llegar á este fin, principié fingiéndome mezquino y avaro, cual si me consumiera, como á ellos la mísera pasion del ahorro en su último delirio. Un dia despues de haber barrido los pasillos y cuartos, me ocupaba en reunir el polvo y la tierra, recogien-

do y guardando aquellos ingredientes en un gran cucurucho. Como esta operacion la hacia yo de modo que doña Restituta me observase, preguntóme un dia cuál era mi objeto, y le contesté:

—Pues qué, señora, ¿se ha de desperdiciar esta sustancia alimenticia?

—¿Cómo? ¿El polvo y la basura de los ladrillos, con las telarañas de los techos y el lodo de los zapatos forman una sustancia alimenticia?

—Ya lo creo; y me asombra que Vd. no sepa que hay en Madrid un jardinero francés que compra todo esto para criar unas endemoniadas yerbas farmacéuticas, que han inventado ahora.

—¿Qué me dices, Gabriel? Pues yo no sabia nada.

—Pues cuando yo estaba en la casa del señor duque de Torregorda, la señora duquesa vendia esto todas las semanas, y por un paquete así, le daban sus cuatro cuartos como cuatro soles.

Ella se regocijaba tanto con esto, que cuando yo, despues de arrojar á un muladar el paquete, volvia entregándole los cuatro cuartos de mi fingida venta, me decia:

—Eres un chico de disposicion, Gabriel: no he conocido otro como tú.

Tambien fingia vender los cráneos de carnero que allí se consumian con frecuencia, los huesos de toda clase de frutas, los pedazos de papel, los cascos de vidrio, y hasta los pezones de los higos pasados, di-

ciéndole que un boticario los compraba para hacer cierta droga venenosa. Cuando llegó el 20 de Abril, y me dieron los diez reales de mi salario, dije á doña Restituta:

—Señora, ¿para qué quiero yo todo ese dineral? Puesto que tengo todas mis necesidades satisfechas y no me falta nada, guardémelo, y si algun dia salgo de esta bendita casa (lo que ojalá no suceda nunca), me lo entregará junto. Guardadito quiero que esté como oro en paño, y primero me dejaré cortar las orejas que consentir en el gasto de un maravedí.

—¡Ayl ¡Gabriell—me contestó rebotando satisfacción,—no he visto nunca un chico como tú. Bien es verdad que no en vano se pisa esta casa, donde reinan el orden y la economía. Eres un rapaz de provecho; si sigues trabajando, á vuelta de diez años tendrás reunidos sesenta duros, y si siempre persistes en tan buenas ideas, llegarás al fin de tu vida... (pongamos que vives sesenta años más...) con un capital de 360 duros que tendrás guardaditos y los enterrarás ántes de morirte, para que ningun heredero holgazan se divierta con tu dinero.

Con estas y otras artimañas me hacia querer de mis amos, hasta el punto de que confiaban mucho en mí; pero á pesar de todo no logré nunca adquirir la confianza suprema, que consistia para mí en ser encargado de la custodia de Inés, mientras ellos es-



taban fuera. ¡Ay! cuando alguna vez permitian los hados que doña Restituta se ahuyentara del hogar doméstico, siempre era depositario de todas las llaves, el imparable, el mecánico, el glacial mancebo.

Pero he hablado poco de este personaje, cuando en realidad debiera ocuparnos mucho, y urge dar de él completa idea. Juan de Dios era sin género de duda un excéntrico, pues también en aquella época había excéntricos. Un hombre que no habla, que ignora lo que es risa, que no da un paso más de los necesarios para trasladarse al punto donde están la pieza de tela que ha de vender, la vara con que la ha de medir, y la hortera en que ha de guardar el dinero; un hombre que en todas las ocasiones de la vida parece una máquina cubierta con la humana piel para remedar mejor nuestra libre, móvil é impresionable naturaleza, ha de llevar dentro de sí algo ignorado y excepcional. Sin embargo, al poco tiempo de conocer yo á Juan de Dios, ocurrió algun percance en el misterioso engranaje de las piezas de aquel mueble animado.

Por aquellos días D. Mauro y doña Restituta habíanse comunicado con asombro su extrañeza por las frecuentes distracciones de Juan de Dios. Juan de Dios que en veinte años no se equivocara nunca midiendo ó contando, contaba y media como un mancebillo recién venido de la Alcarria. Aún había algo más alarmante. Juan de Dios se paseaba por la

tienda sin hacer nada, lo cual era tan extraordinario como el choque de un planeta con otro; Juan de Dios preguntaba al parroquiano si queria *poplin, cotepalis, organdis, madapolanes ó muselinetas*, y en vez de traer lo pedido, daba media vuelta, rascándose la cabeza, iba á la trastienda, y salia despues á preguntar de nuevo, porque se le habia olvidado. Al mismo tiempo Juan de Dios estaba más amarillo y más flaco, lo cual parecia imposible al que en sus buenos tiempos le hubiese conocido, y su mirada, siempre mortecina y tristonca como la llama de un candil que se apaga, indicaba últimamente una resignacion, un dolor que no son susceptibles de descripcion ni pintura.

Un dia salieron los amos, encargándole como de costumbre, la custodia de la casa. Inés, encerrada en su aposento, habló conmigo como Tisbe al través del muro, y en mi desesperacion, no pudiendo ni verla, ni sacarla de allí, discurrí que convenia explorar el corazon del mancebo, por si era posible ablandarle, para que protegiera nuestra fuga. Bajé á la tienda, y despues que hablamos un poco de cosas indiferentes, dije á Juan de Dios:

—¿No es un dolor, Sr. D. Juan, que esa muchacha se muera de tristeza en ese cuartucho? ¿Por qué no la dejan suelta por la casa? ¿Acaso es alguna fiera?

Advertí en el semblante del mancebo, un como estremecimiento ó vislumbre, despues pareció que la

poca sangre de su cuerpo se le agolpaba en la frente, y me habló así:

—Gabriel, tienes razon. ¿Por qué la encierran así siendo tan buena y tan humilde?... Ya estará libre...

—dijo Juan de Dios, como hablando consigo mismo.

Estas palabras despertaron mucho mi curiosidad, y resolví hacerle hablar sobre el asunto, fingiendo poco interés por la muchacha.

—Verdad es—dije—que como está tan mal criada...

—¡Mal criada!—exclamó el dependiente con viveza.—Tú si que eres un mal criado y un bruto. Cuando la veo tan dulce, tan modesta, tan guapa, me da una lástima que... Aquí la tratan de un modo que da compasion...

—Pero los amos son muy buenos con ella; la han comprado un vestido, y D. Mauro quiere que sea su mujer.

Al oirlo Juan de Dios, se inmutó de tal modo, que le tuve miedo.

—¡Casarse con ella!—exclamó.—No, no; eso no puede ser.

—Bien es verdad, que si la muchacha no quiere, ¿por qué la han de obligar?

—Es verdad. No; no la obligarán.

Comprendí que convenia variar de táctica, demostrando mucho interés por la prisionera.

—Pues si ella no quiere—dije—será una obra de caridad sacarla de aquí.

—¿Tú crees le mismo?— me preguntó con ansiedad.

—Sí. Me da tanta lástima de la pobrecita, que si en mí consistiera, ya le hubiera abierto las puertas para que volara como un pajarito.

—Gabriel—me dijo Juan de Dios solemnemente, poniendo su mano sobre mi brazo,—si tú fueras un chico prudente y discreto, yo te confiaría un proyectillo..

No había más remedio que fingir gran indignación contra los Requejos, y así lo hice, diciendo:

—¡Pues no he de serlo! A mí puede Vd. confiarme lo que quiera, sobre todo si se refiere á esa niña, porque la tengo compasión, y si mi amo se empeña en maltratarla, no lo podré aguantar, y el mejor día...

—Nuestros patronos son muy crueles—dijo él con la gravedad de quien revela importante secreto.

—¿Qué dice Vd., crueles? Bárbaros y tacaños, que serian capaces de vender á Cristo por dos cuartos.

El semblante de Juan de Dios expresó cierto entusiasmo. Despues de vacilar un momento entre la seriedad y una sonrisa, se apretó el corazon con ambas manos, y me dijo:

—Gabriel, yo estoy enamorado, yo estoy loco.

—¿De quién? ¿Por quién?

—No me lo preguntes, y adivínalo. A tí sólo te lo digo: quiero que me ayudes. Veo que tienes buenos

sentimientos, y que aborreces á los carceleros de Inés. Pero tú no te has fijado bien en ella. ¿No te admira su resignacion, no te admira su modestia? Y sobre todo, Gabriel, ¿has visto alguna vez muchacha más linda? Díme, ¿te ha mirado alguna vez y no te has vuelto loco?

Juan de Dios lo parecia al decir estas palabras.

—Inés es una gran personita—respondí.—Hace usted bien en quererla, y mucho mejor en sacarla de aquí. ¿Pero no dicen que se casa Vd. con doña Restituta?

—¿Yo? estás loco... Antes de ahora he sido tan estúpido que llegué á creerme capaz de semejante desgracia. Pero ahora... ¿Has conocido mujer más repugnante que esa?

—No, no hay otra que la iguale en toda la tierra. Pero hablemos de Inés, que es lo que á Vd. le interesa.

—Sí, hablemos. ¡Ay! No sabes qué desahogo siento al confiarte este secreto. Yo necesitaba decírselo á alguien para no desesperarme. Desde que Inés entró en esta casa, yo experimenté una sensacion desconocida. Yo habia dicho muchas veces: «tanto como oigo hablar del amor, y yo no sé lo que es...» Pero ya sé lo que es... ¡Ay! he pasado toda mi vida trabajando como una bestia. Hace veinte años tuve algo con una mujer que vivia en mi casa; pero aquello no pasó de tres dias. Yo nací en Francia de pa-

dres españoles, me crié en un convento y cuando salí de él á los veinte años, estaba muy persuadido de que las mujeres todas eran el demonio, pues así me lo decían los padres del convento de Guetaria. Así es que cuando pasaba alguna cerca de mí, yo bajaba los ojos, cuidando de no mirarla. Siempre he sido melancólico y... no sé por qué me han disgustado las mujeres... Nunca voy á bailes ni á tertulias, y con tan uniforme vida me he vuelto tan triston que me aburro de mí mismo. Los domingos echo un paseo allá por los Melancólicos, y esto un año y otro, hasta que ahora... te contaré punto por punto. Cuando llegó Inés aquí, me pareció que no era como las mujeres que yo he visto siempre; quedéme asombrado contemplándola, y hasta se me figuró que la había visto en alguna parte; ¿dónde? ¡qué sé yo! sin duda dentro de mí mismo. Todo aquel día pensé en ella, y al día siguiente, que era domingo, me fuí después de oír misa, á mi paseo de los Melancólicos. Allí dí mil vueltas figurándome que hablaba con ella, y fueron tantas las cosas que le dije, que de seguro no cabrían en este libro grande. Pasó algún tiempo: Inés no me había mirado nunca, hasta que una noche... estábamos comiendo, yo fuí á coger un plato, y como me temblaba la mano, le dejé caer al suelo y se rompió. Restituta se puso á dar gritos, y D. Mauro me dijo no sé qué barbaridades. Entónces Inés alzó los ojos y me miró.

Cuando esto decia, Juan de Dios mostraba la incomparable satisfaccion del amante que ha recibido favor muy lisonjero de su dama.

—Pues ánimo—le dije:—la muchacha es linda y buena. Sáquela Vd. de aquí.

—¡Que si la saco! ¿Pues no la he de sacar?—exclamó con decision.—Resuelto estoy á ello. Pero necesito hablarla, Gabriel; necesito decirle lo que siento por ella. ¿Me corresponderá, crees tú que me corresponderá?

—Pero tonto, si quiere Vd. hablarla, ¿qué más tiene que ir á su cuarto y entrar? ¿Los amos no le dejan las llaves?

—Varias veces he intentado hablar con ella; he subido la escalera, he llegado junto á la puerta y al fin me he vuelto sin valor para decirle: «Inés, ¿oye usted una palabra?»

—Pues de esa manera no se consigue nada—le contesté.—¡Ah! Vea Vd. lo que me ocurre en este instante. Yo me pinto solo para esas comisiones. Me dá Vd. la llave, abro, entro y le digo que Vd. la quiere y discurre el modo de sacarla de aquí. ¿Qué le parece mi invencion?

—Te equivocas si crees que tengo la llave de su cuarto. Todas me las dejan menos esa.

—Entónces todo está perdido.

—No, porque voy á que un cerrajero me haga una por un modelo de cera, enteramente igual. Por de

pronto, ya que te ofreces á servirme, mira lo que he pensado. Aquí tengo un ramito de violetas que he comprado esta mañana. Se lo llevas, arrojándolo dentro por el tragaluz que está sobre la puerta, y le dices: «esto le manda á Vd. una persona que la ama,» pero sin mentarle quién es. Luego, otro dia que los amos salgan, le llevas una carta que estoy escribiendo en mi casa, y que tiene ya ocho pliegos de papel, con una letra como el sol. ¿Lo harás así?

—Todo lo que Vd. me mande.

—¡Ay, Gabriell! Desde que ella está en esta casa, me he vuelto todo del revés. Pero dí: ¿crees tú que Inés me querrá; lo crees tú? ¡Ay! yo de veras te digo que por verme amado de ella por todo el dia de hoy, consentiria mañana en perder la vida. Te juro que si supiera de cierto que no me puede querer, moriria. Si Inés me ama, seré tan feliz que... no sé lo que me pasará. Y tiene que ser, tiene que amarme; yo me la llevaré á una parte del mundo donde no haya gente, y allí, solitos los dos, ¿no es verdad que tendrá que quererme? Estoy ahora averiguando por qué camino se vá á una de esas islas desiertas, que segun dicen, hay no sé dónde... La sacaré de aquí, Gabriel; nos iremos ella y yo, si quiere bien, y si no tambien. Cuando llegue el caso, me creo capaz de todo; de matar al que quiera impedirmelo, de vencer cuantas dificultades se me opongan, de echarme á cuestras toda la tierra y beberme todo el



mar, si es preciso para mi fin... Gabriel, ¿llevarás á Inés el ramo de violetas? Yo tengo miedo de ir... cuando la hable una vez se me quitará esta turbación... ¿No es verdad?... ¿Crees tú que ella me amará?

La pasión de Juan de Dios tenía cierta ferocidad. Junto con la timidez más ingénuo, el corazón de aquel hombre abrigaba una determinación impetuosa y una energía suficientes para llevar adelante el más difícil propósito. El secreto confiado causóme tanto asombro como miedo, porque si bien el amor del mancebo podía ser un gran auxilio para la evasión de Inés, también podía ser obstáculo. Pensando en esto me separé de él, para llevar las violetas, sacadas de un cajón donde guardaba sus plumas: subí y púsome al habla con mi desgraciada amiga.

—Inés—le dije, arrojando el ramillete por el tragaluz—toma esas flores que he comprado para tí.

—Gracias—me contestó.

—Niñita mía—continué,—méte las en tu seno, para que la bruja de tu tía no las descubra. ¿Las has guardado ya?

—En eso estoy—repuso la dulce voz dentro del cuarto.—Vaya, ya están.

—Mira Inesilla, pon la mano sobre tú corazón y júrame que no has de querer á nadie, á nadie más que á mí; ni á D. Mauro, ni á Juan de... quiero decir... á nadie.

—¿Qué estás ahí hablando?

—Júramelo. Pronto estarás libre, palomá. Pero cuando seas señora, rica y condesa, y tengas palacio y lacayos y tierras, ¿me olvidarás? ¿Despreciarás al pobre Gabriel? Júrame que no me despreciarás.

La muchacha rió en su cárcel.

—Vaya, adios—añadí.—Ponte frente al agujero de la llave para verte; ¡qué guapa estás! Adios; me parece que ahí están tus simpáticos tios. Sí: ya siento la voz del buitre de D. Mauro. Adios.

## XXI

Aquella noche nos favorecieron doña Ambrosia de los Linos y el licenciado Lobo. La primera se quejó de no haber vendido ni una vara de cinta en toda la semana.

—Porque—decía—la gente anda tan azorada con lo que pasa, que nadie compra, y el dinero que hay se guarda por temor de que de la noche á la mañana nos quedemos todos en camisa.

—Pues aquí nada se ha hecho tampoco—dijo Requejo,—y si ahora no trajera yo entre ceja y ceja un proyecto para quedarme con la contrata del abastecimiento de las tropas francesas, puede que tuviéramos que pedir limosna.

—¿Y Vd. va á dar de comer á esa gente?—preguntó con inquietud doña Ambrosia.—¿Por qué no les echa Vd. veneno para que revienten todos?

—¿Pero no era Vd.—preguntó Lobo—tan amiga del francés, y decia que si Murat la miró ó no la miró?... Vamos, señora doña Ambrosia, ¿ha habido algo con ese caballero?

—¡Ay! Le juro á Vd. por mi salvacion que no he vuelto á ver á ese señor, ni ganas. ¡Demonios de franceses! ¿Pues no salen ahora con que vuelve á ser Rey mi Sr. D. Cárlos IV, y que el príncipe se queda otra vez príncipe? Y todo porque así se le antoja al emperadorcito.

—¡Bah!—dijo Lobo.—Pues ¿á qué ha ido á Búrgos nuestro Rey, si no á que le reconozca Napoleon?

—No ha ido á Búrgos, sino á Vitoria, y puede ser que á estas horas me le tengan en Francia cargado de cadenas. Si lo que quieren es quitarle la corona. Buen chasco nos hemos llevado, pues cuando creímos [que el Sr. de Bonaparte venia á arreglarlo todo, resulta que lo echa á perder. Parece mentira: deseábamos tanto que vinieran esos señores, y ahora si se los llevara Patillas con dos mil pares de los suyos, nos daríamos con un canto en los pechos.

—No: que se esten aquí los franceses mil años es lo que yo deseo—dijo Requejo.—Como me quede con la contrata ¡ay mi señora doña Ambrosia! puede

ser que el que está dentro de esta camisa salga de pobre.

—Quite Vd. allá. ¿Ni para qué queremos aquí franceses, ni *zamacucos*, ni *tragones*, ni nada de toda esa canalla que no viene aquí más que á comer? Pues ¿qué cree Vd.? muertos de hambre están ellos en su tierra, y harto saben los muy pillastres dónde lo hay. Si es lo que yo he dicho siempre. Dicen que si Napoleon tiene esta intencion ó la otra. Lo que tiene es hambre, mucha hambre.

—Yo creo que tenemos franceses por mucho tiempo—afirmó el licenciado—porque ahora... Luego que nuestro Rey sea reconocido, vienen acá juntos para marchar después sobre Portugal.

—¡Qué majadería!—exclamó la señora de los Linos.—Aquí nos están haciendo la gran jugarreta. Esta mañana estuvo en casa á tomarme medida de unos zapatos, el maestro de obra prima, ese que llaman Pujitos. Díjome que en el Rastro y en las Vistillas todos están muy alarmados, y que cuando ven un francés le silban y le arrojan cáscaras de frutas; díjome tambien que él está furioso, y que así como fué uno de los principales para derribar á Godoy, será tambien ahora el primero en alzarles el gallo á los franceses... ¡Ah! lo que es Pujitos mete miedo, y es persona que ha de hacer lo que dice.

—Si me quedo con la contrata, Dios quiera que no se levanten contra los franceses,—dijo Requejo.

—Si hay levantamiento—afirmó Restituta—y mueren unos cuantos cientos de docenas, esos ménos serán á comer. Siempre son algunas bocas ménos, y la contrata no disminuirá por eso.

—Has pensado como una doctora—dijo D. Mauro.—¿Pero y si se van?

—Se irán cuando nos hayan molido bastante—añadió doña Ambrosia.—Pues no tienen poca facha esos señores. Van por las calles dando unos taconazos y metiendo con sus espuelas, sables, carteras, chacós y demás ferretería, más ruido que una matraca... ¡Y cómo miran á la gente!... Parece que se quieren comer los niños crudos... por supuesto que ya les verá Vd. correr el día en que el español diga: «por ahí me pica, y me quiero rascar.»

—Eso es música—dijo Lobo.—Deje Vd. que vuelvan á Madrid el Rey y el Emperador, y verá como todo se arregla. D. Juan de Escoiquiz, que es amigo mio, y el primer diplomático de toda la Europa, me dijo antes de irse, que son unos bobos los que creen que Napoleon intenta destronar al rey de acá. Descuiden Vds. que como haya dificultades, mi canónigo las arreglará todas, que para eso le dió el Señor aquel talentazo que asusta.

—Napoleon no viene acá sino con la espada en la mano—continuó doña Ambrosia.—El padre Salmon de la órden de la Merced, que estuvo esta mañana en casa (y por cierto que se llevó media docena de

huevos como puños', me dijo que á él no se le escapa nada, y que tendremos guerra con los franceses. Napoleon nos está engañando como á unos dominiguillos. Ya vé Vd. hace quince dias se dijo que venia, y en palacio enseñaban las botas y el sombrero que habia mandado por delante. D. Lino Paniagua que vió aquellas prendas y las tuvo en su mano, me dijo que las botas eran grandísimas y casi tan altas como este cuarto. En cuanto al sombrero, dice que era tan grasiento, que un cochero simon no se le pondria, lo cual prueba que este emperador es un grandísimo gorrino, con perdon sea dicho.

—Veinte mil franceses tenemos aquí—dijo don Mauro con expresion meditabunda.—¡Mucho pan, mucho tocino, muchas patatas, mucho pimenton, mucha sal, mucha berza, han de entrar por veinte y cinco mil bocas! Y dicen que traen hambre atrassada.

—Por supuesto, hermano—dijo Restituta—el dinerito por adelantado.

D. Mauro tomó un papel, y con profunda abstraccion hizo cuentas.

—¿Y de lo que sobre en el almacen no se podrá traer lo necesario para el gasto de la casa?—preguntó la digna hermana.—Porque están los tiempos ¡ay! señora doña Ambrosia: no se gana nada...

—Vaya, vaya—dijo doña Ambrosia.—Poco mal y bien quejado. Más dinero tienen Vds. que las arcas

del Tesoro. Y á propósito, Restituta, ¿cuando se casa Vd.

—¡Jesús! ¿Quién piensa ahora en eso? No correprisa.

—No pensará lo mismo Juan de Dios. ¿Y usted, Inesita, cuando se decide?

—Ya está decidida—dijo vivamente Restituta.— La pícara harto disimula su satisfaccion. *Estela* tiene muy mimosa.

—Esto está muy bien: una niña bien criada debe hacer ascos al matrimonio hasta que llega el momento crítico. Pero hija, con la conversacion se me ha ido el tiempo: son las diez... Adios, adios.

Fuése doña Ambrosia, desfiló al poco rato Lobo, y habiendo subido á acostarse las dos mujeres, quedaron solos en la trastienda el patrono y el mancebo haciendo las cuentas de la contrata.

Yo me acosté y dormí profundamente; pero á eso de la media noche, y cuando recogido tambien el amo, reinaban en la casa el sosiego y la tranquilidad me desvelaron unos agudos gritos, que al punto reconocí como procedentes de la esprimida laringe de Restituta.

—Sin duda hay ladrones en la casa—dije levantándome.

Restituta llamaba angustiadamente á su hermano, el cual salió con una tranca, diciendo:

—¡Dónde están esos pícaros, dónde están para que

sepan si soy hombre que se deja quitar el fruto de su honradez!

—No son ladrones—dijo Restituta con voz temblorosa á causa de la ir;—no son ladrones, sino otra cosa peor.

—¿Pues qué son, con mil pares de diables?

—Es que...—continu la hermana, dirigiéndose al amo y  mí, que tambien habia acudido con un palo. —Inesilla... bien decia yo que esa muchacha nos dará que sentir... es una loca, una mujerzuela, una trapisondista, una perdida de las calles.

—A ver... ¿qué ha hecho?

—Pues yo velaba, ella dormía, y de repente empezó  hablar en sueños. ¡Ay, no s como no la estrangul! Primero pronunci algunas palabras que no pude entender, y después dijo así: «Juro que te querrá siempre; juro que te querrá cuando sea condesa, cuando sea princesa, cuando sea rica, cuando sea gran señora. Pero yo no quiero ser nada de eso sin t.» Estuvo callada un rato, y después siguió diciendo: «¡Cómo no he de quererte! Tú me arrancars del poder de estas dos fieras... ¡Ay! adios: siento la voz del buitre de mi tío. Adios...» Después la condenada niña, como si le parecieran poco estos insultos, llevse las palmas de las manos  su boquirrita, y se dió muchos besos. ¿Qué te parece, hermano? ¡No s cómo no la ahogó! Sin poderme contener, arrojme sobre ella; despertse despavori-



da, y al incorporarse se le cayó del pecho este ramo de violetas.

Al decir esto, Restituta mostraba en su trémula mano la terrible prueba del delito. Quedóse don Mauro aturullado y confuso, y luego tomando el ramo y mordiéndolo con rabia lo arrojó al suelo, donde fué pisoteado *alterno pede* por ambos furiosos hermanos.

—¡Con que dice que soy un buitre!—exclamó él echando chispas.—¡Un buitre! ¡Llamar buitre á un caballero como yo! ¡Bonito modo de pagar el pan que le doy! Ya le enseñaré los dientes á esa chiquilla. Pero ese ramo, ¿quién le ha dado ese ramo?

—Pero Mauro...

—Pero Restituta...

—Y más se confundían los dos, cuanto más se iritaban, y crecía su cólera á medida que aumentaba su aturdimiento, hasta que Requejo, recogiendo sus luminosas ideas en rápida meditacion, dijo:

—Tiene amores con algun mozalvete de las calles. ¿Habrá entrado aquí? Esto es para volverse loco. Gabriel, Gabriel, ven acá.

Al punto comprendí que estaba en peligro de hacerme sospechoso á mis feroces amos, y como en este caso me arrojarían de la casa, imposibilitando de un modo absoluto la realizacion de mi proyecto, hallé prudente el desorientarles con una invencion ingeniosa, que apartara de mí toda sospecha.

—Señor—dije á mi amo,—estaba esperando á que su merced acabara de hablar, para decirle alguna cosa que contribuya á descubrir esta picardia. Pues anoche cuando salí en busca del cuarteron de higos pasados, me pareció que ví en la calle á un señorito, el cual señorito miraba á estos balcones... y después, creyendo él que yo no le veía, arrojó una cosa...

—¡Ese, eso fué... el ramo!—exclamó Requejo.

—Anoche mismo—continué—pensaba decírselo á su merced; pero como estaba ahí esa señora, y después se quedaron Vd. y D. Juan de Dios haciendo números...

—¿Y ella se asomó al balcon?—preguntó Restituta.

—Eso no lo puedo asegurar, porque hacia oscuro y no ví bien. Pero encárguenme mis amos que esté ojo alerta, y no se me escapará nada. A fé que si Vds. me dieran la comision de vigilar á la niña cuando salen de casa, la niña no se reiria de nosotros.

—¡Esto no se puede aguantar!—exclamó fieramente D. Mauro.—Vaya, acuéstense todos, que mañana le leeré yo la cartilla á la señorita.

Retíreme á mi cuarto, y desde mi cama oia al espantoso Requejo, hablando con su hermana.

—Nada, nada, esta semana me casaré con ella. Si no quiere de grado será por fuerza... Estoy furioso,

estoy bramando. Mañana sabrá ella si soy yo Mauro Requejo, ó quiéa soy. La encerraremos en el sótano, sin darla de comer. ¿Acaso vale ella el mendrugo de pan con que le matamos el hambre? Le diremos que no probará bocado, ni beberá gota hasta que no consienta en ser mi mujer... La encerraremos en el sótano, sí señor, en el sótano. Y si no quiere, palos y más palos. A fé que tengo yo buena mano de almirez... ¡Llamarme buitre esa rapazuela de las calles!... Estoy furioso... me la comeria... Sí: que yo iba á dejarla escapar con el mozalvete del ramo... Se casará, sí, se casará, y si no, de aquí no sale, sino difunta... ¡Buen génio tengo yo!... Malas brujas me chupen, sino la caso conmigo mismo... Y si no quiere por blandas será por duras, la amarraré á un poste, la azotaré; la abriré en canal con el cuchillo de abrir las latas de pomada.

Requejo en aquel instante parecia un demonio escapado del infierno; y la primera luz de la aurora, entrando difícilmente en la oscura casa, le encontró despierto aún y vociferando como un insensato.

## XXII

Dicho y hecho: desde la mañana del dia siguiente, D. Mauro pareció dispuesto á llevar adelante su

bestial propósito, el de precipitar el martirio de Inés, *casándola consigo mismo*, como él decía en su bárbaro lenguaje. La táctica de amabilidad y de astuta dulzura, recomendada por el licenciado Lobo, se consideró inútil, siendo sustituida por un sistema de terror, que ponía en fecundo ejercicio las facultades todas de doña Restituta. Antes de partir á la reunión donde D. Mauro y otros dos comerciantes debían ponerse de acuerdo para la subasta del abastecimiento, mi amo tuvo el gusto de plantear por sí mismo el nuevo sistema. Dispuso que Inés no saldría de su cuarto ni para comer, que los vidrios y maderas de la ventanilla que daba á la calle de la Sal, se cerraran, asegurándolas por dentro con fuertísimos clavos, y que se colocara un centinela de vista dentro de la misma pieza, cuya misión á nadie podía corresponder más propiamente que á Restituta.

Ya no era posible, pues, ni ver á Inés, ni hablarla, ni prevenirla, porque todo indicaba que aquella tenaz vigilancia no concluiría sino cuando los Requejos vieran satisfecho su ardiente anhelo de casar á la muchacha consigo mismos. Por último, llegaron las vejaciones ejercidas contra Inés hasta el extremo de notificarle enérgicamente que no vería la luz del sol sino para ir á casa del señor vicario á tomar los dichos. La situación de Inés era por lo tanto insostenible y tan crítica, que me decidí á intentar re-

suertamente y sin esperar más tiempo, su anhelada libertad. Para hacer algo de provecho, era indispensable aprovechar un día en que ambas fieras, macho y hembra, salieran á la calle á cualquier negocio, pues pensar en la fuga mientras nuestros carceleros estuviesen en la casa, era pensar en lo excusado. D. Mauro, ocupado en su contrata, salía con frecuencia; pero Restituta, imperturbable como esfinge faraónica, no se movía de la casa, ni del cuarto, ni de la silla. Para vencer tan formidable dificultad, discurrí á fuerza de cavilaciones el siguiente medio.

Mi seductora ama tenía la costumbre, harto lucrativa, de asistir á todas las almonedas que se anunciaban en el *Diario*, y hacía lo con la benemérita intención de pescar muebles, colchones, ropas, adornos de sala y otros objetos, que adquiridos por poco precio, vendía después en dos ó tres prenderías de la calle de Tudescos, que eran de su exclusiva pertenencia, aunque no lo pareciese. Hácia el 15 de Abril tuvo noticia de un ajuar completo de ricos muebles puestos en almoneda en una casa de la plazuela de Afligidos. Habíales ella visto y examinado, y aunque le parecieron de perlas, no los tomó por que la dueña, que era viuda de un consejero de Indias, no se resignaba á entregar su única fortuna casi de balde. Regatearon; Restituta ofreció una cantidad alzada; más no fué posible la avenencia, y vol-

vióse aquella á su casa sin aflojar los cordones de la bolsa, aunque hartó se le conocia su desconsuelo por haber dejado escapar un negocio del tal importancia. Pues bien, sobre aquella almoneda, sobre aquel regateo, sobre este desconsuelo, fundé yo el edificio de la invencion que debia quitarme de delante á mi señora doña Restituta por unas cuantas horas.

Era un domingo, dia 1.º de Mayo. Salí por la mañana, y dirigiéndome á mi antigua casa, buscáronme allí una mujer que se encargó de llevar á doña Restituta el recado que puntualmente le dí. Estaba el ama, á las cuatro de la tarde, sentada en el cuarto de la costura, cuando se presentó mi comisionada en la casa, diciendo que la señora de la plazuela de Aflijidos consentia en dar los muebles á la señora de la calle de la Sal, por el precio que ésta habia tenido el honor de ofrecer.

Dió un salto en su asiento Restituta, y al punto su acalorada imaginacion ilusionóse con las pingües ganancias que iba á realizar. Se vistió con aquella ligereza viperina que le era propia, y despues de cerrar el balcon y la puerta de la habitacion de Inés, tuvo la condescendencia incomparable de entregarme la llave de la puerta que conducia á la escalerilla principal: encargó á Juan de Dios el mayor cuidado, y salió.

Quando la ví salir, respiré con indecible desaho-

go. Parecióme que huía para siempre, llevada en alas de vengadores demonios.

Ya no podia perder un instante, y dije á mi amiga desde fuera.

—Inesilla, prepárate. Recoge toda tu ropa, y aguarda un momento.

La única contrariedad consistía ya en que Juan de Dios descubriese mi intriga, oponiéndose á nuestra fuga; pero yo contaba con la facilidad que ha existido siempre para cegar por completo á quien ya tiene ante los ojos la venda del amor. Bajé á la tienda, y ya desde el primer momento advertí que la fortuna no me era muy favorable, porque Juan de Dios estaba en conversacion con dos militares franceses, y no era aquella ocasion á propósito para que me diera la llave falsificada que hacia falta.

Diré brevemente por qué estaban allí los dos franceses. Un oficial de administracion militar fué en busca de mi amo para hablarle de no sé que particularidades relativas al contrato de abastecimiento: acompañábase otro que me parecia teniente de la guardia imperial, el cual, entablada conversacion con Juan de Dios, habló en incorrecto español y dijo que era del pais vasco-francés. Como el hortera habia nacido y criádose en el mismo país, al punto se las echaron los dos de compatriotas, y hubo apretones de manos. El extranjero era un mozo alto y rubio, de modales corteses y simpática figura.

—¿No recuerda Vd. la familia Sajous, en Bayona?  
—dijo á Juan de Dios.

—¿Pues no la he de recordar? Mi padre, D. Blas Arroiz, estuvo de escribiente en casa de Mr. Hipólito Sajous, en Bayona, y despues en casa de otro Sajous en Saint-Sever—repuso Juan de Dios.

—El de Saint-Sever es mi padre—añadió el francés;—pero yo nací en Puyóo, donde aquel tiene una fábrica de tejidos. Me acuerdo de haber oido hablar en mi niñez de un administrador guipuzcoano que falleció en nuestra casa.

A este tenor continuaron hablando un cuarto de hora, hasta que al fin, despues de mútuas felicitaciones y ofrecimientos, despidióse el francés, prometiendo volver á visitarnos. Yo estaba tan impaciente, que necesité disimular mi agitacion para que no se me conociera en el semblante lo que traia entre manos. Sin perder tiempo, porque perderlo era perderme, dije á Juan de Dios:

—Vamos, amigo; este es el momento de entregar á la niña la carta amorosa que Vd. tiene escrita.

—Sí, chiquillo, aquí está—repuso mostrándome la epístola, que era un monumento caligráfico.—¿Qué te parece este trabajo? ¿Has visto alguna vez letra como ésta? Repara bien esa M y esa H mayúsculas. ¿Qué rasgos tan finos! Y esas letras con que pongo su nombre, ¿qué te parecen? Tres dias de ta-



rea eché en ese nombre divino, que es como el de Jesús

Endulza el alma y la lengua  
mas que con la miel y azúcar,  
con solo sus cinco letras.

Este no tiene más que cuatro; pero ¡qué perfiles! y toda la carta está lo mismo. No tiene más que once pliegos; pero me parece que es bastante. Como es la primera que le escribo, no debo marearla mucho: ¿no te parece?

—Me parece bien. Dos palabritas bien dichas, y basta por ahora. Pero lo que importa es llevársela cuanto ántes, pues la espera con impaciencia.

—¿Cómo que la espera? ¿Pues acaso tú le has dicho algo?

—No... verá Vd... Ella debe haberlo adivinado. Cuando la dí el ramo díjele que se lo mandaba una persona de la casa que la queria mucho y tenia pensado sacarla de aquí: ella lo besó.

—¡Lo besó!—exclamó el mancebo, tan conmovido, que algunas lágrimas asomaron á sus ojos.—¡Lo besó! Es decir, se lo llevó á sus divinos labios. ¡Ah! Gabriel, ¿crees tú que me corresponderá?

—No lo creo, sino que lo afirmo—respondí enérgicamente.—Pero venga la carta. Pues no se va á poner poco contenta. Ahora caigo en que me debe usted dar la llave que encargó al cerrajero, para que yo entre y le dé la carta en propia mano, porque no

está bien visto que una cosa de tanta importancia se arroje así... pues.

—No: la llave no te la daré—contestó—porque no necesitas entrar. Quiero que esté sola, para que se entregue á sus anchas al placer de la lectura. ¿Con que dices que lo recibió bien?

—Pero la llave, la llave... ¿No me dá Vd. la llave!

—No: la llave no te la doy. Déjala encerrada, que no faltará quien la saque pronto. ¡Ay! si me atreviera á ir yo mismo, y á hablarla... Pero no. En la carta le digo mi amor y mis proyectos; le digo que la sacaré pronto de esta espantosa esclavitud, y que será mi mujer, mi mujercita, pues nos casaremos en tierras lejanas... ¿Sabes tú por dónde se va á alguna de esas islas desiertas que nos cuentan...? Iremos; porque has de saber, Gabrielillo, que yo soy rico. Yo he guardado mis ganancias desde hace veinte años. Lo malo es que todo lo tengo en poder de los Requejos... pero ya, ya tomaré yo lo que me pertenece. Entre esta noche y mañana he de poner por obra mi plan. ¿Ves esta carta que tengo aquí para mi amo? pues de esto depende todo. Cuando él lea esta carta... pero esto es un secreto... punto en boca.

—¿De modo que no me dá Vd. la llave?

—No. ¿Para qué? No quiero que la veas, no quiero que la hables, cuando yo no la hablo ni la veo. Al considerar que si entras en su cuarto te ha de mirar,

siento unos celos... ¡Ay! yo me muero, Gabriel; yo no duermo, ni como, ni bebo. Si no tuviera que hacer me estaria dia y noche paseando por los Melancólicos. Esta es mi única delicia, pensar en ella, representármela en la imaginacion y entablar con ella unos diálogos que no tienen fin. A cada instante la abrazo y la beso á mis anchas, le pongo una flor en la cabeza, la llevo en mis brazos cuando está cansada, la arrullo, le canto para que se duerma y la visto por la mañana cuando despierta.

—Así es Vd. feliz—repuse;—pero si me diera usted la llave le contaria todo eso.

—No; yo se lo diré mañana, esta noche quizás—dijo Juan de Dios con exaltacion.—¿Pues qué crees tú que soy capaz de consentir un dia más los martirios que padece? Gabriel: á tí te puedo confiar mis planes. ¡Esta noche, esta noche quedará Inés en libertad! ¿Tú sabes por donde se vá á alguna isla desierta?... Anda lleva la carta, se la arrojas por el tragaluz; ¿entiendes? Pobrecita: qué dirá cuando vea que hay quien se interesa por ella, quien la adora, y está dispuesto á sacrificar vida, hacienda y honor... Así se lo he dicho esta mañana al Santísimo Sacramento y á la Virgen María. Todos los dias voy á misa y ruego por ella á Dios y á los Santos. Esta mañana cuando el cura alzaba el cáliz, le miré y dije: «Santísimo Sacramento de mi alma, yo amo á Inés. Si quieres que no la ame más que á tí, dámela. Nunca

te he pedido nada. Con ella seré bueno, sin ella será... lo que el demonio quiera.» Anda, Gabriel; llévale de una vez la esquelita.

A este punto llegábamos, cuando entró D. Mauro con dos amigos. Dióle Juan de Dios la carta de que antes me había hablado con tanto misterio, y cuando la hubo leído lanzó grandes exclamaciones de coraje, que á todos los presentes nos infundieron miedo. Al instante hizo salir á Juan de Dios con una comisión apremiante, y yo me retiré. Aunque el maniático no había querido entregar la llave, comprendí que no debía retroceder en mi empresa, y resuelto á todo, pensé en descerrajar la puerta de la prision de Inés. Favorecia este proyecto la circunstancia de estar Requejo en coloquio muy acalorado con sus dos amigos, y además ignorante de la ausencia de su hermana.

Pedí auxilio á Dios mentalmente, y despues de advertir á Inés para que estuviese preparada y me ayudase por dentro, cogí un pequeño barrote de hierro en figura de escoplo, que habia en la sala de los empeños, y comencé la delicada obra. El miedo de hacer ruido me obligaba á emplear poca fuerza, y la cerradura no cedia. Canté en alta voz para ahogar todo rumor, y al fin ayudado por Inés, que empujaba desde dentro, logré desquiciar una de las hojas, que tuvimos buen cuidado de sostener para que no viniese al suelo.

—Estás libre Inés, vámonos. Huyamos sin tardanza—exclamé con locura.—Si nos detenemos un instante estamos perdidos.

Nos dirigimos á la puerta que conducia á la escalera exterior. Abríla yo, y salimos. Ya oscurecia. Un hombre bajaba de los pisos superiores, y se juntó á nosotros en la meseta. Advertí que nos miraba con sorpresa: observéle yo á mi vez, y no pude menos detemblar reconociendo al licenciado Lobo, el cual extendiendo sus brazos como para detenernos, preguntó:

—¿A dónde ván Vds?

—¿Y á Vd. qué le importa?—dije con rabia viendo delante de mí obstáculo tan terrible.

Despues, considerando que contra semejante certícalo más convenia la astucia que la fuerza, añadí:

—Doña Restituta nos ha mandado salir en busca suya. Ha ido en casa de una amiga...

—Tú eres un picaron redomado—me contestó.—¿A dónde vás con esa muchacha? Tunantes: ¡os fugais de esta santa casa! Ya os arreglaré yo. Adentro pronto, si no quereis ir conmigo á la cárcel de Villa.

Mi desesperacion no tuvo límites, y ahora celebreno haber tenido en aquel momentō un puñal en mi mano, porque de seguro le hubiera partido el corazon al leguleño trapisonalista.

—¡Ah! pícaro ladron, ya te conozco, ya sé quién eres—continuó.—Esta noche precisamente pensaba

venir á ajustarte las cuentas... No te habia conocido, bribonzuelo; pero ya sé que clase de pájaro eres... Ya tenia ganas de cogerte entre mis uñas.

Y efectivamente me tenia tan cogido, que no se cómo no me desolló el brazo.

Inés lloraba. Lobo la asió tambien por un brazo y empujándonos hácia dentro, nos dijo:

—¡Qué á tiempo llegué, pimpollitos míos!

Hice un esfuerzo desesperado para desprenderme de sus garras y me desprendí. El entonces alzó el grito, exclamando:

—¡Que se me escapa ese tuno... ladrones... acudan acá!

Subió precipitadamente D. Mauro, reunióse en el portal alguna gente, y acertando á llegar Restituta, poco despues me encontraba entre ambos Requejos como Cristo entre los dos ladrones. Inés desmayada, era sostenida por el escribano.

## XXIII

—Pero si apenas puedo creerlo—exclamaba mi ama.—¡Con que la señorita huia con Gabriell Tuantante, ladroncillo, y cómo nos engañaba con su carita de Pásqua. Ven acá—añadió dándeme golpes.—¿A dónde ibas con Inesilla, mónstruo? ¿Qué te han

—¿dado por entregarla, ladron de doncellas? A la cárcel, á presidio pronto, si es que no le desollamos vivo. Pero dí, ¿robabas á Inés?

—¡Sí, vieja bruja!—respondí con furia.—¡Me iba con ella!

—Pues ahora vas á ir por el balcon á la calle—dijo D. Mauro, clavando en mi cuerpo su poderosa zarpa.

Francamente, señores, creí que habia llegado mi último instante entre aquellos tres bárbaros, que, cada cual segun su estilo peculiar, me mortificaban á porfía. De todos los golpes y vejaciones que allí recibí, les aseguro á Vds. que nada me dolia tanto como los pellizcos de doña Restituta, cuyos dedos, imitando los furiosos picotazos de un ave de rapiña, se cebaban allí donde encontraban más carne.

—Y sin duda fuiste tú quien mandó á aquella maldita mujer, para sacarme de la casa, pues en la plazuela de Afligidos no hay ya rastros de almoneada. Este chico merece la horca, sí, Sr. de Lobo, la horca.

—¡Y la muy andrajosa de mi sobrina se marchaba tan contenta!—dijo Requejo, encerrando de nuevo á Inés en el miserable cuartocho.

—Si tenemos metido el infierno dentro de la casa—añadió Restituta.—La horca, sí señor, la horca, Sr. de Lobo. No tiene Vd. pizca de caridad si no

se lo dice al señor alcalde de casa y córte. ¡Pero cómo nos engañaba este dragoncillo! Si esto es para morirse uno de rabia.

El leguleyo tomó entónces la autorizada palabra, y extendiendo sobre mi cabeza sus brazos en la actitud propia de esa tutelar justicia que ampara hasta los criminales, dijo:

—Moderen Vds. su justa cólera y óiganme un instante. Ya les he dicho que ahora nos ocupamos celosísimamente de hacer un benemérito espurgo descubriendo y desenmascarando á todas las indignas personas que fueron protegidas por el príncipe de la Paz; ese mónstruo, señora, ese vil mercader, ese infame favorito... ¡gracias á Dios que está caído y podemos insultarle sin miedo! Pues como decia, para que la nacion se vea libre de pícaros, á todos los que con él sirvieron, les quitamos ahora sus destinos, si no pagan sus crímenes en la cárcel ó en el destierro. Si vieran Vds., amigos míos, como me estoy luciendo en estas pesquisas; si oyeran ustedes los elogios que he merecido de los principales servidores de la real persona...

—Pero ¿á qué viene tanta palabrería—dijo impaciente Requejo—ni qué tiene eso que ver?...

—Tiene que ver...—prosiguió el hombre de la justicia—porque ¿qué dirán mis señores D. Mauro y doña Restituta al saber que éste tramposo y embaucador chicuelo aquí presente, recibió favores del



Príncipe, y es el mismo Gabrielillo que desde hace quince días estamos buscando con los hígados en la boca mi compañero y yo?

Los Requejos macho y hembra se miraron con espanto.

—Pues oigan Vds. y tiemblen de indignación— prosiguió el leguleyo.—El día ántes de su caída, el Sr. Godoy envió á la secretaría de Estado un volante mandando que se diese á este jóven una plaza en las oficinas de la interpretacion de lenguas. ¿Qué tal, señores? ¿Y por qué? dirán Vds. Porque este jóven parece que sabe latin, y compuso un poema en versos latinos; y algunos de esos alcahuetones que lo leyeron, fueron con el cuento al Príncipe, diciéndole que mi niño era un portento de sabiduría. ¡Mentiras y más que mentiras! Ya se vé; cuando en la secretaría de Estado recibieron el volante, se escandalizaron, porque ya habia caido el príncipe de la Paz, y aquellos eminentes repúblicos, despues de poner en la calle á Moratin, esperaron á que se presentara este prodigio, si no para colocarlo, para verlo al ménos. Pero yo ando tras el objeto de que coloquen allí á un primo mio que sabe tres lenguas, el valenciano, el gallego y el castellano; así es que al punto mi compañero y yo pusimos una *diligencia en busca* para tener antecedentes de esta buena pieza, y hemos conseguido probar: que en Aranjuez vivia con el curita D. Celestino; otrosí que todos

los días iban ambos á casa de Godoy; otrosí, que el chico le escribía las cartas y las traía á Madrid los domingos al embajador de Francia; otrosí, que se disfrazaba para entrar en cierta taberna á oír lo que se decía, y otras muchas bribonadas de que en el supradicho protocolo tengo hecha detallada mención.

—¡Jesús, Dios nos ampare! Al santo patrono de la tienda debemos el haber descubierto á tiempo lo que teníamos en casa—dijo Restituta.

—Por supuesto, que lo del latín era pura farsa.

—Pues no hay que andarse con chiquitas—dijo mi amo—sino entregarle á la justicia.

—Eso corre de mi cuenta—repuso Lobo.—Vere-mos qué responde á los cargos que se le hacen en la sumaria como cómplice del cura castrense de Aranjuez. A éste no le hemos podido coger, y según las noticias que hoy recibí, ha desaparecido del Real Sitio. Es seguro que ha venido á Madrid, y lo que es aquí no se nos escapa.

—¡Cuidado con el sabandijo que tenía yo en mi casa!—vociferó D. Mauro, amenazando segunda vez poner fin á mis días.—Sr. de Lobo, quítemelo, quítemelo Vd. de entre las manos, porque acabo con él. Estoy furioso. ¡Qué día, señor San Antonio de mi alma! ¡Qué día!

—Yo me encargaré del mocito—dijo Lobo.—Lo único que les pido, es que me lo guarden hasta mañana.

—¿Hasta mañana?

—Este bandolejo no puede quedar en la casa hasta mañana; no señor—objetó mi ama.

—¿No hay lugar seguro donde encerrarle?

—¡Oh! pierda Vd. cuidado; que si lo guardamos en el sótano, estará como en un sepulcro—dijo Requejo.—Dificililla es la salida, y puedo irme tranquilo.

—¿Pero te vas, hermano? ¿A dónde vas de noche?

—¿A dónde he de ir? ¡Mil pares de demonios! ¿A dónde he de ir sino á Navalcarnero? ¿No saben ustedes lo que me pasa? ¿No les he contado?

—Nada nos has dicho. Verdad es que con esta trapisonada de la sobrinita...

—Pues acabo de recibir una carta en que se me notifica que mi almacén de Navalcarnero ha sido robado. ¿Ves, hermana? ¡Esto es para volverse loco! Sí... me escribe D. Roque notificándome el robo, y diciéndome que acuda allí esta noche misma, si no quiero perderlo todo.

—¿Y vá Vd.?

—Ahora mismo voy á buscar coche. Conque vean ustedes qué desastre. ¡Ay, Restituta! Bien te dije que no dejaras de encender la vela al santo patrono. ¿Ves? Esto es un castigo.

—En el cielo no gustan despilfarros. ¿Vas allá? ¿Pero me dejas en la casa á este ladronzuelo?

—En el sótano, en el sótano: hasta mañana, hasta

que mi Sr. de Lobo disponga de él. ¿No puede hacerse cuenta de que le dejamos en la sepultura? Sólo Dios puede sacarlo.

—¿Pero me quedo sola? ¡Animas benditas!

—Juan de Dios vendrá á eso de las diez. Ya le he dicho que se quedará en casa esta noche.

La conferencia terminó aquí, y sin más palabras, me encerraron en el sótano, á cuyo subterráneo aposentamiento daba entrada una gran compuerta por bajo el piso de la trastienda. Yo estaba medio aletargado por la rabia y el despecho de aquella situación terrible. Sentí que me impulsaban escalera abajo. D. Mauro cerró el escotillon, riendo con ese gozo felino que dá la conciencia de la propia crueldad, y me encontré entre densas tinieblas. Mi amo habia dicho bien al asegurar que allí estaba como en un sepulcro. Sólo Dios podia sacarme.

Para que se comprenda si ellos tenían confianza en la seguridad de mi cárcel, baste decir que allí tenían parte de su fortuna en un arca de hierro. Cuando me encerraban en compañía de su dinero, ¿tendrían mis amos la conviccion de que era imposible la salida?

Hallábame en una de esas construcciones aboveadas con rosca de ladrillo, que sirven de fundamento á casi todas las casas de Madrid antiguas y modernas. Faltos de espacio superficial, los madrileños han buscado la extension hasta el cielo y hácia el

abismo, de modo que cada albergue es una torre colocada sobre un pozo. La de mis amos, no tenia en su sótano luces á la calle; la oscuridad era absoluta y el silencio tambien, excepto cuando pasaba algun coche. Extendiendo mis brazos á derecha, á izquierda y hácia arriba, tocaba ásperos ladrillos endurecidos por un siglo, no tan húmedos como los que describen los novelistas, cuando el hilo de sus obras les lleva á alguna mazmorra donde ocurren maravillosas aventuras. Como he dicho, ni un ruido lejano, ni un rayo de luz turbaban la paz de aquel antro donde era posible llegar al convencimiento de no existir, existiendo. Todo un arsenal de herramientas no habria bastado á proporcionarme escapatoria, y pensar en la fuga, habria sido pensar en lo absurdo. No tenia más consuelo que la resignacion, y me resigné. Estar allí dentro en plena soledad, en plena lobreguez, en pleno silencio, era como cuando cerramos los ojos encarcelándonos voluntariamente dentro de esa otra bóveda de nuestro pensamiento. Acostéme en el suelo rendido de fatiga y medité. Mi prision no me parecia otra cosa que una prolongacion de mi cerebro.

Quise pensar en varias cosas, pero no pude pensar más que en Dios. Reconociéndome absolutamente incapaz para vencer la desgracia, comprendí que la voluntad suprema habia arrojado sobre mí tan gran pesadumbre de males, y cruzándome de brazos,

incliné la cabeza esperando que la misma voluntad suprema me descargase de ella. Como esta esperanza me infundió pronto una fé que hasta entónces en pocas ocasiones habia tenido, creí firmemente que Dios me sacaria de allí, y con esta creencia empecé á adquirir un reposo moral y físico, precursor de cierto desvanecimiento parecido al sueño. El de la desgracia se diferencia mucho del sueño de todos los dias, así es que el mio fué conforme al angustioso estado de mi alma, un sueño de esos en que se representa el malestar real que experimentamos, en proporciones informes, estrámboticas, monstruosas. Percibía vagamente figuras y formas de esas que no pertenecen al mundo visible, ni á la humanidad, ni á la fauna ni á la flora, ni al cielo ni á la tierra, sino á cierta misteriosa geología, á yacimientos que contradicen todas las leyes de la estática y la dinámica; percibía una fantástica y continuada concatenacion de colores geométricos que se enredaban en mi cuerpo como culebras, y en aquella trasmutacion de lo físico y lo moral, se verificaba el fenómeno de que un color me dolía, y un objeto semejante á una espada, á un cangrejo ó á una arpa pronunciaba palabras incomprensibles. ¿Quién no ha desvariado alguna vez con estos sueños de lo absurdo? Las ideas se mezclan con las visiones, y éstas son aquellas y aquellas éstas. En aquel laberinto, en aquella aberracion, mi pensamiento formulaba sin cesar un silo-

gismo azul, verde, ahora con picos, despues con curvas, más tarde irradiado, luego concéntrico, en seguida poligonal y dorado, y al fin pequeño como un punto, para luego ser grande como el mundo. El perenne silogismo era: «La justicia triunfa siempre: los Requejos son unos pillos: Inés y yo somos personas honradas. Luego nosotros triunfaremos.»

Así pasé mucho tiempo en poder de estos demonios del sueño, cuando percibí una claridad que no irradiaba de los focos de mi imaginacion. ¿Estaba dormido ó despierto? Híceme esta pregunta, y al punto contesté que no sabia. La claridad aumentaba, y un chirrido metálico produjo en mí cierto estremecimiento. Me moví, miré y ví las paredes del sótano, la bóveda de ladrillo y multitud de cajas llenas y vacías; á mi izquierda una puerta que comunicaba á otro departamento subterráneo, y á mi derecha una escalera, por la cual descendia la claridad que llamaba mi atencion. Estaba indudablemente despierto, y así lo reconocí. Miré á la escalera, y ví dos piés que se trasladaban lentamente de peldaño á peldaño. La luz de una linterna me deslumbró: pero en el foco de la repentina claridad distinguí una cara amarilla. Era la de Juan de Dios; era Juan de Dios en persona.

## XXIV

Cuando me vió, su espanto fué tan grande, que la linterna con que se alumbraba estuvo á punto de caer de sus manos. Figuraos la impresion del que entra en un sepulcro, no creyendo, como es natural, encontrar nada vivo, y encuentra un hombre que se mueve y no parece pertenecer al mundo de los muertos. Juan de Dios se santiguó, y ya parecia dispuesto á huir como se huye de las apariciones de ultratumba, cuando le hablé para disipar su miedo.

—Juan de Dios, soy yo. ¿No sabia Vd. que estaba aquí?

—Gabriel, si lo veo y no lo creo. ¿Cómo has entrado aquí dentro?

—¿No sabe Vd. que me encerró D. Mauro, al sorprenderme en el momento de arrojar la carta á la señorita Inés? Acababa Vd. de salir.

—No habia vuelto hasta ahora. ¡Y te encerraron aquí! ¡qué casualidad! Estoy absorto. Pero dime, ¿la carta?...

—Ella la tiene. No hay cuidado por eso. Despues de habérsela dado, me entró tentacion de hablar con ella. Toque á la puerta, ¡ay! este fué el crítico momento en que se apareció doña Restituta. Puede us-



ted figurarse lo demás. Gracias á Dios que viene una buena alma para ponerme en libertad. Dios le ha enviado á Vd.

—Óyeme, Gabrielillo—añadió con más sosiego.— Ya te dije que mi fortunilla la tengo depositada en poder de los Requejos. Si se la pido de improviso estoy seguro de que no me la han de dar. Por consiguiente, yo la tomo. Mira lo que hay allí.

Señaló al fondo del sótano contiguo, y ví un arca de hierro. Juan de Dios prosiguió de este modo.

—Yo tengo mi conciencia tranquila. No cojo más que lo mio, y ántes moriría que tomar un ochavo más. Eso bien lo sabe el Santísimo Sacramento, que ya me conoce. Pero si en esta parte estoy tranquilo... ¡ay! ya le he dicho al Santísimo Sacramento que estoy loco de amor y que me perdone los dos grandes pecados que he cometido hoy:

—¿Y qué pecados son esos?

—Trabajo me cuesta el decirlo; pero allá van para empezar desde ahora á purgarlos con la vergüenza que me causan. Los dos pecados son: haber escrito una carta falsa á D. Mauro para obligarle á ir á Navalearnero, y haber hecho construir por un molde de cera la llave con que he entrado aquí, y la de la caja. La carta estaba perfectamente falsificada; las llaves no valen ménos.

—¿Con que eso va á toda prisa? ¿Y nuestra chiscuela?

—Esta noche me la llevo. ¡Ah! ya habrá leído la carta. La habrá leído, sabrá que la quiero poner en libertad, y su inquietud, su agonía, su zozobra entre la esperanza y el temor serán inmensas. Dentro de un rato será mía. ¿Cuento contigo?

—Para lo que Vd. quiera. Pues no faltaba más—dije discurrendo cual sería el mejor modo de hurlar á un mismo tiempo á doña Restituta y á su prometido esposo.

—¡Ay! tiemblo todo al pensar que pronto he de sacarla del poder de estas fieras—dijo Juan de Dios. —La pobrecita me estará esperando ya. ¿Qué te parece? ¡Ah! he preguntado á varias personas por una isla desierta, y nadie me ha dado razón. ¿Esas que llaman las Canarias son desiertas? ¿Sabés tú á dónde caen? Creo que allá por el gran golfo, ó como si dijéramos, entre la China y el Moro. ¿Por dónde se vá?

—De eso sí que no sé palotada—contesté tratando de dejar á un lado la geografía.—Pero vamos á ver: ¿cómo piensa Vd. engañar á doña Restituta?

—Eso no me inquieta. La amarraremos tapándole la boca, pero sin hacerle daño, porque es una buena mujer como no sea para criar sobrinas... y ya ves. Hacé veinte años que cómo el pan de esta casa. Si no fuera por esta terrible sofocacion que me ha entrado... Gabriel yo me vuelvo loco; lo que no te sabré decir es si me vuelvo loco de alegría ó de pena.

—¿Le parece á Vd.—dije, afectando officiosidad,—

que suba pasito á pasito á ver si doña Restituta dnerme ó vela?

—Bien pensado. Mejor es que te estés en la trastienda de centinela, y en caso de que sientas ruido en el entresuelo me avisas al instante. Yo despacharé eso fácilmente.

No esperé á que me lo repitiera y subí. No, Gabriel no subía, volaba. Mi resolución, prontamente tomada, llevóme sin vacilar al cuarto donde dormía Inés y velaba su feroz tia. Cuando ésta sintió mis pasos, cuando oyó que alguien se acercaba, cuando llegué al cuarto, y me puso ante su vista, su terror no tuvo límites. Como no comprendía la posibilidad material de mi evasión, y era además mujer supersticiosa, no creyó sino que yo era el diablo en persona, ó al ménos hombre protegido por todos los diablos del infierno. Quedóse muda de terror; quiso hablar y no pudo; quiso gritar y lanzó un aullido congojoso, cual si la apretaran el cuello. No queriendo yo perder un instante, me arrojé á sus plantas, exclamando con sofocante precipitación:

—Señora, ama mia, ama de mi corazón: óigame su merced, soy inocente. Perdóneme su merced. Quise revelarles á Vds. todo; pero aquellos hombres no me dejaron. Yo no intenté robar á Inés, quise sacarla de aquí para impedir que la robara su amante. ¿No sabe Vd. quién es? ¡Juan de Dios, Juan de Dios! ¡Ah! ¡señora! ¡y dudaba Vd. de mi fidelidad.

Restituta pasó del terror á la sorpresa, al asombro, al anegamiento, á la estupidez.

—¡Juan de Dios!—exclamó.—¡Juan de Dios! Mi... No, no puede ser... tú eres el demonio; Jesús, María y José. Por la señal de la santa Cruz...

—¿Qué cruz ni cruz? ¿Quiere Vd. la prueba? Pues tome Vd. esa carta que el caballero me dió para su novia—dije, entregándole la carta del mancebo.

Restituta la tomó en sus manos, frías como el mármol y temblorosas, recorrió muy deprisa sus once pliegos, examinó la firma y díjome despues:

—¿Estoy soñando? Tú... eres Gabriel... ¡Oh! yo estoy loca... Ese miserable, á quien hemos dado de comer...

—¿Aún lo duda Vd.?—dije.—Pues en este momento Juan de Dios está en el sótano abriendo el arca del dinero.

No me es posible hacer formar idea del salto que dió Restituta. Creo que hasta la silla saltó tambien arrastrada por el espantoso sacudimiento de los nervios de la hermana del Sr. D. Mauro.

—Venga Vd. y lo verá con sus propios ojos—exclamé tomándola de la mano é impeliéndola hácia afuera.

Restituta me siguió, porque la curiosidad, la rabia, el mismo terror, la impulsaban tras mí. Tropezó mil veces. Su cuerpo temblaba, y con frecuencia llevábase las manos á los desgredados pelos para ar-

rancarse algunos, ó para echarlos todos hácia atrás. El extravío de sus ojos á nada es comparable, y á mí mismo, que ya creia tenerla vencida, me causaba miedo.

Llegamos á la boca del escotillon, y allí, mientras heria nuestros ojos la ténue claridad que del sótano salía, oimos claramente ruido de monedas. Juan de Dios contaba sus ahorros de veinte años. Cuando el tímpano de Restituta fué afectado de aquel vibrante sonido, un estremecimiento nervioso como el producido en la organizacion humana por la descarga de poderosas pilas eléctricas, sacudió sus miembros, precipitándose ciegamente por la escalera, exclamó:

—¡Malvado! ¡Así nos pagas el pan de veinte años!

Aún no habian llegado los resbaladizos piés de mi ama al quinto peldaño, cuando la pesada puerta del escotillon cayó, lanzada por mis manos. No habia llave con que cerrar, porque Juan de Dios la habia quitado; pero al instante puse sobre la puerta una caja de latas de pomada, y luego dos, y luego cuatro, y despues un fardo de tela, y otro y otro encima. En diez minutos puse sobre la entrada de la que habia sido mi prision un peso tal, que cuatro hombres fuertes no hubieran podido levantarlo desde abajo.

Concluido esto subí. Inés, despavorida y aterrada, no sabia á qué santo encomendarse.

—¡Ya eres libre, Inés!—exclamé con la mayor alegría.—Vístete, vámonos pronto. No perder un momento: puede venir el amo.

Vistióse tan precipitadamente, que la ví medio desnuda. Pero ni ella con el gran azoramiento de la prisa cayó en la cuenta de que me estaba mostrando su lindo cuerpo, ni yo me cuidaba más que de ayudarla á vestir, poniéndole enaguas, medias, zapatos, ligas. Al fin salimos de la casa y huimos á toda prisa de la calle de la Sal por temor de encontrar al licenciado Lobo ó á mi amo. Hasta que no nos vimos en la Puerta del Sol, no tomamos aliento, y sintiéndome yo sin fuerzas, nos sentamos en un escalon junto á Mariblanca. Profundo silencio reinaba en la plaza: Madrid dormía sosegado y tranquilo. Paseé mi vista en derredor y no ví más que dos perros que se disputaban un hueso: el chorro de la fuente alegraba nuestras almas, con su parlero rumor.

—Ya estás libre, condesilla— dije reclinándome sobre el pecho de Inés.—Bendito sea Dios que nos ha sacado de allí. No te olvidaré nunca, horrenda noche de amargura; no te olvidaré nunca, risueña mañana de este día feliz. Estamos en lúnes, día 2 del mes de Mayo.

Un rato permanecí en aquella actitud, porque estaba rendido de cansancio. El día se acercaba y se sentían los primeros lejanos y vagos rumores, des-

perezos de la indolente ciudad que despierta. Por Oriente hácia el fin de la calle de Alcalá se veia el resplandor de la aurora, y cuando nos retirábamos, Inés y yo nos detuvimos un instante á contemplar el cielo que por aquella parte se teñia de un vivo color de sangre.

## XXV

Al entrar en mi casa, donde yo pensaba descansar un rato con Inés, ántes de emprender la fuga, encontramos al buen D. Celestino que habiendo llegado la noche anterior, creyó conveniente albergarse en mi humilde posada antes que en otra cualquiera de las de la córte. Ya le habia yo informado por escrito de la verdadera situacion de las cosas en casa de los Requejos, así es que desde luego guardóse de poner los piés en la famosa tienda. El y nosotros nos alegramos mucho de vernos juntos, y apenas teníamos tiempo para preguntarnos nuestras mútuas desgracias, pues ya habrán comprendido Vds. que las del bondadoso sacerdote no eran menores que las nuestras.

—Pero hijos míos—nos dijo,—Dios nos ha de proteger. ¿Cómo es posible que los malvados triunfen fácilmente de los rectos de corazon? Vosotros huís

de la maldad de aquellos dos hermanos, y yo tambien huyo, yo tambien vengo aquí ocultando mi nombre honrado, porque me persiguen como á un criminal.

Al decir esto, el buen anciano derramó algunas lágrimas y nosotros para consolarle, le animábamos presentándole el espectáculo de nuestra alegría, y contábamos entre risas y chistes las extravagancias y tacañerías de los tios de Inés.

—Dios nos ayudará—continuó el cura.—Veamos ahora cómo salimes de Madrid. ¡Oh que persecucion tan horrorosa! Me acusan de que fuí amigo del príncipe de la Paz. Ya lo creo que fuí amigo de S. A. No sólo amigo, sino aún creo que pariente. No puedes figurarte los lios que me han armado, Gabrielillo... y tambien te acusan á tí... ¡Has visto que pícaros!... Que si escribíamos cartas... que si tú las llevabas... Verdad es que yo fuí varias veces al palacio de S. A. para aconsejarle lo que me parecia conveniente para el bien de la nacion; pero nunca le dije nada, por que con esta mi cortedad de génio... En resúmen, hijo, sabiendo que me iban á prender, me puse en camino callandito, y pienso presentarme al señor Patriarca, para que disponga de mí. Pero oid lo mejor. ¿Creereis que ese tunante de Santurrias es quien más sañudamente me ha perseguido, dando testimonios falsos de mi conducta? Nada, nada; es cierto lo que yo dije en aquel sermon: ¿te acuerdas,



Gabriel? Dije que la ingratitud es el más feo monstruo que existe sobre la tierra. *Velissima et turpissima hydra*. ¡Quién lo habia de pensar!

—Ahora pensemos, señor cura, cómo nos las vamos á componer para salir de este laberinto. ¿A dónde vamos? ¿Qué recursos tenemos?

—Hijo mio, Dios no ha de desampararnos. Confíemos en él, y entre tanto aye un proyecto que esta madrugada me ha ocurrido. Hace ocho dias estaba en Aranjuez la señora marquesa de \*\*\*, persona discreta, muy temerosa de Dios, y de tan buen corazon, que remedia cuantas necesidades llegan á su noticia. Visitóme ella varias veces, la visité yo tambien, y segun me decia, mi trato le era sumamente agradable. Esto lo diria por urbanidad. Me preguntaba mucho por Inés, mostrando grandísimos deseos de conocerla, y cuando por última vez la ví, suplicóme encarecidamente que si alguna vez pasaba á la córte, no dejase de acudir á su casa, en compañía de mi sobrina. Esto me lo repitió muchas veces, y su empeño por ver á la sobrinilla, me ha llamado mucho la atencion.

—Tambien á mí—repuse.—Conozco á la señora marquesa, en cuyo palacio representé cierto papel de traidor, de que no quisiera acordarme. Era en la misma casa donde Vds. vivian.

—Pero la señora marquesa no vive ahora allí, pues durante la primavera se traslada á casa de su her-

mano; allá por la cuesta de la Vega, en un palacio que tiene muy amenos jardines, y espacioso horizonte hácia la parte del Manzanares. Allí encontraremos hoy á esa insigne señora, honor de la hispana grandeza. ¿Por qué no acudir á ella? Me ha dicho infinitas veces que desea servirme, tanto á mí como á mi sobrina, y que espera con ánsia el momento en que yo quiera usar de su poder y valimiento para cualquier asunto.

—En esa señora nos manda Dios un comisionado para salir de este apuro—dije yo sintiéndome con mayores ánimos.—Le contaremos lo que nos pasa, comprenderá con cuanta injusticia se nos persigue, y cuando vea á Inés... ¡Ay! se me figura que el empeño de la marquesa por ver á Inés no es simple curiosidad. En fin: visitaremosla hoy mismo y Dios dirá.

—Temo salir á la calle.

—Yo tambien; pero es preciso salir, pues no es cosa de que andemos por los tejados. Si quiere usted iré yo ahora mismo á casa de la señora marquesa, que ya me conoce, y diciéndole que voy de parte de Vd. le pintaré la situacion en que nos encontramos, hablándole tambien de Inesilla, que es sin duda lo que le interesa más.

—Me parece bien; ¿y si te ven?

—Iré por calles extraviadas, y en caso de apuro, no me faltan piernas con que perderme de vista.

Yo estaba dominado por vivísima excitación, y cuando adoptaba un plan, cada segundo que transcurria sin ponerlo por obra, parecíame un siglo. No me era posible entregarme al reposo sin dar aquel paso en un camino que me parecía conducir á lugar seguro en nuestro desgraciado aislamiento. Inés no podía descansar tampoco, y su espíritu, no repuesto del azoramiento y zozobra de la madrugada anterior, era impresionado fuertemente por cuanto veía. Asomábase á la ventana que caía hácia la calle de San José, frente al parque de artillería, y como la vivienda era piso principal bajando del cielo, se veía el gran patio interior de aquel establecimiento de guerra, con los cañones y demás pertrechos, puestos en ordenadas filas á un lado y otro.

—Esto que ves es el parque de artillería, hija—la dijo D. Celestino.—¿Ves? en aquellos grandes edificios se alojan los artilleros. Mira, salen algunos con un carro para ir á casa del abastecedor en busca de las provisiones.

—¿Y esas montañitas tan bonitas, formadas por cosas negras y redondas, iguales todas y puestas con mucho orden?—preguntó la muchacha, sin dar tregua á su admiración.

—Esas son balas, chicuela—repuso el clérigo.—Los hombres han inventado esos juguetes para matarse unos á otros.

—Esas balas se meten en los cañones que están

allí junto—dije yo, queriendo mostrar mi erudición —y poniendo también pólvora y un cartucho se dispara y es muy bonito. Hace un ruido, chiquilla, que se vuelve uno loco. ¡Si vieras cómo me lucí en el combate de Trafalgar! ¡Si tú me hubieras visto!... Lo ménos maté mil ingleses.

—Quiten para allá—exclamó con miedo D. Celestino.—Sólo de pensar que eso se dispara me pongo á temblar.

Y se retiraron de la ventana. Yo aconsejé á Inés que descansara, y salí á la calle despues que D. Celestino, echándome algunas bendiciones, rezó un *pater noster* por mi seguridad y buena suerte en la comision que iba á desempeñar.

Alejándome todo lo posible del centro de la villa, llegué á la plazuela de Palacio, donde me detuvo un obstáculo casi insuperable; un gran gentío, que bajando de las calles del Viento, de Rebeque, del Factor, de Noblejas y de las plazuelas de San Gil y del Tufo, invadia toda la calle Nueva y parte de la plazuela de la Armería. Pensando que seria probable encontrar entre tanta gente al licenciado Lobo, procuré abrirme paso hasta rebasar tan molesta compañía; pero esto era punto ménos que imposible, porque me encontraba envuelto, arrastrado por aquel inmenso oleaje humano, contra el cual era difícil luchar.

Yo estaba tan preocupado con mis propios asun-

tos, que durante algun tiempo no discurrí sobre la causa de aquella tan grande y ruidosa reunion de gente, ni sobre lo que pedia, porque indudablemente pedia ó manifestaba desear alguna cosa. Despues de recibir algunos porrazos y tropezar repetidas veces, me detuve arrimado al muro de Palacio, y pregunté á los que me rodeaban:

—¿Pero qué quiere toda esa gente?

—Es que se van, se los llevan—me dijo un chispero, y eso no lo hemos de consentir.

El lector comprenderá que no me importaba gran cosa que se fueran ó dejaran de irse los que lo tuvieran por conveniente, así es que intenté seguir mi camino. Poco habia adelantado, cuando me sentí cogido por un brazo. Estremecíme de terror creyendo que estaba nuevamente en las garras del licenciado; pero no se asusten Vds.: era Pacorro Chinitas.

—¿Con que parece que se los llevan?—me dijo.

—¿A los infantes? Eso dicen; pero te aseguro, Chinitas que eso me tiene sin cuidado.

—Pues á mí no. Hasta aquí llegó la cosa, hasta aquí aguantamos, y de aquí no ha de pasar. Tú eres un chiquillo y no piensas más que en jugar, y por eso no te importa.

—Francamente, Chinitas, yo tengo que ocuparme demasiado de lo que á mí me pasa.

—Tú no eres español—me dijo el amolador con gravedad.

—Sí que lo soy—repuse.

—Pues entónces no tienes corazon, ni eres hombre para nada.

—Sí que soy hombre y tengo corazon para lo que sea preciso.

—Pues entónces, ¿qué haces ahí como un marmolillo? ¿No tienes armas? Coge una piedra y rómpela la cabeza al primer francés que se te ponga delante.

—Han pasado sin duda cosas que yo no sé, porque he estado muchos dias sin salir á la calle.

—No, no ha pasado nada todavía, pero pasará. ¡Ah! Gabrielillo, lo que yo te decia ha salido cierto. Todos se han equivocado, ménos el amolador. Todos se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ya no tenemos Rey, ni más gobierno que esos cuatro carcamales de la Junta.

Yo me encogí de hombros, no comprendiendo por qué estábamos sin Rey y sin más gobierno que los cuatro carcamales de la Junta.

—Gabriel—me dijo mi amigo despues de un rato —¿te gusta que te manden los franceses, y que con su lengua que no entiendes, te digan «haz esto ó haz lo otro,» y que se entren en tu casa, y que te hagan ser soldado de Napoleon, y que España no sea España, vamos al decir, que nosotros no seamos como nos dá la gana de ser, sino como el Emperador quiera que seamos?

—¿Qué me ha de gustar? Pero eso es pura fanta-

sía tuya. ¿Los franceses son los que nos mandan? ¡Quía! Nuestro Rey, cualquiera que sea, no lo consentiría.

—No tenemos Rey.

—¿Pero no habrá en la familia otro que se ponga la corona?

—Se llevan todos los infantes.

—Pero habrá grandes de España y señores de muchas campanillas, y generales y ministros que les digan á los ministros: «Señores, hasta aquí llegó. Ni un paso más.»

—Los señores de muchas campanillas se han ido á Bayona, y allí andan á la greña por saber si obedecen al padre ó al hijo.

—Pero aquí tenemos tropas que no consentirán...

—El Rey les ha mandado que sean amigos de los franceses y que les dejen hacer.

—Pero son españoles, y tal vez no obedezcan esa barbaridad; porque dime: si los franceses nos quieren mandar, ¿es posible que un español de los que vistan uniforme lo consienta?

—El soldado español no puede ver al francés pero son uno por cada veinte. Poquito á poquito se han ido entrando, entrando, y ahora, Gabriel, esta baldosa en que ponemos los piés es tierra del emperador Napoleon.

—¡Oh, Chinitas! Me haces temblar de cólera. Eso

no se puede aguantar, no señor. Si las cosas van como dices, tú y todos los demás españoles que tengan vergüenza cogerán un arma, y entónces...

—No tenemos armas.

—Entónces, Chinitas, ¿qué remedio hay? Yo creo que si todos, todos, todos dicen: «vamos á ellos,» lo franceses tendrán que retirarse.

—Napoleon ha vencido á todas las naciones.

—Pues entónces echémonos á llorar y metámonos en nuestras casas.

—¿Llorar?—exclamó el amolador cerrando los puños.—Si todos pensarán como yo... No se puede decir lo que sucederá, pero... Mira: yo soy hombre de paz, pero cuando veo que estos condenados franceses se van metiendo callandito en España diciendo que somos amigos: cuando veo que se llevan engañado al Rey; cuando les veo por esas calles echando facha y bebiéndose el mundo de un sorbo; cuando pienso que ellos están muy creídos de que nos han metido en un puño por los siglos de los siglos, me dan ganas... no de llorar, sino de matar, pongo el caso, pues... quiero decir que si un francés pasa y me toca con su codo en el pelo de la ropa, levanto la mano... mejor dicho... abro la boca y me lo como. Y cuidado, que un francés me enseñó el oficio que tengo. El francés me gusta; pero allá en su tierra.



## XXVI

Durante nuestra conversacion, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente venidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informulados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan de improviso en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiracion. La campana de ese arrebató glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos á palpar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historia ejemplos como aquel, porque el sentimiento pátrio no hace milagros sino cuando es una condensacion colosal, una unidad sin discrepancias de ningun género, y por lo tanto una fuerza irresistible y superior á cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el génio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso génio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesion el patriotismo.

Estas reflexiones se me ocurren ahora recordando aquellos sucesos. Entónces, y en la famosa mañana

de que me ocupó, no estaba mi ánimo para consideraciones de tal índole, mucho ménos en presencia de un conflicto popular que de minuto en minuto tomaba proporciones graves. La ansiedad crecía por instantes: en los semblantes había más que ira, aquella tristeza profunda que precede á las grandes resoluciones, y mientras algunas mujeres proferían gritos lastimosos, oí á muchos hombres discutiendo en voz baja planes de no sé que inverosímil lucha.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió á aquel otro oficial español que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo les hostilizaban; pero al poco rato una pequeña fuerza francesa puso fin á aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise yo perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; más no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

—¡Qué viene la artillería!—exclamaron algunos.

Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hácia la calle Nueva (\*). La curiosidad pudo

---

(\*) Hoy de Bailén.

en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas; y ví caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado á muchos que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojar sobre los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersion, y corrieron todos hácia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas.» Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento ántes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, despues de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría á su casa, á la agena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente

preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiracion de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecian el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre 9 y 11 todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurreccion como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la Villa, la irrupcion de gente armada viniendo de los barrios bajos era considerable; mas por donde ví aparecer despues mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambres de chicos y algunos viejos fué por la plaza Mayor y los portales llamados de Bringas. Hacia la esquina de la calle de Milaneses, frente á la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una veintena de franceses que acudian á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecia á ninguna peripecia de los combates ordinarios, pues consistia en reunirse

súbitamente envolviéndose y atacándose sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario. Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas: pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desórden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento á mano; ni con la espantosa centuplicacion de pequeñas fuerzas que sin matar imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podia ménos de ser generosa; pues cuando los enemigos aparecian en número escaso, se abria para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrian á todo escape hácia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos cargaron sobre un grupo apostado en la esquina del callejon de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de ellos abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recién cargado, y la imprecacion de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el corajé de los hombres. La lucha

se trabó entónces cuerpo á cuerpo y á arma blanca.

Entretanto yo corrí hácia la Puerta del Sol buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano exclamando con frenesí: -

—¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí y denguno vale un rial. Canallas; ¿para qué os poneis bragas si teneis almas de pitimini?

—Mujer—dijo Chinitas cargando su escopeta—quítate de en medio. Las mujeres aquí no sirven más que de estorbo.

—Cobardon, calzonazos, corazon de albondiguilla—dijo la Primorosa pugnando por arrancar el arma á su marido.—Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañon de á ocho.

—Entónces uno de los de á caballo se lanzó al galope hácia nosotros blandiendo su sable.

—¡Menegilda! ¿tienes navaja?—exclamó la esposa de Chinitas con desesperacion.

—Tengo tres, la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

—¡Aquí estamos, espanta-cuervos!—gritó la maja tomando de manos de su amiga un cuchillo carnice-ro cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas á su corcel y despreciando los tiros se arrojó sobre el grupo. Yo ví

las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura espiraba con horrible pataleo, lanzando ardientes resoplidos, el soldado proseguía el combate ayudado por otros cuatro que á la sazón llegaron.

Chinitas, herido en la frente y con una oreja menos, se había retirado como á unas diez varas más allá, y cargaba un fusil en el callejón del Triunfo, mientras la Primorosa le envolvía un pañuelo en la cabeza, diciéndole:

—Si te moverás al fin. No parece sino que tienes en cada pata las pesas del reló del Buen Suceso.

El amolador se volvió hácia mí y me dijo:

—Gabrielillo, ¿qué haces con ese fusil? ¿Lo tienes en la mano para escarbarte los dientes?

En efecto, yo tenía en mis manos un fusil sin que hasta aquel instante me hubiese dado cuenta de ello. ¿Me lo habían dado? ¿Lo tomé yo? Lo más probable es que lo recogí maquinalmente, hallándome cercano al lugar de la lucha, y cuando caía sin duda de manos de algún combatiente herido; pero mi turbación y estupor eran tan grandes ante aquella escena, que ni aún acertaba á hacerme cargo de lo que tenía entre las manos.

—¿Pa qué está aquí esa lombriz?—dijo Primorosa

encarándose conmigo y dándome en el hombro una fuerte manotada.—Descosío: coge ese fusil con más garbo. ¿Tienes en la mano un cirio de procesion?

—Vamos: aquí no hay nada que hacer—afirmó Chinitas, encaminándose con sus compañeros hacia la Puerta del Sol.

Echéme el fusil al hombro y les seguí. La Primorosa seguía burlándose de mi poca aptitud para el manejo de las armas de fuego.

—¿Se acabaron los franceses?—dijo una maja mirando á todos lados. ¿Se han acabado?

—No hemos dejado uno pa simiente de rábanos—contestó la Primorosa.—¡Viva España y el Rey Fernando!

En efecto, no se veía ningun francés en toda la calle Mayor; pero no distábamos mucho de las gradas de San Felipe, cuando sentimos ruido de tambores, despues ruido de cornetas, despues pisadas de caballos, despues estruendo de cureñas rodando con precipitacion. El drama no habia empezado todavía realmente. Nos detuvimos, y advertí que los paisanos se miraban unos á otros, consultándose mudamente sobre la importancia de las fuerzas ya cercanas. Aquellos infelices madrileños habian sostenido una lucha terrible con los soldados que encontraron al paso, y no contaban con las formidables divisiones y cuerpos de ejército que se acampaban en las cercanías de Madrid. No habian medido los alcances



y las consecuencias de su calaverada, ni aunque los midieran, habrían retrocedido en aquel movimiento impremeditado y sublime que les impulsó á rechazar fuerzas tan superiores. Había llegado el momento de que los paisanos de la calle Mayor pudieran contar el número de armas que apuntaban á sus pechos, porque por la calle de la Montera apareció un cuerpo de ejército, por la de Carretas otro, y por la Carrera de San Jerónimo el tercero, que era el más formidable.

—¿Son muchos?—preguntó la Primorosa.

—Muchísimos, y también vienen por esta calle. Allá por Platerías se siente ruido de tambores.

Frente á nosotros y á nuestra espalda teníamos á los infantes, á los ginetes y á los artilleros de Austertlitz. Viéndoles, la Primorosa reía; pero yo... no puedo ménos de confesarlo... yo temblaba.

## XXVII

Llegar los cuerpos de ejército á la Puerta del Sol y comenzar el ataque, fueron sucesos ocurridos en un mismo instante. Yo creo que los franceses, á pesar de su superioridad numérica y material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que en vez de comenzar poniendo en juego la caballería,

hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron á funcionar los caballos, la guardia polaca llamada *noble*, y los famosos mamelucos cayeron á sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces ginetes. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mio, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante además de la Primorosa, un señor grave y bien vestido que parecía aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, á quienes yo de antiguo conocía.

Teníamos á mano izquierda el callejon de la Duda; como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo, dirigíamos nuestros tiros á los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir, que los tiradores formábamos una especie de retaguardia ó reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes, eran los que luchaban á arma blanca entre la caballería. Tambien de los balcones salían muchos tiros de pistola y gran número de armas arrojadas, como tiestos, ladrillos, pucheros, pesas de reló, etc.

—Ven acá, Júdas Iscariote—exclamó la Primoro-

sa, dirigiendo los puños hácia un mameluco que hacia estragos en el portal de la casa de Oñate.—¡Y no hay quien te meta una libra de pólvora en el cuerpol ¡Eh, so estantigual! ¿pa qué le sirve ese chisme? Y tú, Piltrafilla, echa fuego por ese fusil, ó te saco los ojos.

Las imprecaciones de nuestra generala nos obligaban á disparar tiro tras tiro.

Pero aquel fuego mal dirigido no nos valia gran cosa, porque los mamelucos habian conseguido despejar á golpes gran parte de la calle, y adelantaban de minuto en minuto.

—A ellos, muchachos—exclamó la maja, adelantándose al encuentro de una pareja de ginetes, cuyos caballos venian hácia nosotros.

Ustedes no pueden figurarse cómo eran aquellos combates parciales. Mientras desde las ventanas y desde la calle se les hacia fuego, los manolos les atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, ó saltaban, asiendo por los brazos al ginete. Este recibia auxilio, y al instante acudian dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusion, una mescolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencian al fin y avanzaban al galope, y cuando la multitud encontrándose libre se extendia hácia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso.

Perdí de vista á la Primorosa en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la ví reaparecer lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular á la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fué herido junto á mí: quise sostenerle; pero deslizándose de mis manos, cayó exclamando: «¡Muera Napoleon! ¡Viva España!»

Aquel instante fué terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella, que siendo yo de los más cercanos á la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendia del plomo y del hierro. En cambio era tan fuertemente comprimido contra la pared, que casi llegué á creer que moria aplastado. Aquella masa se replegó por la calle Mayer, y como el violento retroceso nos obligara á invadir una casa de las que hoy deben tener la numeracion desde el 21 al 25, entramos decididos á continuar la lucha desde los balcones. No achaquen Vds. á petulancia el que diga nosotros, pues yo, aunque al principio me ví comprendido entre los sublevados como al acaso y sin ninguna iniciativa de mi parte, despues el ardor de la refriega, el ódio contra los franceses que se comunicaba de corazon á corazon de un modo pasmoso, me indujeron á obrar enérgicamente en pró

de los míos. Yo creo que en aquella ocasión memorable hubiérame puesto al nivel de algunos que me rodeaban, si el recuerdo de Inés y la consideración de que corría algún peligro lo aflojaran mi valor á cada instante.

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo á las bohardillas: por todas las ventanas se hacía fuego arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba á mano. En el piso segundo un padre anciano, sosteniendo á sus dos hijas que medio desmayadas se abrazaban á sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí teneis pistolas; aquí teneis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcon, y perezcamos todos y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!»

Estas palabras reanimaban á las dos doncellas, y la menor nos conducía á una habitacion contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

—Quemad las esteras y arrojadlas ardiendo á la calle—nos dijo el anciano.—Animo, hijas mías. No lloreis. En este día el llanto es indigno aún en las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotras sabeis lo que es

España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleon!

Entretanto los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían las mayores atrocidades en la de Oñate.

—Ya entran, nos cogen y estamos perdidos—exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

—Subid á la bohardilla—nos dijo el anciano con frenesí—y saliendo al tejado, echad por el cañon de la escalera todas las tejas que podais levantar. ¿Subirán los caballos de estos mónstruos hasta el techo?

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban á los brazos de su padre, rogándole que huyese.

—¡Huir!—exclamaba el viejo.—No, mil veces no. Enseñemos á esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.

Los mamelucos subían. Estábamos perdidos. Yo me acordé de la pobre Inés, y me sentí más cobarde que nunca. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca

rompian el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido, acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y en efecto ví que habian abierto en la medianería un gran agujero, por donde podia pasarse á la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos á pasar; pero ántes de que estuviéramos del opuesto lado sentimos, á los mame-lucos y otros soldados franceses vociferando en las habitaciones principales: oyóse un tiro; despues una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió pasar no es para contado.

Cuando pasamos á la casa contigua, con ánimo de tomar inmediatamente la calle, nos vimos en una habitacion pequeña y algo oscura, donde distinguí dos hombres, que nos miraban con espanto. Yo me aterré tambien en su presencia, porque eran el uno el licenciado Lobo, y el otro Juan de Dios.

Habíamos pasado á una casa de la calle de Postas, á la misma casa en cuyo cuarto entresuelo habia yo vivido hasta el dia anterior al servicio de los Requejos. Estábamos en el piso segundo, vivienda del leguleyo trapisondista. El terror de éste era tan grande que al vernos dijo:

—¿Están ahí los franceses? ¿Vienen ya? Huyamos.

Juan de Dios estaba tambien tan pálido y alterado, que era difícil reconocerle.

—¡Gabriell! — exclamó al verme,—¡Ah! tunante; ¿qué has hecho de Inés?

—Los franceses, los franceses—exclamó Lobo saliendo á toda prisa de la habitacion y bajando la escalera de cuatro en cuatro peldaños.—¡Huyamos!

La esposa del licenciado y sus tres hijas, todas trémulas de miedo, corrian de aquí para allí, recogiendo algunos objetos para salir á la calle. No era ocasion de disputar con Juan de Dios, ni de darnos explicaciones sobre los sucesos de la madrugada anterior, así es que salimos á todo escape, temiendo que los mamelucos invadieran aquella casa.

El mancebo no se separaba de mí, mientras que Lobo, harto ocupado de su propia seguridad, se cuidaba de mi presencia tan poco como si yo no existiera.

—¿A dónde vamos?—preguntó una de las niñas en la calle.—¿A la calle de San Pedro la Nueva, en casa de la primita?

—¿Estais locas? ¿Frente al parque de Monteleon?

—Allí se están batiendo—dijo Juan de Dios. Dicen que se ha empeñado un combate terrible, porque la artillería española no quiere soltar el parque.

—¡Dios mio! ¡Corro allá!—exclamé sin poderme contener.

—¡Perro!—gritó Juan de Dios, asiéndome por un brazo.—¿Allí la tienes guardada?

—Sí, allí está—contesté sin vacilar.—Corramos.



Juan de Dios y yo partimos como dos insensatos en direccion á mi casa.

En nuestra carrera no reparábamos en los mil peligros que á cada paso ofrecian las calles y plazas de Madrid, y andábamos sin cesar, tomando las vias más apartadas del centro, con tantas vueltas y rodeos, que empleamos cerca de dos horas para llegar á la puerta de Fuencarral por los pozos de nieve. Por un largo rato, ni yo hablaba á mi acompañante, ni él á mí tampoco, hasta que al fin Juan de Dios, con voz entrecortada por el fatigoso aliento, me dijo:

—¿Pero tú sacaste á Inés para entregármela despues, ó eres un tunante ladron digno de ser fusilado por los franceses?

—Sr. Juan de Dios—repuse apretando más el paso.—No es ocasion de disputar, y vamos más á prisa, porque si los franceses llegan á meterse en mi casa...

—¡Cuánto se asustará la pobrecita! Pero dí, ¿por qué la sacaste, por qué me encontré encerrado en el sótano con aquella maldita mujer...? ¡Oh! me falta el aliento; pero no nos detengamos... ¿Inés no se asustó al verse en tu poder? ¿No te preguntó por mí, no te rogó que me llevases á su lado? ¡Qué confusion! ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién eres tú? ¿Eres un infame ó un hombre de bien? Ya me darás

cuenta y razon de todo. ¡Ay! cuando me encontré en el sótano con Restituta... ¿Ves este rasguño que tengo en la mano?..- Yo me quedé azorado y mudo de espanto cuando le ví. ¡Qué desdicha! Creo que fué castigo de Dios por los pecadillos de que te hablé... Ella me insultaba llamándome ladron, y á mí un sudor se me iba y otro se me venia. Luego tratamos de salir... La compuerta cerrada... ella parecia una gata rabiosa. ¿Ves este araño que tengo en la cara...? Descansemos un rato, porque me ahogo. ¿No llegamos nunca á tu casa? ¿Y mi Inés está allí? Pero tunante, modera un poco el paso y díme: ¿Inés me espera? ¿Te mandó en busca mia? ¿Sabe que á mí me debe su libertad? Gabriel, te juro que tengo la cabeza como una jaula de grillos, y que no sé que pensar. Cuando ví entrar á Restituta... ¿Cree-rás que no puedo apartar de mi memoria su repug-nante imágen? Lo que dije... aquellos dos pecadi-llos... Pero en cuanto Inés esté á mi lado, me con-fesaré... El Santísimo Sacramento sabe que mi in-tencion es buena, y que el inmenso, el loco amor que me domina es causa de todo... ¿Pero no hablas? ¿Estás mudo? ¿Inés me espera? Dímelo francamente y no me hagas padecer. ¿Está contenta, está triste? ¿Ella quiso desde luego salir contigo para esperar-me fuera?... ¡Mil demonios! ¿Cuándo llegamos á tu casa? Me aguarda, ¿no es verdad? Ahora la hablaré cara á cara por primera vez. ¿Sabes que me da ver-

güenza?... Pero ella quizás me dirá primero algunas palabras, dándome pié para que despues siga yo hablando como un cotorro. ¿Tú estás seguro de que leyó mi carta? Pues si la leyó, ya está al corriente de mi ardiente amor, y en cuanto me vea se arrojará llorando en mis brazos, dándome gracias por su salvacion. ¿No lo crees tú así? ¿Pero por qué callas? ¿Te has quedado sin lengua? ¿Qué le has dicho tú, que te ha dicho ella? ¿No te habló de aquel pasaje de la carta en que le decia que mi amor es tan casto como el de los ángeles del cielo... Me faltó decirle que mi corazón es el altar en que la adoro con tanto fervor como al Dios que hizo el mundo para todos y para nosotros una isla desierta llena de flores y pajaritos muy lindos que canten dia y noche... ¡Ah, Gabriel! ¿Sabes que soy rico? Cogí lo mio, aunque la condenada me clavó las uñas para arrebatármelo. ¡Cuánto luchamos! ¡Espantosa noche! Por fin, ya muy avanzado el dia, llega D. Mauro y abre el sótano para sacarte... Salimos Restituta y yo; ella está medio muerta. Su hermano, al vernos... ¡Jesús, cómo se pone! Despues de insultarnos, nos dice que tenemos que casarnos el mismo dia. Luego, al saber que Inés se ha fugado contigo, brama como un leon, arráncase los cabellos, y despues de amenazar con la muerte á su hermana y á mí, enciende las dos velas al santo patrono. Yo salgo de la casa sin contestar á nada, y como ya empiezan los tiros, me

refugio en la del licenciado Lobo... Todos están allí llenos de terror... los franceses, los franceses... ¡ban, bun! golpean un tabique, acudimos: se abre un agujero y apareces tú... ¿Pero llegaremos al fin? ¡Qué impaciente estará la pobrecita! Cuando me vea entrar, ella romperá á hablar, ¿no lo crees tú? Si no... yo estoy seguro de que me quedaré como una estátua. Si se me quitara esta vergüenza...

Yo no contestaba á ninguna de las atropelladas é inconexas razones de Juan de Dios, porque más que la verbosidad de aquel desgraciado, ocupaba mi mente la idea de los peligros que corrían Inés y su tío en mi casa. Nuestra marcha era sumamente fatigosa, pues algunas veces despues de recorrer toda una calle, teníamos que volver atrás huyendo de los mamelucos: otras veces nos detenía algun grupo compuesto en su mayor parte de mujeres y ancianos que con lamentos y gritos rodeaban un cadáver, víctima reciente de los invasores: más adelante veíamos desfilár precipitadamente pelotones de granaderos que hacían retroceder á todo el mundo; luego el espectáculo de una lucha parcial, tan encarnizada como las anteriores, era lo que de improviso nos estorbaba el paso.

En la calle de Fuencarral el gentío era grande, y todos corrían hácia arriba, como en dirección al parque. Oíanse fuertes descargas, que aterraron á mi acompañante, y cuando embocamos á la calle de la

Palma por la casa de Aranda, los gritos de los héroes llegaban hasta nuestros oídos.

Era entre doce y una. Dando un gran rodeo pudimos al fin entrar en la calle de San José, y desde lejos distinguí las altas ventanas de mi casa entre el denso humo de la pólvora.

—No podemos subir á nuestra casa—dije á Juan de Dios,—á ménos que no nos metamos en medio del fuego.

—¡En medio del fuego! ¡Qué horror! No: no espongamos la vida, Veo que tambien hacen fuego desde algun balcon. Escondámonos, Gabriel.

—No avancemos. Parece que cesa el fuego.

—Tienes razon. Ya no se oyen sino pocos tiros, y me parece que oigo decir: «victoria, victoria.»

—Sí, y el paisanaje se despliega, y vienen algunos hácia acá. ¡Ah! ¿No son franceses aquellos que corren hácia la calle de la Palma? Sí: ¿no vé Vd. los sombreros de piel?

—Vamos allá. ¡Qué algazara! Parece que están contentos. Mira cómo agitan las gorras aquellos que están en el balcon.

—Inés, allí está Inés, en el balcon de arriba, arriba... Allí está: mira hácia el parque, parece que tiene miedo y se retira. Tambien sale á curiosear don Celestino. Corramos y ahora nos será fácil entrar en la casa.

Después de una empuñada refriega, el combate

había cesado en el parque con la derrota y retirada del primer destacamento francés que fué á atacarlo. Pero si el crédulo paisanaje se entregó á la alegría creyendo que aquel triunfo era decisivo; los jefes militares conocieron que serian bien pronto atacados con más fuerzas, y se preparaban para la resistencia. Pacorro Chinitas, que había sido uno de los que primero acudieron á aquel sitio, se llegó á mí ponderándome la victoria alcanzada con las cuatro piezas que Daoiz había echado á la calle; pero bien pronto él y los demás se convencieron de que los franceses no habían retrocedido sino para volver pronto con numerosa artillería. Así fué en efecto, y cuando subiamos la escalera de mi casa, sentí el alarmante rumor de la tropa cercana.

El mancebo tropezaba á cada peldaño, circunstancia que cualquiera hubiera atribuido al miedo, y yo atribuí á la emocion. Cuando llegamos á presencia de Inés y D. Celestino, éstos se alegraron en extremo de verme sano, y ella me señaló una imagen de la Virgen, ante la cual habían encendido dos velas. Juan de Dios permaneció un rato en el umbral, medio cuerpo fuera y dentro el otro medio, con el sombrero en la mano, el rostro pálido y contraído, la actitud embarazosa, sin atreverse á hablar ni tampoco á retirarse, mientras que Inés, enteramente ocupada de mi vuelta, no ponía en él la menor atencion.

—Aquí, Gabriel—me dijo el clérigo,—hemos presenciado escenas de grande heroísmo. Los franceses han sido rechazados. Por lo visto, Madrid entero se levanta contra ellos.

Al decir esto, una detonacion terrible hizo estremecer la casa.

—¡Vuelven los franceses! Ese disparo ha sido de los nuestros, que siguen decididos á no entregarse. Dios y su santa Madre, y los cuatro patriarcas y los cuatro doctores nos asistan.

Juan de Dios continuaba en la puerta, sin que mis dos amigos, hondamente afectados por el próximo peligro hicieran caso de su presencia.

—Va á empezar otra vez—exclamó Inés huyendo de la ventana despues de cerrarla.—Yo creí que se habia concluido. ¡Cuántos tiros! ¡Qué gritos! ¿Pues y los cañones? Yo creí que el mundo se hacia pedazos; y puesta de rodillas no cesaba de rezar. Si vieras, Gabriel... Primero sentimos que unos soldados daban récios golpes en la puerta del parque. Despues vinieron muchos hombres y algunas mujeres pidiendo armas. Dentro del patio un español con uniforme verde disputó un instante con otro de uniforme azul, y luego se abrazaron, abriendo enseguida las puertas. ¡Ay! ¡Qué voces, qué gritos! Mi tio se echó á llorar y dijo tambien «¡viva España!» tres veces, aunque yo le suplicaba que callase para no dar qué hablar á la vecindad. Al momento empezaron los tiros

de fusil, y al cabo de un rato los de cañon, que salieron empujados por dos ó tres mujeres... El del uniforme azul mandaba el fuego, y otro del mismo traje, pero que se distinguía del primero por su mayor estatura, estaba dentro disponiendo cómo se había de sacar la pólvora y las balas... Yo me estremecía al sentir los cañonazos; y si á veces me ocultaba en la alcoba, poniéndome á rezar, otras podía tanto la curiosidad, que sin pensar en el peligro me asomaba á la ventana para ver todo... ¡Qué espanto! Humo, mucho humo, brazos levantados, algunos hombres tendidos en el suelo y cubiertos de sangre y por todos lados el resplandor de esos grandes cuchillos que llevan en los fusiles.

Una segunda detonacion seguida del estruendo de la fusilería, nos dejó paralizados de estupor. Inés miró á la Virgen, y el cura encarándose solemnemente con la santa imágen, dirigióle así la palabra:

—Señora: proteged á vuestros queridos españoles, de quienes fuisteis reina y ahora sois capitana. Dadles valor contra tantos y tan fieros enemigos, y haced subir al cielo á los que mueran en defensa de su pátria querida.

Quise abrir la ventana; pero Inés se opuso á ello muy acongojada. Juan de Dios, que al fin traspasó el umbral, se había sentado tímidamente en el borde de una silla puesta junto á la misma puerta, donde Inés le reconoció al fin, mejor dicho, advirtió su pre-



sencia, y ántes que formulara una pregunta, le dije yo:

—Es el Sr. Juan de Dios, que ha venido á acompañarme.

—Yo... yo...—balbució el mancebo en el momento en que la gritería de la calle apenas permitía oírle.  
—Gabriel habrá enterado á Vd...

—El miedo le quita á Vd. el habla—dijo Inés.—Yo también tengo mucho miedo. Pero Vd. tiembla, Vd. está malo...

En efecto, Juan de Dios parecía desmayarse, y alargaba sus brazos hácia la muchacha, que absorta y confundida no sabía si acercarse á darle auxilio ó si huir con recelo de visitante tan importuno. Yo estaba tan excitado, que sin parar mientes en lo que junto á mí ocurría, ni atender al pavor de mi amiga, abrí resueltamente la ventana. Desde allí pude ver los movimientos de los combatientes, claramente percibidos, cual si tuviera delante un plano de campaña con figuras movibles. Funcionaban cuatro piezas: he oído hablar de cinco, dos de á 8 y tres de á 4; pero yo creo que una de ellas no hizo fuego, ó sólo trabajó hácia el fin de la lucha. Los artilleros me parece que no pasaban de veinte; tampoco eran muchos los de infantería mandados por Ruiz; pero el número de paisanos no era escaso ni faltaban algunas heroicas amazonas de las que poco ántes ví en la Puerta del Sol. Un oficial de uniforme azul man-

daba las dos piezas colocadas frente á la calle de San Pedro la Nueva (\*). Por cuenta del otro del mismo uniforme y graduacion corrian las que enfilaban la calle de San Miguel y de San José (\*\*), apuntando una de ellas hácia la de San Bernardo, pues por allí se esperaban nuevas fuerzas francesas en auxilio de las que invadian la Palma Alta y sitios inmediatos á la iglesia de Maravillas. La lucha estaba reconcentrada entonces en la pequeña calle de San Pedro la Nueva, por donde atacaron los granaderos imperiales en número considerable. Para contrarestar su empuje los nuestros disparaban las piezas con la mayor rapidez posible, empleándose en ello lo mismo los artilleros que los paisanos; y auxiliaba á los cañones la valerosa fusilería que tras las tapias del parque, en la puerta, y en la calle, hacia mortifero é incesante fuego.

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas á la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados, no hacia gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada á

---

(\*) Hoy del Dos de Mayo.

(\*\*) Hoy de Daciz y Velarde.

jugar con ella, de modo que al verse heridos, antes les enfurecía que les desmayaba. Desde mi ventana abierta á la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacia esquina á las dos, así es que yo, teniendo siempre á los españoles bajo mis ojos, no distinguía á los franceses, sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del parque. Esto pasó una vez, y cuando lo ví parecióme que todo iba á concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos á otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y el ejemplo, y la pericia, y la inverosímil constancia de los dos oficiales de artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, mientras sus navajas, hacían estragos, rematando la obra de los fusiles. Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba á los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de artillería hacia uso de su sable con fuerte puño sin desatender el cañon cuya cureña servía de escudo á los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un pequeño grupo arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquellos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiracion de sus almas generosas, instrumentos de la concien-

cia nacional, se anticiparon á la declaracion de guerra por las juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó á abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colision, los gritos de unos y otros, la heroica embriaguez de los nuestros y tambien de los franceses, pues estos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existia el miedo, ni tampoco era posible resignarse á ser inmóvil espectador. Causaba rabia y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable lo desigual de las fuerzas, y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles á fuerza de constancia. A pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecia anunciar una segunda victoria. Así lo comprendian sin duda los franceses, retirados hácia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño á los veinte artilleros ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército completo; y la division de San Bernardino, mandada por Lefranc apareció hácia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al parque cercado de mezquinas tapias las proporciones de una fortaleza, y á la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por la fatiga y el perpétuo gritar. Cuando en aquel breve respiro me aparté de la ventana, ví á Juan de Dios completamente desvanecido. Inés estaba á su lado, presentándole un vaso de agua.

—Este buen hombre—dijo la muchacha—ha perdido el tino, ¡Tan grande es su pavor! Verdad que la cosa no es para ménos. Yo estoy muerta. ¿Se ha acabado, Gabriel? Ya no se oyen tiros. ¿Ha concluido todo? ¿Quién ha vencido?

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayóselé el vaso de las manos, y en el mismo instante entró D. Celestino, que observaba la lucha desde otra habitacion de la casa.

—Es la artillería francesa—exclamó.—Ahora es ella. Traen más de doce cañones. ¡Jesús, María y José nos amparen! Van á hacer polvo á nuestros valientes paisanos. ¡Señor de Justicia! ¡Virgen María, santa patrona de España!

Juan de Dios abrió sus ojos buscando á Inés con una mirada calmosa y apagada como la de un enfermo. Ella, en tanto, puesta de rodillas ante la imágen, derramaba abundantes lágrimas.

—Los franceses son innumerables—continuó el cura.—Vienen cientos de miles. En cambio los nuestros, son ménos cada vez. Muchos han muerto ya.

¿Podrán resistir los que quedan? ¡Oh! Gabriel, y usted, caballero, quièn quiera que sea, aunque presumo será español: ¿están Vds. en paz con su conciencia, mientras nuestros hermanos pelean abajo por la patria y por el Rey? Hijos míos, ánimo: los franceses van á atacar por tercera vez. ¿No veis cómo se aperciben los nuestros para recibirlos con tanto brio como ántes? ¿No oís los gritos de los que han sobrevivido al último combate? ¿No oís las voces de esa noble juventud? Gabriel, Vd., caballero, cualquiera que sea, ¿habeis visto á las mujeres? ¿Darán leccion de valor esas heróicas hembras á los varones que huyen de la honrosa lucha?

Al decir esto, el buen sacerdote, con una alteracion que hasta entónces jamás había advertido en él, se asomaba al balcon, retrocedia con espanto, volvia los ojos á la imágen de la Vírgen, luego á nosotros, y tan pronto hablaba consigo mismo como con los demás.

—Si yo tuviera quince años, Gabriel—continuó—si yo tuviera tu edad... Francamente, hijos míos, yo tengo muchísimo miedo. En mi vida habia visto una guerra, ni habia oido jamás el estruendo de los mortíferos cañones; pero lo que es ahora cogeria un fusil, sí señores, lo cogeria... ¿No veis que va escaseando la gente? ¿No veis como los barre la metralla?... Mirad aquellas mujeres que con sus brazos despedazados empujan uno de nuestros cañones

hasta embocarle en esta calle. Mirad aquel monton de cadáveres del cual sale una mano increpando con terrible gesto á los enemigos. Parece que hasta los muertos hablan, lanzando de sus bocas exclamaciones furiosas... ¡Oh! yo tiemblo, sostenedme; no, dejadme tomar un fusil, lo tomaré yo. Gabriel, eaballero, y tú tambien, Inés; vamos todos á la calle, á la calle. ¿Oís? Aquí llegan las vociferaciones de los franceses. Su artillería avanza. ¡Ah! perros: todavía somos suficientes, aunque pocos. ¿Quereis á España, quereis este suelo? ¿Quereis nuestras casas, nuestras iglesias, nuestros reyes, nuestros santos? Pues ahí está, ahí está dentro de esos cañones lo que quereis. Acercaos... ¡Ah! Aquellos hombres que hacian fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un fusil cambia de mano, porque ántes de que pierda el calor de los dedos heridos que lo sueltan, otros lo agarran... Mirad: el oficial que los manda parece contrariado, mira hácia el interior del parque y se lleva la mano á la cabeza con ademan de desesperacion. Es que les faltan balas, les falta metralla. Pero ahora sale el otro con una cesta de piedras... sí... son piedras de chispa. Cargan con ellas, hacen fuego... ¡Oh! que vengan, que vengan ahora. ¡Miserables! España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros... Pero ¡ay! los franceses parece que están cerca. Mueren muchos de los nues-

tros. Desde los balcones se hace mucho fuego; mas esto no basta. Si yo tuviera veinte años... Si yo tuviera veinte años, tendria el valor que ahora me falta, y me lanzaria en medio del combate, y á palos, sí señores, á palos, acabaria con todos esos franceses. Ahora mismo, con mis sesenta años... Gabriel, ¿sabes tú lo que es el deber? ¿Sabes tú lo que es el honor? Pues para que lo sepas, oye: Yo que soy un viejo inútil, yo que nunca he visto un combate, yo que jamás he disparado un tiro, yo que en mi vida he peleado con nadie, yo que no puedo ver matar un pollo, yo que nunca he tenido valor para matar un gusanito, yo que siempre he tenido miedo á todo, yo que ahora tiemblo como una liebre y á cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy á bajar al instante á la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino para alentar á esos valientes, diciéndoles en castellano aquello de *¡Dulce et decorum est pro patria mori!*

Estas palabras, dichas con un entusiasmo que el anciano no habia manifestado ante mí sino muy pocas veces, y siempre desde el púlpito, me enardeció de tal modo que me avergoncé de reconocermé cobarde espectador de aquella heroica lucha sin disparar un tiro, ni lanzar una piedra en defensa de los míos. A no contenerme la presencia de Inés, ni un instante habria yo permanecido en aquella situacion. Despues cuando ví al buen anciano precipitarse fuera de la



casa, dichas sus últimas palabras, miedo y amor se oscurecieron en mí ante una grande, una repentina iluminacion de entusiasmo, de esas que rarísimas veces, pero con fuerza poderosa, nos arrastran á las grandes acciones.

Inés hizo un movimiento como para detenerme pero sin duda su admirable buen sentido comprendió cuánto habria desmerecido yo á mis propios ojos cediendo á los reclamos de la debilidad, y se contuvo ahogando todo sentimiento. Juan de Dios, que al volver de su desmayo era completamente extraño á la situacion que nos encontrábamos, y no parecia tener ojos ni oídos más que para espectáculos y voces de su propia alma, se adelantó hácia Inés con ademán embarazoso, y le dijo:

—Pero Gabriel la habrá enterado á Vd. de todo. ¿La he ofendido á Vd. en algo? Bien habrá comprendido Vd...

—Este caballero—dijo Inés—está muerto de miedo, y no se moverá de aquí. ¿Quiere Vd. esconderse en la cocina?

—¡Miedo! ¡Que yo tengo miedo!—exclamó el mancebo con un repentino arrebató que le puso encendido como la grana.—¿A dónde vas, Gabriel?

—A la calle—respondí saliendo.—A pelear por España. Yo no tengo miedo.

—Ni yo, ni yo tampoco—afirmó resuelta, furiosamente Juan de Dios corriendo detrás de mí.

## XXVIII

Llegué á la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habian perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruian el suelo. La colocada hácia Poniente habia de resistir el fuego de las de los franceses, sin más garantía de superioridad que el heroismo de D. Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno, y me situé junto á la entrada del parque, desde donde podia hacer fuego hácia la calle Ancha, resguardado por el machon de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada, en la persona de Pacorro Chinitas, que incorporándose entre un monton de tierra y el cuerpo de otro infeliz ya moribundo, hablóme así con voz desfallecida:

—Gabriel, ya me acabo; yo no sirvo ya para nada.

—Animo, Chinitas—dije devolviéndole el fusil que caia de sus manos,—levántate.

—¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá: yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mia y de este compañero que ahora se vá... Ya espiró...

Adios, Juancho: tú al ménos no verás á los franceses en el parque.

Hice fuego repetidas veces, al principio muy torpemente, y despues con algun acierto, procurando siempre dirigir los tiros á algun francés claramente destacado de los demás. Entre tanto, y sin cesar en mi faena, oí la voz del amolador que apagándose por grados decia: «Adios, Madrid, ya me encandilo... Gabriel, apunta á la cabeza. Juancho que ya estás tieso, allá voy yo tambien: Dios sea conmigo y me perdone. Nos quitan el parque; pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro dia. Gabriel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán á la bayoneta. Toma la mia. Allí está junto á la pierna que perdí... ¡Ay! ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! ¿De dónde viene ese humo? Gabriel, cuando esto se acabe, ¿me darás un poco de agua? ¡Qué ruido tan atroz!... ¿Por qué no traen agua? ¡Agua, Señor Dios Poderoso! ¡Ah! ya veo el agua; ahí está. La traen unos angelitos; es un chorro, una fuente, un rio...»

Cuando me aparté de allí, Chinitas ya no existia. La debilidad de nuestro centro de combate me obligó á unirme á él, como lo hicieron los demás. Apenas quedaban artilleros, y dos mujeres servian la pieza principal, apuntada hácia la calle Ancha.

Era una de ellas la Primorosa, á quien vi soplando fuertemente la mecha, próxima á extinguirse.

—Mi general—decia á Daoiz.—Mientras su merced y yo estemos aquí, no se perderán las Españas ni sus Indias... Allá va el petardo... Venga ahora acá el *destupidor*. Como rempuja pa trás este animal cuando suelta el tiro. ¡Ah! ¿Ya estás aquí, Tripita?—exclamó al verme.—Toca este instrumento y verás lo bueno.

El combate llegaba á un extremo de desesperacion; y la artillería enemiga avanzó hácia nosotros. Animados por Daoiz, los heróicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa que se destacaba en pequeños pelotones de la fuerza enemiga.

—¡Ea!—gritó la Primorosa cuando recomenzó el fuego de cañon.—Atrás, que yo gasto malas bromas. ¿Vió Vd. cómo se fueron, señor general? Sólo con mirarles yo con estos recelestiales ojos, les hice volver pa trás. Van muertos de miedo. ¡Viva España y muera Napoleon!... Chinitas, ¿no está por ahí Chinitas? Ven acá, cobarde, calzonazos.

Y cuando los franceses, replegando su infantería, volvieron á cañonearnos, ella, despues de ayudar á cargar la pieza, prosiguió gritando desesperadamente:

—Renacuajos, volved acá. Ea, otro paseito. Sus mercedes quieren conquistarme á mí, ¿no verdá?

Pos aquí me teneis. Vengan acá: soy la reina, si señores, soy la emperadora del Rastro, y yo acostumbro á fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto ménos. ¿Quieren Vds. una chupadita? Pos allá vá. Desapártense pa que no les salpique la saliva, si no...

La heroica mujer calló de improviso, porque la otra maja que cerca de ella estaba, cayó tan violentamente herida por un casco de metralla, que de su despedazada cabeza saltaron salpicándonos repugnantes pedazos. La esposa de Chinitas, que tambien estaba herida, miró el cuerpo espirante de su amiga. Debo consignar aquí un hecho trascendental; la Primorosa se puso repentinamente pálida, y repentinamente séria. Tuvo miedo.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos ví un brazo azul con charreteras de capitán. Pertenece á D. Luis Daoiz, que herido en la pierna, hacia esfuerzos por no caer al suelo y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo al rededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándolos convulsamente al cielo, apretando los dientes y mordiendo despues el pomo de su sable, lanzó una imprecacion, una blasfemia, que habria hecho desplomar el firmamento, si lo de arriba obedeciera á las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulacion y cesaron

los fuegos. El jefe de las fuerzas francesas acercóse á nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de la rendicion, habló á Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entónces aquellas célebres palabras: *Si fuerais capaz de hablar con vuestro sable, no me tratariais así.*

El francés, sin atender á lo que le decia, llamó á los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narracion posible, porque todo acabó. Los franceses se arrojaron sobre nosotros con empuje formidable. El primero que cayó fué Daoiz, traspasado el pecho á bayonetazos. Retrocedimos precipitadamente hácia el interior del parque todos los que pudimos, y como aun en aquel trance espantoso quisiera contenernos D. Pedro Velarde, le mató de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados á cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más honda, y allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira, indicaban con sus alaridos al aterrado vecindario que Monteleón habia quedado por Bonaparte.

Difícilmente salvamos la vida, y no fuimos muchos los que pudimos dar con nuestros fatigados cuerpos en la huerta de las Salesas Nuevas ó en el

quemadero. Los franceses no se cuidaban de perseguirnos, ó por creer que bastaba con rematar á los más próximos, ó porque se sentian con tanto cansancio como nosotros. Por fortuna, yo no estaba herido sino muy levemente en la cabeza, y pude ponerme á cubierto en breve tiempo: al poco rato ya no me preocupaba sino de volver á mi casa, donde suponía á Inés en penosa angustia por mi ausencia. Cuando traté de regresar hallé cerrada la puerta de Santo Domingo; y tuve que andar mucho trecho buscando el portillo de San Joaquín. Por el camino me dijeron que los franceses, despues de dejar una pequeña guarniciou en el parque, se habian retirado. Dirigíme con esta noticia tranquilamente á casa, y al llegar á la calle de San José, encontré aquel sitio inundado de gente del pueblo, especialmente de mujeres, que reconocian los cadáveres. La Primorosa habia recogido el cuerpo de Chinitas. Yo ví llevar el cuerpo, vivo aún, de Daoiz en hombros de cuatro paisanos, y seguido de apiñado gentío. D. Pedro Velarde of que habia sido completamente desnudado por los franceses, y en aquellos instantes sus deudos y amigos estaban amortajándole para darle sepultura en San Márcos. Los imperiales se ocupaban en encerrar de nuevo las piezas, y retiraban silenciosamente sus heridos al interior del parque: por último, ví una pequeña fuerza de caballería polaca, estacionada hácia la calle de San Miguel.

Ya estaba cerca de mi casa, cuando un hombre cruzó á lo lejos la calle, con tan marcado ademán de locura, que no pude ménos de fijar en él la atención. Era Juan de Dios, y andaba con pié inseguro de aquí para allí como demente ó borracho, sin sombrero, con el pelo en desórden sobre la cara, las ropas destrozadas y la mano derecha envuelta en un pañuelo manchado de sangre.

—¡Se la han llevado!—exclamó al verme, agitando sus brazos con desesperacion.

—¿A quién?—pregunté, adivinando mi nueva desgracia.

—¡A Inés!... Se la han llevado los franceses; se han llevado tambien á aquel infeliz sacerdote.

La sorpresa y la angustia de tan tremenda nueva me dejaron por un instante como sin vida.

## XXIX

—Una vez que tomaron el parque—continuó Juan de Dios,—entraron en esa casa de la esquina y en otra de la calle de San Pedro para prender á todos los que les habian hecho fuego, y sacaron hasta dos docenas de infelices. ¡Ay, Gabriel, que consternacion! Yo entraba en la taberna para echarme un poco de agua en la mano... porque sabrás que una



bala me llevó dos dedos... entraba en la taberna y ví que sacaban á Inés. La pobrecita lloraba como un niño y volvía la vista á todos lados, sin duda buscándome con sus ojos. Acerquéme, y hablando en francés, rogué al sargento que la soltase; pero me dieron tan fuerte golpe que casi perdí el sentido. ¡Si vieras como lloraba la pobrecita, y cómo miraba á todos lados, buscándome sin duda!... Yo me vuelvo loco, Gabriel. El buen eclesiástico subía la escalera cuando lo cogieron, y dicen que llevaba un cuchillo en la mano. Todos los de la casa están presos. Los franceses dijeron, que desde allí les habían tirado una cazuela de agua hirviendo. Gabriel, si no ponen en libertad á Inés, yo me muero, yo me mato, yo les diré á los franceses que me maten.

Al oír esta relación, el vivo dolor arrancó al principio ardientes lágrimas á mis ojos; pero despues fué tanta mi indignacion, que prorumpí en exclamaciones terribles y recorrí la calle gritando como un insensato. Aún dudé; subí á mi casa, encontréla desierta; supe de boca de algunos vecinos consternados la verdad, tal como Juan de Dios me la habia dicho, y ciego de ira, con el alma llena de presentimientos siniestros, y de inexplicables angustias, marché hácia el centro de Madrid, sin saber á donde me encaminaba, y sin que me fuera posible discurrir cuál partido seria más conveniente en tales circunstancias. ¿A quién pedir auxilio, si yo á mi vez era

también injustamente perseguido? A ratos me alentaba la esperanza de que los franceses pusieran en libertad á mis dos amigos. La inocencia de uno y otro, especialmente de ella, era para mí tan óbvia, que sin género de duda habia de ser reconocida por los invasores.

—Juan de Dios me seguia, y lloraba como una mujer.

—Por ahí van diciendo—me indicó—que los prisioneros han sido llevados á la casa de Correos. Vamos allá, Gabriel, y veremos si conseguimos algo.

Fuimos al instante á la Puerta del Sol, y en todo su recinto no oíamos sino quejas y lamentos, por el hermano, el padre, el hijo ó el amigo, bárbaramente aprisionados sin motivo. Se decia que en la casa de Correos funcionaba un tribunal militar; pero despues corrió la voz de que los individuos de la junta habian hecho un convenio con Murat, para que todo se arreglara, olvidando el conflicto pasado y perdonándose respectivamente las imprudencias cometidas. Esto nos alborozó á todos los presentes, aunque no nos parecia muy tranquilizador ver á la entrada de las principales calles una pieza de artillería con mecha encendida. Dieron las cuatro de la tarde, y no se desvanecia nuestra duda, ni de las puertas de la fatal casa de Correos salia otra gente que algun oficial de órdenes que á toda prisa partia hácia el Retiro ó la Montaña, Nuestra ansiedad crecia; pro-

funda zozobra invadía los ánimos, y todos se dispersaban tratando de buscar noticias verídicas en fuentes autorizadas.

De pronto oigo decir que alguien va por las calles leyendo un bando. Corremos todos hácia la del Arenal, pero no nos es posible enterarnos de lo que leen. Preguntamos y nadie nos responde, porque nadie oye. Retrocedemos pidiendo informes, y nadie nos los da. Volvemos á mirar la casa de Correos tras cuyas paredes están los que nos son queridos, y media compañía de granaderos con algunos mamelucos dispersan al padre, al hermano, al hijo, al amante, amenazándoles con la muerte. Nos vamos al fin por las calles, cada cual discurriendo qué influencias pondrá en juego para salvar á los suyos.

Juan de Dios y yo nos dirigimos hácia los Caños del Peral, y al poco rato vimos un peloton de franceses que conducian maniatados y en trailla como á salteadores, á dos ancianos y á un jóven de buen porte. Despues de esta fatídica procesion, vimos hácia la calle de los Tintes otra no ménos lúgubre, en que iban una señora jóven, un sacerdote, dos caballeros y un hombre del pueblo en traje como de vendedor de plazuela. La tercera la encontramos en la calle de Quebrantapiernas, y se componia de más de veinte personas, pertenecientes á distintas clases de la sociedad. Aquellos infelices iban mudos y resignados guardando el ódio en sus corazones, y ya

no se oían voces patrióticas en las calles de la ciudad vencida y aherrojada, porque los invasores dominá-banla toda piedra por piedra, y no habia esquina donde no asomase la boca de un cañon, ni callejuela por la cual no desfilaran pelotones de fusileros, ni plaza donde no apareciesen, fúnebremente estacionados, fuertes piquetes de mamelucos, dragones ó caballería polaca.

Repetidas veces vimos que detenian á personas pacíficas y las registraban, llevándoselas presas por si acertaban éstas á guardar acaso algun arma, aunque fuera navaja para usos comunes. Yo llevaba en el bolsillo la de Chinitas, y ni aún me ocurrió tirarla, ¡tales eran mi aturdimiento y abstraccion! Pero tuvimos la suerte de que no nos registraran. Ultimamente y á medida que anocheceia, apenas encontramos gente por las calles. No íbamos, no, á la ventura por aquellos desiertos lugares, pues yo tenia un proyecto que al fin comuniqué á mi acompañante; pensaba dirigirme á casa de la marquesa, con viva esperanza de conseguir de ella poderoso auxilio en mi tribulacion. Juan de Dios me contestó que él por su parte habia pensado dirigirse á un amigo que á su vez lo era del Sr. O'farril, individuo de la Junta. Dicho esto, convenimos en separarnos, prometiendo acudir de nuevo á la Puerta del Sol una hora despues.

Fuí á casa de la marquesa, y el portero me dijo

que Su Excelencia había partido dos días ántes para Andalucía. También pregunté por Amaranta; mas tuve el disgusto de saber que Su Excelencia la señora condesa estaba en camino de Andalucía. Desesperado regresé al centro de Madrid, elevando mis pensamientos á Dios, como el más eficaz amparador de la inocencia, y traté de penetrar en la casa de Correos. Al poco rato de estar allí procurándolo inútilmente, ví salir á Juan de Dios tan pálido y alterado que temblé adivinando nuevas desdichas.

—¿No está?—pregunté.—¿Los han puesto en libertad?

—No—dijo secando el sudor de su frente.—Todos los presos que estaban aquí han sido entregados á los franceses. Se los han llevado al Buen Suceso, al Retiro, no sé á dónde... ¿Pero no conoces el bando? Los que sean encontrados con armas, *serán arcabuceados*... Los que se junten en grupos de más de ocho personas, *serán arcabuceados*... Los que hagan daño á un francés, *serán arcabuceados*... Los que parezcan agentes de Inglaterra, *serán arcabuceados*.

—¿Pero dónde está Inés?—exclamé con exaltación.—¿Dónde está? Si esos verdugos son capaces de sacrificar á una niña inocente, y á un pobre anciano, la tierra se abrirá para tragárselos, las piedras se levantarán solas del suelo para volar contra ellos, el cielo se desplomará sobre sus cabezas, se encenderá el aire, y el agua que beben se les tornará veneno; y

si esto no sucede, es que no hay Dios ni puede haberlo. Vamos, amigo: hagamos esta buena obra. ¿Dice Vd. que están en el Retiro?

—O aquí en el Buen Suceso, ó en la Moncloa. Gabriel, yo salvaré á Inés de la muerte, ó me pondré delante de los fusiles de esa canalla para que me quiten tambien la vida. Quiero irme al cielo con ella; si supiera que sus dulces ojos no me habian de mirar más en la tierra, ahora mismo dejaria de existir. Gabriel, todo lo que tengo es tuyo si me ayudas á buscarla; que despues que ella y yo nos juntemos, y nos casemos, y nos vayamos al lugar desierto que he pensado, para nada necesitamos dinero. Yo tengo esperanza; ¿y tú?

—Yo tambien—respondí, pensando en Dios.

—Pues, hijo, marcha tú al Retiro, que yo entraré en el Buen Suceso, por la parte del hospital, que allí conozco á uno de los enfermeros. Tambien conozco á dos oficiales franceses. ¿Podrán hacer algo por ella? Vamos: las diez. ¡Ay! ¿No oiste una descarga?

—Sí: hácia abajo; hácia el Prado: se me ha helado la sangre en las venas. Corre allá. Adios, y buena suerte. Si no nos encontramos despues aquí, en mi casa.

Dicho estó, nos separamos á toda prisa, y yo corrí por la Carrera de San Jerónimo. La noche era oscura, fria y solitaria. Por mi camino encontré tan sólo algunos hombres que corrian despavoridos, y á cada

paso lamentos dolorísimos llegaban á mis oídos. A lo lejos distinguí las pisadas de las patrullas francesas y de rato en rato un resplandor lejano seguido de estruendosa detonación. Como se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que puedo yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan á manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allá abajo en la esquina del palacio de Medinaceli la rápida luz del fogonazo, había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas, en distintas actitudes colocadas, y con diversos trages vestidos. Tras de la detonación, oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. Después algunas voces hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha en dirección al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. A cada rato circulaban pequeños tropeles, con gentes maniatadas, y hácia el Retiro se percibía resplandor muy vivo, como de la hoguera de un vivac.

Acerquéme al palacio de Medinaceli por la parte del Prado, y allí ví algunas personas que acudían á reconocer los infelices últimamente arcabuceados. Reconocílos yo también uno por uno, y observé que

pequeña parte de ellos estaban vivos, aunque ferozmente heridos; y arrastrábanse estos pidiendo socorro, ó clamaban con voz desgarradora suplicando que se les rematase. Entre todas aquellas víctimas no habia más que una mujer, que no tenia semejanza con Inés, ni encontré tampoco sacerdote alguno. Sin prestar oídos á las voces de socorro, ni reparar tampoco en el peligro que cerca de allí se corría, me dirigí hácia el Retiro.

En la puerta que se abría al primer patio me detuvieron los centinelas. Un oficial se acercó á la entrada.

—Señor—exclamé juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba,—busco á dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes: Inés no arrojó á la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado á ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.

El oficial, que no me entendía, hizo un movimiento para echarme hácia fuera; pero yo, sin reparar en consideraciones de ninguna clase, me arrodillé delante de él, y con fuertes gritos proseguí suplicando de esta manera:

—Señor oficial, ¿será Vd. tan inhumano que mande fusilar á dos personas inofensivas, á una muchacha de diez y seis años y á un infeliz viejo de sesenta!



No puede ser. Déjeme Vd. entrar; yo le diré cuáles son, y Vd. les mandará poner en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Fusílenme á mí, que disparé muchos tiros contra Vds. en la accion del parque; pero deje en libertad á la muchacha y al sacerdote. Yo entraré, les sacaremos... Mañana, mañana probaré yo, como esta es noche, que son inocentes, y si no resultasen tan inocentes como los ángeles del cielo, fusíleme Vd. á mí cien veces. Señor oficial, Vd. es bueno, Vd. no puede ser un verdugo. Esas cruces que tiene en el pecho las habrá adquirido honrosamente en las grandes batallas que dicen ha ganado el ejército de Napoleon. Un hombre como usted no puede deshonorarse asesinando á mujeres inocentes. Yo no lo creo, aunque me lo digan. Señor oficial, si quieren Vds. vengarse de lo de esta mañana maten á todos los hombres de Madrid, mátenme tambien á mí; pero no á Inés. ¿Vd. no tiene hermanitas jóvenes y lindas? ¿Si Vd. las viera amarradas á un palo, á la luz de una linterna, delante de cuatro soldados con los fusiles en la cara, ¿estaria tan sereno como ahora está? Déjeme entrar: yo le diré quiénes son los que busco, y entre los dos haremos esta buena obra que Dios le tendrá en cuenta cuando se muera. El corazon me dice que están aquí... entremos, por Dios y por la Virgen. Vd. está aquí en tierra extranjera, y lejos, muy lejos de los suyos. Cuando recibe cartas de su madre ó de sus

hermanitas, ¿no le rebosa el corazón de alegría, no quiere verlas, no quiere volver allá? Si le digesen que ahora las estaban poniendo un farol en el pecho para fusilarlas...

El estrépito de otra descarga me hizo enmudecer, y la voz espiró en mi garganta por falta de aliento. Estuve á punto de caer sin sentido; pero haciendo un heróico esfuerzo, volví á suplicar al oficial con voz ronca y ademan desesperado, pretendiendo que me dejase entrar á ver si algunos de los recién inmolados eran los que yo buscaba. Sin duda mi ruego, expresado ardientemente y con profundísima verdad, conmovió al jóven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose á un lado me indicó que entrara. Hícelo rápidamente. y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no habia más que franceses; pero en aquel yacian por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no lejos de ellas las que esperaban la muerte. Ví que las ataban codo con codo, obligándoles á ponerse de rodillas, unos de espaldas, otros de frente. Los más extendian los brazos agitándolos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos á los verdugos; algunos escondian con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedian la muerte, y ví uno que rompiendo con fuertes sacudidas las ligaduras, se abalanzó hácia los grana-

deros. Ninguna fórmula de juicio, ni tampoco preparación espiritual, precedían á esta abominación: los granaderos hacían fuego una ó dos veces, y los sacrificados se revolvían en charcos de sangre con espantosa agonía.

Algunos acababan en el acto; pero los más padecían largo martirio ántes de espirar, y hubo muchos que heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron despues de pasar por muertos hasta la mañana del día 3, en que los mismos franceses, reconociendo su mala puntería, los mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros, y yo sé de dos ó tres á quienes cupo la suerte de vivir despues de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta. Un maestro herrero, comprendido en una de las traillas del Retiro, dió señales de vida al día siguiente, y al borde mismo del hoyo en que se le preparaba sepultura: lo mismo aconteció á un tendero de la calle de Carretas, y hasta hace poco tiempo ha existido uno que era entónces empleado en la imprenta de Sancha, y fué fusilado torpemente dos veces, una en la Soledad, donde se hizo la primera matanza, después en el patio del Buen Suceso, desde cuyo sitio pudo escapar, arrastrándose entre cadáveres y regueros de sangre hasta el hospital cercano, donde le dieron auxilio. Los franceses, aunque á quema-ropa, disparaban mal, y algunos de ellos, preciso es confesarlo, con marcada repugnancia, pues

sin duda conocian el envilecimiento en que habian repentinamente caido las águilas imperiales.

Casi sin esperar á que se consumará la sentencia de los que cayeron ante mí, les exeminé á todos. Las linternas, puestas delante de cada grupo, alumbraban con su sinuistra luz la escena. Ni entre los inmoldados ni entre los que aguardaban el sacrificio, ví á Inés ni á D. Celestino, aunque á veces me parecia reconocerles en cualquier bulto que se movia implorando compasion ó murmurando una plegaria.

Recuerdo que en aquel exámen una mano helada cogió la mia, y al inclinarme ví un hombre desconocido que dijo algunas palabras y espiró. Repetidas veces pisé los piés y las manos de varios desgraciados; pero en trances tan terribles, parece que se extingue todo sentimiento compasivo hácia los extraños, y buscando con anhelo á los nuestros, somos impasibles para las desgracias ajenas.

Algunos franceses me obligaron á alejar de aquel sitio; y por las palabras que oí me juzgué en peligro de ser tambien comprendido en la trailla pero á mí no me importaba la muerte, ni en tal situacion hubiera dejado de mirar á un punto donde creyera distinguir el semblante de mis dos amigos, aunque me arcabucearan cien veces. Corrí hácia otro extremo del patio, donde sonaban lamentos y mucha bulla de gente, cuando un anciano se acercó á mí tomándome por el brazo.

—¿A quién busca Vd.?—le dije.

—¡Mi hijo, mi único hijo!—me contestó.—¿Dónde está? ¿Eres tú mi hijo? ¿Eres tú mi Juan? ¿Te han fusilado? ¿Has salido de aquel monton de muertos?

Comprendí por su mirada y por sus palabras que aquel hombre estaba loco, y seguí adelante. Otro se llegó á mí y preguntóme á su vez que á quién buscaba. Contéle brevemente la historia, y me dijo:

—Los que fueron presos en el barrio de Maravillas, no han venido aquí ni á la casa de Correos. Están en la Moncloa. Primero los llevaron á San Bernardino, y á estas horas... Vamos allá. Yo tengo un salvo-conduto de un oficial francés, y podemos salir.

Salimos en efecto, y en el Prado aquel hombre corrió desaladamente y le perdí de vista. Yo también corrí cuanto me era posible, pues mis fuerzas, á tan terribles pruebas sujetas por tanto tiempo, desfallecían ya. No puedo decir qué calles pasé, porque ni miraba á mi alrededor, ni tenía entonces más ojos que los del alma para ver siempre dentro de mí mismo el espectáculo de aquella gran desdicha. Sólo sé que corrí sin cesar; sólo sé que ninguna voz, ninguna queja que sonasen cerca de mí me conmovían ni me interesaban; sólo sé que mientras más corría, mayores eran mi debilidad y extenuación, y que al fin, no sé en qué calle, me detuve apoyándome en la pared cercana, porque mi cuerpo se caía al suelo

y no me era posible dar un paso más. Limpié el sudor de mi frente; parecíame que se había acabado el aire y que el suelo se marchaba también bajo mis piés, y que las casas se hundían sobre mi cabeza. Recuerdo haber hecho esfuerzos para seguir; pero no me fué posible, y por un espacio de tiempo que no puedo apreciar, sólo tinieblas me rodearon, acompañadas de absoluto silencio.

### XXX

Durante mi desvanecimiento, hijo de la extenuación, traje á la memoria las arboledas de Aranjuez, con sus millares de pájaros charlatanes, aquellas tardes sonrosadas, aquellos paseos por los bordes del Jarama y el espectáculo de la unión de éste con el Tajo. Me acordé de la casa del cura y parecíame ver la parra del patio y los tiestos de la huerta, y oír los chillidos de la tía Gila, riñendo formalmente con las gallinas porque sin su permiso se habían salido del corral. Se me representaba el sonido de las campanas de la iglesia, tocadas por los cuatro muchachos ó por el ingrato padre. La imagen de Inés completaba todas estas imágenes, y en mi delirio no me parecía que estaba la desgraciada muchacha junto á mí ni tampoco delante, sino den-

tro de mi propia persona, como formando parte del sér á quien reconocia como yo mismo. Nada estorbaba nuestra felicidad, ni nos cuidábamos de lo porvenir, porque abandonada á su propio ímpetu la corriente de nuestras almas, se habian juntado al fin Tajo y Jarama, y mezcladas ambas corrientes cristalinas, cavaban en el ancho cauce de una sola y fácil existencia.

Sacóme de aquel estado soñoliento un fuerte golpe que me dieron en el cuerpo, y no tardé en verme rodeado de algunas personas, una de las cuales dijo examinándome de cerca: «Está borracho.»

Creí reconocer la voz del licenciado Lobo, aunque á decir verdad, aún hoy no puedo asegurar que fuera él quien tal cosa dijo. Lo que sí afirmo es que uno de los que me miraban era Juan de Dios.

—¡Eres tú, Gabriell!—me dijo.—¿Cómo estás por los suelos? Bonito modo de buscar á la muchacha. No está en el Retiro, ni en el Buen Suceso. El señor licenciado me ayuda en mis pesquisas, y estamos seguros de encontrarla, y aun de salvarla.

Estas palabras las oí confusamente, y después me quedé solo, ó mejor dicho, acompañado de algunos chicuelos que me empujaban de acá para allá jugando conmigo. No tardé en recobrar con el completo uso de mis facultades, la idea perfecta de la terrible situación, sólo olvidada durante un rato de marasmo físico y de turbacion mental. Oí distintamente

las dos en un reloj cercano, y observé el sitio en que me encontraba, el cual no era otro que la plazuela del Barranco, inmediata á los Caños del Peral. Contemplar mental y retrospectivamente cuanto habia pasado, medir con el pensamiento la distancia que me separaba de la Montaña y correr hácia allá todo pasó en el mismo instante. Sentíame ágil; la desesperacion aligeraba tanto mis pasos, que en poco tiempo llegué al fin de mi viaje; y en la portalada que daba á la huerta del Príncipe Pio ví tanta gente curiosa que era difícil acercarse. Yo lo hice á pesar de los obstáculos, y habria sido preciso matarme para hacerme retroceder. Las mujeres allí reunidas daban cuenta de los desgraciados que habian visto penetrar para no salir más. Desde luego quise introducirme, é intenté conmover á los centinelas con ruegos, con llantos, con razones, hasta con amenazas. Pero mis esfuerzos eran inútiles y cuanto más clamaba, más enérgicamente me inpehian hácia fuera. Despues de forcejear un rato, la desesperacion y la rabia me sugirieron estas palabras que dirigí al centinela.

—Déjeme entrar. Vengo á que me fusilen.

El centinela me miró con lástima, y apartóme con la culata de su fusil.

—¡Tienes lástima de mí—continué—y no la tienes de los que busco! No, no tengas lástima. Yo quiero entrar. Quiero ser arcabuceado con ellos.



Fuí nuevamente rechazado: pero de tal modo me dominaba el deseo de entrar, y tan terriblemente pesaba sobre mi espíritu aquella horrorosa incertidumbre, que la vida me parecía precio mezquino para comprar el ingreso de la funesta puerta, tras la cual agonizaban ó se disponían á la muerte mis dos amigos.

Desde fuera escuchaba un sordo murmullo, concierto lúgubre á mi parecer, de plegarias dolorosas y de violentas imprecaciones. Yo tan pronto me apartaba de la puerta como volvía á ella, á suplicar de nuevo, y la angustia me sugería razones incontestables para cualquiera, ménos para los franceses. A veces golpeaba la pared con mi cabeza, á veces clavávame las uñas en mi propio cuerpo hasta hacerme sangre; media con la vista la altura de la tapia, aspirando á franquearla de un vuelo; iba y venía sin cesar insultando á los afligidos circunstantes y miraba el negro cielo, por entre cuyos turbios y apelmazados celajes creía distinguir danzando en veloz carrera una turba de mofadores demonios.

Volvía á suplicar al centinela, diciéndole:

—¿Por qué no me fusilais? ¿Por qué no entro, para que me maten con mis amigos? ¡Ah! ¡Asesinos de Madrid! ¿Sabeis para qué quiero yo á vuestro Emperador? Para esto.

Y escupía con rabia á los piés de los soldados, que sin duda me tenían por loco. Luego, concibien-

do una idea que me parecia salvadora, registré ávidamente mis bolsillos como si en ellos encerrase un tesoro, y sacando la navaja de Chinitas que aún conservaba, exclamé con febril alegría:

—¡Ah! ¿No veis lo que tengo aquí? Una navaja, un cuchillo aún manchado de sangre. Con él he matado muchos franceses, y mataria al mismo Napoleon I. ¿No prendéis á todo el que lleva armas? Pues aquí estoy. Torpes; habeis cogido á tantos inocentes y á mí me dejais suelto por las calles... ¿No me andábais buscando? Pues aquí estoy. Ved, ved el cuchillo; aún gotea la sangre.

Tan convincentes razones me valieron el ser aprehendido; y al fin penetré en la huerta. Apenas habia dado algunos pasos hácia las personas que confusamente distinguia delante de mí, cuando un vivo gozo inundó mi alma. Inés y D. Celestino estaban allí, ¡pero de qué manera! En el momento de mi entrada á ambos los ataban, como eslabones de la cadena humana que iba á ser entregada al suplicio. Me arrojé en sus brazos, y por un momento, estrechados con inmenso amor, los tres no fuimos más que uno solo. Inés empezó despues á llorar amargamente; mas el clérigo conservaba su semblante sereno.

—Desde que le has visto, Inés, has perdido la serenidad—dijo gravemente.—Ya no estamos en la tierra.—Dios aguarda á sus queridos mártires, y la

palma que merecemos nos obliga á rechazar todo sentimiento que sea de este mundo.

—¡Inés!—exclamé con el dolor más vivo que he sentido en mi vida.—¡Inés! Despues de verte en esta situacion, ¿qué puedo hacer sino morir?

Y luego volviéndome á los franceses ébrio de coraje, y sintiéndome con un valor inmenso, extraordinario, sobrehumano, exclamé:

—Canallas, cobardes verdugos, ¿creeis que tengo miedo á la muerte? Haced fuego de una vez y acabad con nosotros.

Mi furor no irritaba á los franceses, que hacian los preparativos del sacrificio con frialdad horripilante. Lleváronme á presencia de uno, el cual despues de decirme algunas palabras, me envió ante otro que al fin decidió de mi suerte. Al poco rato me ví puesto en fila junto al clérigo, cuya mano estrechó la mia.

—¿Cuándo te cogieron? ¿Te encontraron alguna arma, desgraciado?—me dijo.—Pero no es esta ocasion de mostrar ódio, sino resignacion. Vamos á entrar en nueva y más gloriosa vida. Dios ha querido que nuestra existencia acabe en este dia, y nos ha dado el laurel de mártires por la pátria, que todos no tienen la dicha de alcanzar. Gabriel, eleva tu mente al cielo. Tú estás libre de todo pecado, y yo te absuelvo. Hijo mio, este trance es terrible; pero trás él viene la bienaventuranza eterna. Sigue el ejem-

plo de Inés. Y tú, hija mía, la más inocente de todas las víctimas inmoladas en este día, implora por nosotros, si como creo llegas la primera al goce de la eterna dicha.

Pero yo no atendía á las razones de mi amigo, sino que me empeñaba en hablar con Inés, en distraerla de su devoto recogimiento, en pretender que dirigiera á mí las palabras que á Dios sin duda dirigía, en obligarla á alzar los ojos y mirarme, pues sin esto, yo me sentía incapaz de contrición.

Un oficial francés nos pasó una especie de revista, examinándonos uno á uno.

—¿Para qué prolongais nuestro martirio?—exclamé sin poderme contener al ver sobre mí la impertinente mirada del francés.—Todos somos españoles; todos hemos luchado contra vosotros; por cada vida que ahogueis en sangre, renacerán otras mil que al fin acabarán con vosotros, y ninguno de los que estais aquí verá la casa en que nació.

—Gabriel, modérate y perdónalos como les perdono yo—me dijo el cura.—¿Qué te importa esa gente? ¿Para qué les afeas su pasado, si harto lo verán en el turbio espejo de su conciencia? ¿Qué importa morir? Hijo mio, destruirán nuestros cuerpos, pero no nuestra alma inmortal, que Dios ha de recibir en su seno. Perdónalos; haz lo que yo, que pienso pedir á Dios por los enemigos del príncipe de la Paz, mi amigo y hasta pariente; por Santurrias, por

el licenciado Lobo, por los tios de Inesilla, y hasta por los franceses que nos quieren quitar nuestra patria. Mi conciencia está más serena que ese cielo que tenemos sobre nuestras cabezas y por cuyo lejano horizonte aparece ya la aurora del nuevo día. Lo mismo están nuestras almas, Gabriel, y en ellas despuntan ya los primeros resplandores del día sin fin.

—Ya amanece—dije mirando á Oriente.—Inés: no bajes los ojos, por Dios, y mírame; extréchate más contra nosotros.

—Procura serenar tu conciencia, hijo mio—continuó el clérigo.—La mia está serena. No, no he manchado mis manos con sangre porque soy sacerdote; me encontraron con un cuchillo, pero no era mio. Yo cumplí mi deber, que era arengar á aquellos valientes, y si ahora me soltaran acudiría de pueblo en pueblo repitiendo aquello de *Dulce et decorum est* del gran latino. Unicamente me arrepiento de no haber advertido á tiempo al señor Príncipe. ¡Ah! si él hubiera puesto en la cárcel á aquellos perdidos... tal vez no habria caído, tal vez no habria sido rey Fernando VII, tal vez no habrian venido los franceses... tal vez... Pero Dios lo ha querido así... Verdad es que si yo hubiera vencido la cortedad de mi genio... si yo hubiera prevenido á Su Alteza, que me queria tanto... ¡Ah! no nos ocupemos ya más que de morir y perdonar. ¡Ah, Gabriel! Haz lo que yo, y verás con cuánta tranquilidad recibes la muerte.

¿Ves á Inés? ¿No parece su cara la de un ángel celeste? ¿No la ves como está tranquila en su recogimiento, y digna y circunspecta sin afectacion; no la ves cómo mira á los franceses sin ódio, y suspira dulcemente, animándonos con su mirada!

—¡Inés!—exclamé yo sin poder adquirir nunca la serenidad que D. Celestino me pedia.—Tú no debes morir, tú no morirás. Señor oficial, fusiladnos á todos, fusilad al mundo entero, pero poned en libertad á esta infeliz muchacha que nada ha hecho. Así como digo y repito, y juro que he matado yo más de cincuenta franceses, digo y repito, y juro que Inés no arrojó á la calle ningun caldero de agua hirviendo, como han dicho.

El francés miró á Inés, y viéndola tan humilde, tan resignada, tan bella, tan dulcemente triste en su disposicion para la muerte, no pudo ménos de mostrarse algo compasivo. D. Celestino viendo aquella inclinacion favorable, se echó á llorar y dijo tambien: «todos nosotros hemos pecado; pero Inés es inocente.»

Las lágrimas del anciano produjeron en mí trastorno tan vivo, que de improviso á la tirantez colérica de mi irritado ánimo sucedió una como tranquila aunque penosísima expansion, un reblandecimiento, si así puede decirse, de mi endurecido dolor.

—Inés es inocente—exclamé de nuevo.—¿No ven ustedes su semblante, señores oficiales?—¡Ah! uste-

des son unos caballeros muy decentes y muy honrados, y no pueden cometer la villanía de asesinar á esta niña.

—Nosotros no valemos para nada—dijo el clérigo con voz balbuciente.—Mátennos en buen hora, porque somos hombres y el que más y el que menos.. Pero ella... señores militares... Me parece que son ustedes unas personas muy finas... pues... ¡Ah! Inés es inocente. No tienen Vds. conciencia; ¿no tienen en su corazon una voz que les dice que esa muchacha es inocente?

El oficial pareció más inclinado á la compasion, pareció hasta conmovido. Acercándose, miró á Inés con interés.

Mas la muchacha se abrazó á nosotros en el momento en que los granaderos formaron la horrenda fila. Yo miraba todo aquello con ojos absortos y sentíame nuevamente aletargado, con algo como enajenacion ó delirio en mi cabeza. Ví que se acercó otro oficial con una linterna, seguido de dos hombres, uno de los cuales nos examinó ansiosamente, y al llegar á Inés, paróse y dijo: «Esta.»

Era Juan de Dios, acompañado del licenciado Lobo y de aquel mismo oficial francés que várias veces le visitó en nuestra tienda. Lo que entónces pasó se me representa siempre en formas vagas como las que pasea la mentirosa fiebre ante nuestros ojos cuando estamos enfermos.

El oficial reciénvenido y el que ántes nos custodiaba; hablaron un instante con precipitación. El segundo dirigióse en seguida á desatar á Inés para entregarla á su amigo. ¡Momento inexplicable! Inés no queria separarse de nosotros, y abrazándonos, se aferraba á la muerte con sus manos ya libres. Un violento, un irresistible egoismo que hundia sus poderosas raices hasta lo más profundo de mi sér, se apoderó de mí. No sé qué íntima fuerza desarrollada de súbito me permitió romper la ligadura de un brazo y pude asir fuertemente á Inés, mientras con angustiosa impaciencia miraba los fusiles del peloton de granaderos.

Instante terrible cuyo recuerdo hiela la sangre en las venas y paraliza el corazon, simulando la muerte. Aunque la muchacha queria compartir nuestra suerte, la tardía compasion de nuestros asesinos nos la quitaba. Ella, durante la breve lucha, dijo algo que he olvidado. Yo tambien pronuncié palabras de que hoy no puedo darme cuenta. Pero nos la quitaron: recuerdo la extraña sensacion que experimenté al perder el calor de sus manos y de su cara. Yo estaba como loco. Pero la ví claramente cuando se la llevaron, cuando desapareció de entre las filas, arrastrada, sostenida, cargada por Juan de Dios.

Y al ver esto sentí un estruendo horroroso, despues un zumbido dentro de la cabeza y un hervidero en todo el cuerpo; después un calor intenso, se-



guido de penetrante frío; después una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; después un vapor dentro del pecho, que subía invadiendo mi cabeza; después una debilidad incomprendible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; después una palpitación vivísima en el corazón; después un súbito detenimiento en el latido de esta víscera; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello y en la boca; después la inconsciencia de tener cabeza, la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; después unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas á las que forma una piedra cayendo al mar; después un chisporroteo colosal que difundía por espacios mayores que cielo y tierra juntos la imágen de Inés en doscientos mil millones de luces; después oscuridad profunda, misteriosamente asociada á un agudísimo dolor en las sienes; después un vago reposo, una estinción rápida, un olvido creciente é invasor, y por último nada, absolutamente nada.

Madrid.—Julio de 1873.

**FIN DE EL 10 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO**



# EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

Los títulos de las relaciones histórico-novelescas que componen esta colección, bastan por sí á dar idea de su índole y contenido.

## PRIMERA SERIE

### PUBLICADOS

- I.—*Trafalgar* (2.<sup>a</sup> edición).
- II.—*La corte de Carlos IV* (2.<sup>a</sup> edición).
- III.—*El 19 de Marzo y el 2 de Mayo* (2.<sup>a</sup> edición).
- IV.—*Bailén* (2.<sup>a</sup> edición).
- V.—*Napoleón en Chamartín*.
- VI.—*Zaragoza*.
- VII.—*Gerona*.
- VIII.—*Cádiz*.
- IX.—*Juan Martín el Empecinado*.
- X.—*La batalla de los Arapiles*.

## SEGUNDA SERIE

### PUBLICADOS

- I.—*El equipaje del Rey José*.
- II.—*Memorias de un cortesano de 1815*.

### EN PREPARACION

- III.—*La segunda casaca*.
- IV.—*El Grande Oriente*.
- V.—*7 de Julio*.
- VI.—*Los 2 en mil hijos de San Luis*.
- VII.—*El Terror de 1824*.
- VIII.—*Un voluntario realista*.
- IX.—*Los Apostólicos*.
- X.—*Un faccioso más y algunos frailes menos*.

## PRECIO DE CADA UNA

## DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la administración, calle del Barco, núm. 2, duplicado, 3.º, Madrid.

La *Propaganda Literaria*, corresponsal de esta empresa en la *Isla de Cuba*, podrá fijar allí el precio de los tomos, según las oscilaciones de los cambios.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

Precio: 8 rs. en Madrid y 10 en provincias

LA  
FONTANA DE ORO  
(1820-1823)

Un vol. en 8.º de 400 págs.

EL AUDAZ  
HISTORIA DE UN RADICAL DEANTANO  
(1804)

Un vol. en 4.º de 336 págs.

Véndense estas obras en la administración de *La Guirnalda* y en las principales librerías.









This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DEC 4 '51

AUG 4 '52 H

OCT 26 '53 H

DUE APR '65 H

315-6911

DEC 4 '68 H

0206-387

APR 69 H

238-50

2581-20

CANCELLED  
APR 69 H

2699 914

CANCELLED  
MAY

Cancelled  
DUE MAR 70 H





